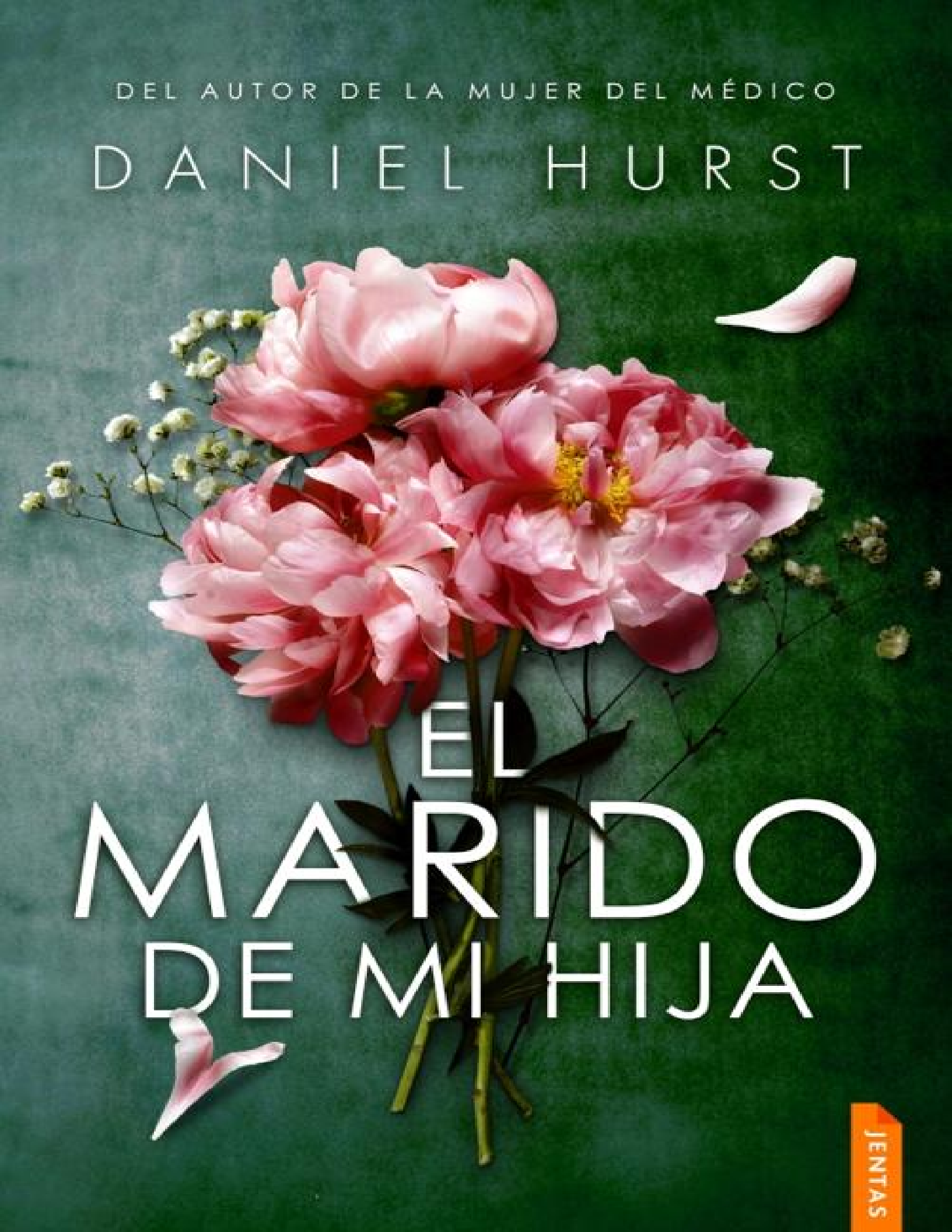
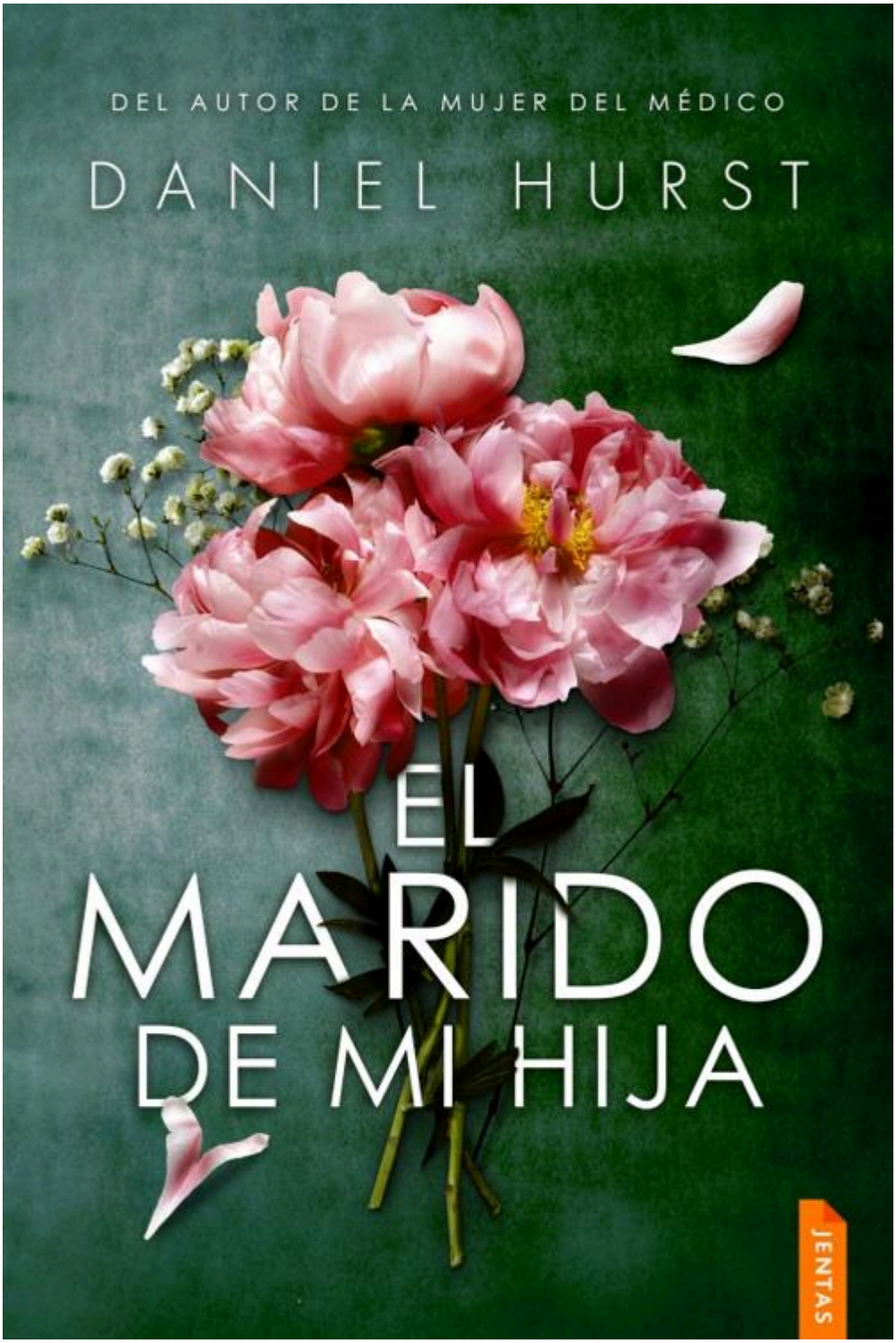
DEL AUTOR DE LA MUJER DEL MÉDICO

DANIEL HURST



EL MARIDO DE MI HIJA

JENTAS


DEL AUTOR DE LA MUJER DEL MÉDICO
DANIEL HURST
EL MARIDO DE MI HIJA
JENTAS

EL MARIDO DE MI HIJA

Daniel Hurst
El marido de mi hija
Título original: My Daughter's Husband
Copyright © Daniel Hurst, 2023. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Conde Bravo, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1408-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2023 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

¿Qué será lo que tiene mi hija Ellie? ¿Por qué parece sentirse atraída por hombres tan peligrosos?

¿O quizá sea al revés, que sean esos tipos de hombres los que se sientan atraídos por ella?

La primera vez lo achaqué a la mala suerte. Daryl, el antiguo novio de mi hija, un californiano encantador, resultó ser letal, pero fui capaz de detenerlo justo a tiempo. Después de aquello, supuse que la vida amorosa de mi hija no sufriría más dramas, exceptuando ese tipo de situaciones habituales, como que se cabreara porque algún chico que le gustase no le contestara un mensaje o que una pareja nueva dejase la tapa del váter levantada y la hiciera enfadarse por esa clase de conflictos domésticos de poca importancia.

La verdad, esperaba que las relaciones de mi hija en el futuro fueran mucho más sencillas de lo que lo fueron en el pasado.

Un rayo no puede caer dos veces en el mismo sitio, ¿verdad?

Me imaginaba que la historia no podría repetirse. Cuando Ellie me contó que había conocido a un hombre nuevo, si bien sentí un poco de ansiedad, me dije a mí misma que esta vez sería diferente, razón por la cual me aseguré de dar una calurosa bienvenida a mi hogar a aquel joven apuesto y encantador. Fue por esa misma razón por la que, tras apenas seis meses de noviazgo, di mi visto bueno para que mi hija se casara con su nuevo amor.

En el momento en el que le pidió matrimonio a Ellie, habían pasado cinco años desde su aventura tórrida con su peligroso amante americano. Mi hija había madurado y adquirido experiencia en todos los ámbitos de la vida, y por eso yo estaba segura de que casarse y

sentar la cabeza no solo era lo correcto para ella, sino también lo mejor que le podía pasar.

Una boda de ensueño. Una luna de miel perfecta. La estabilidad de un hogar juntos. Y luego, con el tiempo, un nuevo miembro en la familia, un niño o una niña que alegrara la vida de mi hija y, para mí, un nieto al que querer, alguien que me mantuviera viva, igual que mi hija lo hizo conmigo, mientras yo iba envejeciendo.

Al menos, esa era la idea que yo tenía en la cabeza. Pero bueno, es que en la cabeza, las cosas siempre son perfectas, ¿verdad? En nuestros sueños solo elaboramos planes donde todo sale bien al final y no hay lugar para las imperfecciones. Por desgracia, eso no es la vida real, y los sueños no siempre se convierten en realidad. Es más, como he descubierto hace poco, para mi desgracia, *un rayo sí que puede caer dos veces en el mismo sitio.*

El novio americano de mi hija resultó ser una pesadilla. Pero su marido inglés no es diferente. Dos hombres, los dos mentirosos y con intenciones ocultas de hacerle daño a mi hija.

¿Por qué siempre tengo que descubrirlo tan tarde?

Quizá la primera vez, a pesar de todo, tuve suerte. Lo averigüé justo a tiempo y, gracias a ello, pude detenerlo antes de que le hiciera nada a Ellie. Pero ¿y esta vez?

Tengo la sensación de que he llegado demasiado tarde.

Esto es diferente. La última vez, el cadáver del novio de mi hija significaba ponerle un fin a todo.

En esta ocasión, el cadáver del marido de mi hija significa que las cosas no han hecho más que empezar.

¿Por qué lo sé? Porque ahora mismo no tengo la menor idea de dónde está mi hija. Lo que sí que sé es que en estos momentos, mientras se llevan el cuerpo de su marido, la policía considera a Ellie una posible sospechosa de su muerte.

Pero también me consideran a mí.

¿Qué está pasando?

¿Dónde está mi hija?

¿Sigue viva?

¿Por qué, después de lo que sucedió con su novio, su marido ha resultado ser igual de peligroso?

ANTES

CAPÍTULO 1

DAWN

Todo lo que cualquier persona querría tener el día de su boda es un poco de sol. Sé que mi hija no es una excepción, y por eso, junto a su futuro marido, han optado por pronunciar sus votos en un lugar que prácticamente garantiza cielos azules y temperaturas cálidas.

En lugar de arriesgarse con el clima británico, impredecible y a menudo decepcionante, la pareja que está a punto de casarse ha pedido a todos sus invitados que se unan a ellos en la soleada Turquía, en un caluroso día de julio. Se trata de un lugar con un clima que se ríe del verano inglés, húmedo y ventoso.

Contemplando las aguas tranquilas y azules del Mediterráneo desde el balcón de este hotel de Antalya, reflexiono sobre lo sorprendentemente distinto que fue el día de mi boda, hace ya muchos años. Cuando me puse mi vestido blanco y caminé hacia el altar para casarme con el hombre de mis sueños, era un gélido día de invierno en Suffolk, el condado inglés en el que nací y el lugar donde decidí casarme tan solo porque era la opción más barata. El concepto de casarse en el extranjero y pedir a familiares y amigos que se suban a un avión y vuelen hasta otro país no existía entonces, o al menos no para la gente que iba sobrada de amor pero justa de dinero. Aunque nada me habría gustado más que casarme con el sol calentándome la espalda y viendo yates meciéndose al ritmo de las olas del mar frente a mí, la realidad era

que Sean y yo quisimos darnos el sí quiero de la forma más sencilla y económica posible. Y así lo hicimos. Pronunciamos nuestros votos en la iglesia donde mis padres lo habían hecho años atrás, y luego fuimos a la sala multiusos del centro recreativo del barrio, donde nos hartamos de champán barato y canapés más baratos todavía, y eso fue todo. Ni siquiera nos fuimos de luna de miel, porque Sean debía volver a su trabajo en una obra y yo tenía que hacer un turno en el mío. Pero nos daba igual, porque teníamos clarísimo lo que queríamos construir.

Ya teníamos nuestro propio hogar, un adosado modesto, sin lujos pero acogedor.

Lo que queríamos era formar una familia que terminara de llenarlo.

En vez de fundirnos todo lo que teníamos en nuestra boda, nos guardamos un poco de dinero para el bebé que deseábamos tener.

Nueve meses después de nuestra noche de bodas, nació Ellie.

Nunca olvidaré la imagen de mi hija cuando una matrona me la entregó en aquella habitación de hospital tras un parto extenuante, durante el que Sean estuvo en todo momento a mi lado. Pero tengo la sensación de que tampoco voy a olvidar su aspecto cuando la vea dentro de un momento; estoy como loca por verla con su vestido blanco.

Miro hacia las puertas de cristal que hay detrás de mí, pero Ellie aún no ha salido, lo que significa que debe andar liada con los últimos preparativos, quizá dejando que la maquilladora le dé los últimos retoques. Echo un vistazo al reloj y compruebo que aún faltan diez minutos para la hora programada para que empiece la ceremonia, así que vamos bien de tiempo.

Asomada al balcón, puedo observar desde aquí la terraza que queda por debajo del mismo, en la que se va a celebrar la boda, y eso me permite comprobar que todo el mundo está en posición. Veo la parte superior de las cabezas de todos los invitados, los hombres

con trajes elegantes y las mujeres con vestidos coloridos, y apuesto a que muchos de ellos se alegran de que esta ceremonia se celebre por la mañana y no unas horas más tarde, cuando el sol esté más alto y el mercurio del termómetro se dispare. Para cuando las temperaturas empiecen a ser incómodas, sin embargo, todos nos habremos retirado al interior, a la sala climatizada, donde comeremos y beberemos y donde se pronunciarán los discursos y se bailará sin parar mientras el sol empieza a ponerse en el exterior.

Mirando desde el balcón hacia los invitados reunidos en la terraza, no me dedico a contar a todos los asistentes, pero soy muy consciente de que no me costaría demasiado hacerlo si quisiera. Se trata de una ceremonia bastante pequeña, y existen varios motivos que explican el número reducido de personas aquí reunidas. Ellie y yo formamos parte de una familia pequeña, así que no teníamos muchos primos, tías o tíos a los que invitar. El grupo de amigas de Ellie también es bastante escaso: dos amigas íntimas que, como mi hija, también se están preparando en estos instantes en sus habitaciones, con sus vestidos de damas de honor a juego. Ellie es parecida a mí en ese sentido, prefiere un círculo reducido de amigas antes que una red más amplia de conocidos varios. Al mirar hacia abajo, veo a dos de mis amigas en sus asientos. Ellie invitó muy amablemente a mis queridas Maggie y Tanya para que yo tuviera algo de compañía durante el día mientras ella estuviera ocupada con todas las obligaciones típicas de una novia en el día de su boda, y me siento muy agradecida porque ambas mujeres aceptaran las invitaciones y hayan volado hasta este lugar para disfrutar de unas pequeñas vacaciones. Pero no están aquí solo para hacer bulto porque, como son mis amigas más antiguas, conocen a Ellie desde que nació y, de alguna forma, es como si fueran tías para mi hija, aunque no en el sentido convencional de familia por consanguineidad.

Aunque es estupendo tener hoy conmigo a mis dos mejores amigas, hay otra mujer que podría haber estado sentada junto a ellas si hubiera elegido hacer las cosas de otra manera. Esa sería Kirsty, mi tercera mejor amiga. Al menos, así la consideraba yo hasta que decidió vender una historia a la prensa cuando ocurrió todo lo del novio americano de Ellie hace cinco años.

Jamás en la vida seré capaz de olvidar aquellos reportajes en las portadas de los periódicos en los que divulgaba detalles íntimos sobre Ellie y sobre mí, ofreciendo datos personales que añadían color a la historia de cómo ambas podíamos haber muerto en Los Ángeles a manos de Daryl, la peligrosa pareja de mi hija. Mi amiga se aprovechó del vínculo tan estrecho que tenía con nosotras, anteponiendo el dinero a la amistad, y desde entonces no he vuelto a hablar con ella. Nunca podré perdonarle que nos hiciera algo así, y esa es la razón por la que no está aquí ahora, disfrutando de este sol tan agradable. Está en el Reino Unido en estos instantes, y la última vez que miré la aplicación del tiempo, allí estaba lloviendo.

¡Ja!

Dejo de mirar a mis dos amigas para echar un vistazo al resto de los invitados, aunque no son muchos porque, al igual que la novia, el novio también tiene un círculo reducido de seres queridos. De hecho, decir eso es quedarse corto, porque ha traído incluso a menos gente que Ellie. Hay un hombre mayor, que es su padre, y luego está un chico de unos treinta años, que es el padrino. Eso es todo.

El novio está de pie en el lugar que le corresponde, el altar, junto al funcionario del registro, el oficiante. Está guapísimo con su elegante traje negro. Parece un poco nervioso, pero eso es algo totalmente comprensible. Una persona no se casa todos los días, y yo sé que estará inquieto, deseando que todo vaya sobre ruedas. Estoy segura de que así va a ser, igual que también sé que Ellie se va a casar hoy

aquí con un buen hombre.

Todos siguen esperando a que mi hija haga acto de presencia, y mientras tanto medito sobre lo feliz que la ha hecho el hombre con el que está a punto de contraer matrimonio en el poco tiempo que han compartido juntos, pues no hace demasiado que se conocen. Solo hace seis meses que Ellie me contó que había empezado a salir con un chico, y solo han transcurrido cuatro desde que lo conocí. Pero, al igual que cualquier persona que conoce a Kyle Beaumont, me causó una gran impresión desde el minuto uno.

Es alto, moreno y tiene una belleza arrolladora, pero también cuenta con la cortesía, amabilidad y humor necesarios para equilibrar su atractivo y evitar que se le pueda tildar de arrogante. Kyle es un hombre que derrocha confianza en sí mismo, exitoso, pero humilde. Tiene treinta y dos años, por lo que tiene tres años más que Ellie. El hecho de que mi hija vaya a entrar en la treintena en el próximo año me hace sentir muy mayor.

Bueno, eso por un lado, pero también está la circunstancia de que yo voy a cumplir cincuenta.

No quiero que pensar en los años que tengo me impida disfrutar de este momento, así que trato de quitarme de la cabeza la idea de que la vida pasa muy rápido. Estoy a punto de darme la vuelta para echar un vistazo hacia las puertas de dos hojas que tengo detrás de mí, con la esperanza de que Ellie esté ya lista, pero, justo en ese momento, oigo una voz que proviene precisamente de ahí.

—¿Qué te parece, mamá?

La voz de Ellie sugiere que ya está preparada para su gran día, y cuando me doy la vuelta y la miro, tengo la confirmación de que así es. Y es que veo a mi niña radiante con un vestido blanco que cae con suavidad y elegancia. Basta con verla como una de aquellas princesas de los cuentos que le solía leer cuando era pequeña para que se me llenen los ojos de lágrimas.

—¡Dios de mi vida, estás preciosa! —grito mientras me acerco a la novia, que se ruboriza. Solo las lágrimas que intento contener empañan la imagen impresionante de mi preciosa hija.

—¿Tú crees? —pregunta Ellie, que obviamente no está tan convencida como yo, aunque no hay razón para que dude de su aspecto, porque luce increíble, algo de lo que por otro lado yo estaba segurísima.

—¡Pues claro, estás espectacular! —le aseguro, mientras me limpio los ojos con delicadeza y rezo para que no se me corra el rímel, aunque he optado por uno resistente al agua porque estoy segura de que voy a llorar mucho durante el día de hoy.

—¿Está todo el mundo listo? —me pregunta Ellie a continuación.

Pero, antes de que pueda responderle, uno de los organizadores del evento viene a decirnos que todo el mundo está ya en sus asientos, preparados para que comience la ceremonia. Sé que podría decirle a Ellie que echara un vistazo rápido por el balcón para ver a los invitados por sí misma, pero no lo hago para evitar que vea también a Kyle. Creo que será más mágico que la primera vez que lo vea sea cuando camine hacia él por el pasillo.

—¿Lista para casarte? —le pregunto a mi hija. Las lágrimas vuelven a obstaculizar mi visión, y Ellie parece nerviosa mientras asiente con la cabeza; acto seguido, nos dirigimos hacia el interior del hotel y bajamos las escaleras hasta el lugar donde nos están esperando las damas de honor. Las dos amigas, que rebosan glamour vestidas de rosa, se emocionan igual que yo al ver a Ellie vestida de novia. Después, todas tomamos nuestras posiciones para que empiece la ceremonia. Y eso quiere decir que es el momento de que mi hija tome mi brazo y que el evento comience.

En cuanto mi brazo derecho se entrelaza con el izquierdo de Ellie, pienso en lo que daría por que fuera su padre el que estuviera en mi lugar. Sean, mi difunto marido, debería ser la persona que estuviera

haciendo esto, porque ese es el sueño de todo padre. Por desgracia, el destino nos jugó a todos una mala pasada con respecto a eso. Hace ya nueve años que sucumbió a un tumor, que nos lo arrebató cruelmente cuando estaba en la flor de la vida, pero, cada día desde su fallecimiento, madre e hija hemos estado siempre la una al lado de la otra, afrontando con valentía cualquier otra cosa que el destino nos pudiera deparar. La tragedia de perder a su padre cuando apenas tenía veinte años hizo que Ellie se distanciara de mí, y nuestra relación fue muy tensa durante un tiempo. Pero volvimos a estar muy unidas tras lo que ocurrió en Estados Unidos con su novio y el padre de este hace cinco años, y aunque fuera un poco lamentable que hiciera falta que yo salvara la vida de mi hija para restablecer nuestro vínculo, este vuelve a ser ahora inquebrantable.

Cuando empieza a sonar la música y después de que las damas de honor se nos adelanten, Ellie y yo salimos a la luz del sol y nos preparamos para ver a todo el público aquí congregado. Mientras lo hacemos, me aseguro de ser muy consciente del momento que estoy viviendo para poder saborear cada segundo de este día tan feliz, no solo porque va a pasar muy rápido, sino porque hubo un momento en el que temí que no llegaría a vivirlo.

Daryl, el infame novio americano de Ellie, intentó matar a mi hija y casi lo consigue. No lo hizo porque yo intervine, matándolo para salvarla. Estuvo a punto de lograrlo porque su padre, Harvey, encubrió los delitos anteriores de su hijo y, al final, terminó en la cárcel por él.

Era un padre que haría cualquier cosa por su hijo, y esa es una historia muy conocida, algo que siempre ha existido.

Mientras ese hombre perdió a su hijo y pagó por sus crímenes, mi hija sigue viva y se merece toda la felicidad que está viviendo en los últimos tiempos.

En cuanto a Harvey, aquel estadounidense apuesto que una vez me

acogió en su casa de Los Ángeles, él es el único responsable de la situación que vive en la actualidad.

Que yo sepa, sigue en una prisión de California cumpliendo condena por pervertir el curso de la justicia.

Que siga siendo así por mucho tiempo.

CAPÍTULO 2

HARVEY

—Prisionero 6723588-A, dé un paso adelante, por favor.

Reconozco la combinación de letras y números que componen mi identificación de prisionero, así que obedezco la orden y avanzo un paso para acercarme al guarda, que se encuentra frente a mí. Al llegar a su altura, se me acerca otro guarda por detrás y, cuando se pone a trastear con las esposas que rodean mis muñecas, comprendo que estoy a segundos de que me libere de ellas. Cuando lo hace, me conduce junto a su compañero a lo largo de un pasillo hasta llegar a una habitación, donde hay una mesa, sobre la cual se encuentra especie de documento y un recipiente de plástico lleno de cosas que reconozco, pues pertenecen a mi vida anterior a ser residente en este lugar.

Contemplo la ropa y los zapatos que vestía cuando me detuvieron, así como mi cartera, las llaves de casa y el reloj, junto con un boleto de lotería nacional que compré en una administración justo antes de que me encarcelaran. No recuerdo los números que elegí, pero ya da lo mismo porque, cinco años después, será demasiado tarde para reclamar cualquier premio que pudiera haber ganado.

Vamos, sería ya el colmo, lo que me faltaba: haber ganado una millonada y no estar a tiempo para cobrarla. Pero hay cosas en la vida mucho más importantes que el dinero. Eso lo tengo claro, no soy estúpido. Y también soy muy consciente de que hoy tengo la

suerte de mi lado, lo cual confirmo cuando el hombre que se encuentra al otro lado de la mesa me dice que solo me queda firmar el documento que hay junto a mis pertenencias para poder marcharme de aquí.

Como no quiero perder ni un segundo más de mi tiempo, teniendo en cuenta todo lo que ya he perdido en los últimos años, cojo sin decir palabra el bolígrafo, garabateo mi firma y me giro para coger los objetos que se encuentran en el recipiente. Echo mano a mi cartera, la abro y le doy un repaso rápido para poder familiarizarme con su contenido. Veo mis dos tarjetas de crédito, aunque ambas están caducadas, y también mi carné de conducir y mi tarjeta de la seguridad social. Aparte de eso, solo hay un par de billetes de veinte dólares. Eso es todo, aunque, por suerte, tengo más dinero en mi antigua cuenta bancaria, a la que pronto podré acceder después de tanto tiempo sin sacar dinero de ella.

—Puedes coger tus cosas y cambiarte ahí dentro —me dice un guarda, así que cojo el recipiente y entro en una habitación pequeña, que cuenta con un banco de madera junto a una de sus paredes. Me siento en él y me cambio, deshaciéndome por fin con mucho gusto del mono naranja, que ha sido lo único que he podido llevar puesto desde que me convertí en un recluso de esta cárcel. Me siento mucho más cómodo en cuanto vuelvo a ponerme la camisa, los vaqueros y las zapatillas blancas. Una vez con el reloj en la muñeca, lo único que me queda por recoger es el boleto de lotería.

Echo un breve vistazo a los números antes de guardármelo en el bolsillo trasero. Aunque sé que lo lógico sería tirarlo, me apetece conservarlo, como recuerdo de la vida en libertad de la que disfrutaba antes de que todo cambiara de repente y acabara esposado, pasando cada día de mi vida rodeado de asesinos, violadores y ladrones y preguntándome si sobreviviría lo suficiente

como para volver a ser un hombre libre. Pero sí, he logrado sobrevivir a mi estancia en prisión, y mientras me conducen hacia una puerta que está a punto de devolverme al mundo exterior, echo un breve vistazo por encima del hombro para contemplar este lugar por última vez. Me fijo en los barrotes de las ventanas y en las puertas de hierro que conducen a las celdas, abarrotadas de presos, y eso es ya más que suficiente para ser consciente de que no quiero volver a este sitio jamás. Cuando la puerta se abre, aspiro el aire fresco del aparcamiento de la prisión.

Estando en Los Ángeles, no era muy descabellado por mi parte que, al salir, esperara encontrarme con un día bonito y soleado en el sur de California. Pero no es el caso, porque el cielo está cargado de nubes oscuras y está lloviendo un poco, mojando ligeramente el asfalto que tengo a mi alrededor. Sin embargo, el tiempo no me va a fastidiar el ánimo, no ahora que por fin soy libre, y mientras camino hacia el coche rojo que está estacionado con el motor en marcha, me alegra mucho ver a la persona que me está esperando para recogerme y alejarme de este lugar.

La conductora del vehículo no es un miembro de mi familia ni una amiga, porque todos ellos cortaron lazos conmigo cuando me condenaron por mis delitos, y por mí que les den a todos, como si desaparecen. No, la conductora que hoy me espera para acompañarme es la única persona que ha estado a mi lado durante mi condena, escribiéndome y visitándome durante los cinco largos años que he pasado entre rejas.

—Hola, Harvey. ¡Madre mía, estás guapísimo hoy! Qué bueno verte con tu propia ropa, aunque debo admitir que echo un poco de menos el uniforme naranja.

Me siento en el asiento del copiloto junto a Clara, una mujer que empezó a escribirme poco después de que me condenaran. Nuestra historia, la mía y la de mi hijo, acaparó titulares importantes en

Estados Unidos durante un tiempo. Aunque la mayoría de los que siguieron el caso condenaron mis acciones, varias personas fueron capaces de ponerse en mi lugar y ver las cosas desde mi punto de vista, y se pusieron en contacto conmigo para hacérmelo saber. Me aseguraban que había sido un buen padre y que solo había tratado de proteger a mi hijo. La mayoría de esas personas resultaron ser bastante excéntricas, y a mí me hacían gracia sobre todo las mujeres desesperadas, especialmente una de Seattle que me propuso matrimonio. Pero, entre disparate y disparate, hubo una carta que me encantó leer. Era de Clara.

Me escribió para expresarme que me consideraba un valiente por hacer lo que había hecho y que mis acciones demostraban lo buen padre que había intentado ser. Eso era justo lo que yo creía, por eso le contesté, y la comunicación pronto fue más allá de una simple correspondencia, hasta el punto de que Clara venía a verme todas las semanas durante el horario de visitas. Me declaró su amor justo cuando cumplí un año de mi condena, y yo le reconocí que también sentía algo por ella. Desde entonces no se ha separado de mí, levantándome el ánimo durante todo el tiempo que he pasado en la cárcel hasta hoy, el día en el que por fin puedo volver a la civilización.

—Gracias por recogerme —le digo, antes de volver a mirar los muros de la prisión—. Vámonos de aquí.

Clara pisa encantada el acelerador. Mientras contemplo la cárcel por el retrovisor y veo cómo se va encogiendo paulatinamente, me pregunta a dónde quiero ir.

—¿A mi casa o a la tuya? —me especifica, y tengo la impresión de que, después de tantos años de limitarnos a expresar el interés que tenemos el uno por el otro mediante la conversación o la escritura, ahora a ella le gustaría expresarlo de otra manera. Y por mí genial; vamos, faltaría más. Después de todo, han sido cinco años eternos y

solitarios, sin más compañía que la de otros hombres. Sin embargo, hay algo que me gustaría hacer primero.

—Llévame al cementerio —respondo, intentando no sentirme demasiado abrumado al observar todos los edificios, coches y peatones que componen este rincón bullicioso de Los Ángeles—. Quiero visitar a mi hijo.

Clara lo entiende y conduce hacia el destino que le acabo de pedir, disimulando la decepción que pudiera sentir porque no vayamos a intimar de inmediato y comprendiendo que algunas cosas son más importantes que irnos juntos a la cama.

Cosas como la familia.

Cuando Clara me cuenta que ha tenido la amabilidad de llevar flores a la tumba de mi hijo todas las semanas desde que comenzamos nuestra relación, le doy las gracias, al tiempo que pienso en lo mucho que me habría gustado hacerlo por mí mismo. La verdad es que solo he estado una vez en la tumba de mi hijo, en el día de su entierro, y entonces iba esposado y flanqueado por varios policías.

Las gotas de lluvia golpean con más fuerza el parabrisas y se aproxima una tormenta, provocando que Los Ángeles no parezca tanto un destino turístico y sí más bien un lugar del que la gente querría escapar. Voy reflexionando sobre la sucesión de hechos que me condujeron a mi situación actual.

Todo comenzó cuando Daryl conoció a su novia británica por Internet. Después de hablarme de una chica inglesa llamada Ellie, de la que se había encariñado mucho a través de Internet, me preguntó si ella y su madre podían venir a visitarnos. Como no quería interponerme y fastidiar la felicidad de mi hijo, le contesté que sí, y en un abrir y cerrar de ojos, estaba recogiendo a Ellie y a su madre, Dawn, en el aeropuerto de Los Ángeles. Las cosas empezaron bien entre los cuatro. A medida que nuestros hijos iban estrechando su

relación, Dawn y yo nos fuimos entendiendo bien y conectando por el hecho de ser ambos padres solteros, pues tanto ella como yo habíamos perdido a nuestras respectivas parejas unos años antes. Pero luego las cosas dieron un giro inesperado cuando, poco después de que las dos inglesas se fueran bruscamente de mi casa y regresaran a su país, alguien le diera un chivatazo anónimo a la policía de Los Ángeles, contándoles que Daryl podría haber tenido algo que ver con la desaparición de Aubree Parker, una joven estadounidense que llevaba un tiempo desaparecida en esta ciudad. Cuando la policía llegó a la puerta de mi casa, mi hijo entró en pánico y me lo confesó todo. Había matado a Aubree, una chica con la que había ido al instituto, y luego la enterró en un rincón apartado de todo en medio del desierto, el mismo sitio en el que yo le había propuesto matrimonio a su madre unos años antes. Daryl supuso que Dawn habría encontrado la foto que se hizo con Aubree en nuestra casa pocas horas antes de que desapareciera, y que por eso llamó a la policía y nos la mandó a casa. Nadie sabía que esa chica había estado con nosotros aquel día, pero, tras el chivatazo, la policía lo descubrió.

Después de confesarme que la había matado, mi hijo solo me dejó dos opciones.

Podía entregarlo a los policías que estaban llamando a la puerta de mi casa.

O podía comportarme como un padre debe comportarse y ayudarlo.

Opté por lo segundo, sobre todo porque en aquel momento entendí que mi hijo había heredado de mí sus tendencias violentas hacia las mujeres. Aunque ni él lo sabía entonces ni ninguna otra persona lo sabe hasta el día de hoy, hace unos años yo maté a Jodie, mi mujer y madre de Daryl, envenenándola y logrando salir indemne de ello. Por eso tuve claro que mi hijo debió heredar ese comportamiento

violento hacia el sexo femenino. El único problema fue que él no pudo ocultar sus huellas con tanta eficacia como yo lo hice con su madre, así que, para desviar la atención que la policía había centrado inicialmente en mi hijo, les conté que había sido yo el que mató a Aubree y, para demostrarlo, los llevé hasta el lugar donde estaba enterrada en el desierto.

Sí, yo iba a terminar en la cárcel, pero Daryl seguiría siendo un hombre libre. Le aconsejé que fuera más cuidadoso en el futuro, y él me aseguró que lo sería, pero en cuestión de días demostró que sus palabras no tenían mucho valor, porque viajó a Inglaterra para volver a ver a Ellie. Como yo había fingido ser la persona verdaderamente peligrosa para las mujeres, Dawn y Ellie sintieron que Daryl ya no suponía una amenaza, y lo acogieron en su casa. Pronto mi hijo reveló su personalidad real y, una noche, intentó matar a Ellie en un parque. Por desgracia para él, y también para mí, Dawn pudo salvar a su hija en el último segundo y mató a Daryl antes de que él pudiera acabar con Ellie.

En aquel momento, la gente comenzó a cuestionar la veracidad de mi confesión anterior, así que terminé admitiendo la verdad: que había encubierto a mi hijo en relación con la desaparición y el asesinato de Aubree, y que no fui yo quien acabó con su vida. Aceptaron mi versión, aunque aún no quedé en libertad porque me impusieron una nueva condena, esta vez por obstrucción a la justicia y porque, con mis acciones, había provocado que la familia de Aubree tardara más tiempo en conocer la verdad. Pero es evidente que es preferible una condena de cinco años a una cadena perpetua, y, ahora que ya la he cumplido, puedo empezar a mirar hacia delante en lugar de hacia atrás.

Ahora soy libre, y lo primero que quiero hacer es visitar la tumba de mi hijo.

Lo segundo, vengarme de las dos mujeres que ayudaron a que

terminara ahí.

Dawn y Ellie podrían pensar que, tras cinco años, lo que ocurrió queda en el pasado.

Pero se equivocan.

Esto no ha terminado, ni mucho menos.

Esto no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 3

DAWN

Nunca he sentido que sea una persona especialmente tímida o cohibida, pero tengo la impresión de que, en estos momentos en los que todas las personas congregadas en la terraza están mirando en mi dirección, ese hecho ha cambiado. Sin embargo, aunque parezca que todos los ojos están puestos en mí, en realidad están posados sobre la mujer que camina a mi lado.

Miro a mi derecha y veo a Ellie resplandeciente con su vestido mientras avanzamos en dirección al altar. Como yo, parece un poco nerviosa, y por eso le susurro para recordarle que está guapísima: su sonrisa se hace un poco más grande al escucharme mientras se va acercando al hombre con el que está a punto de casarse. En cuanto a Kyle, su sonrisa es tan grande que parece que se le va a salir de la cara. Cuando llegamos su altura en al altar, tiene la mirada de un tipo que no puede creerse la suerte que tiene. En cualquier caso, por si le quedaba alguna duda acerca de lo privilegiada que es su posición, le susurro algo a él también, antes de separarme de la feliz pareja.

—Cuídala bien —le digo, en parte a modo de broma, fingiendo ser esa suegra temible que va a pasarse la vida vigilando todos sus movimientos. No lo soy, así que, bueno, lo digo solo por reírnos un poco. Aunque, en realidad, supongo que una parte de mí quería decirlo para expresar la naturaleza simbólica de lo que acabo de

hacer.

Básicamente, le acabo de entregar a mi hija. Ya no soy la persona más importante del mundo para ella. Desde ahora lo será él, y aunque no puedo decir que mis obligaciones como madre hayan terminado oficialmente —porque eso jamás llegará a ocurrir del todo —, este es otro gran paso para que Ellie me necesite menos en su vida, a medida que empieza a formar su propia familia. Esa constatación, junto con la ausencia de su padre y el hecho de que no pueda ver lo preciosa que está nuestra hija en estos instantes, es la razón por la que las lágrimas se me vuelven a acumular en los ojos. Esta vez no hay forma de detenerlas, y comienzo a llorar.

Por fortuna, Maggie y Tanya, mis dos amigas con las que siempre puedo contar, me dan rápidamente unos pañuelos de papel, y me seco los ojos con ellos y busco mi lugar para sentarme. Los pocos invitados aquí reunidos empatizan con mis lágrimas; enseguida, el funcionario del registro da comienzo a la celebración. El escenario en el que tiene lugar no podría ser más perfecto.

La vista de la que disfrutan Ellie y Kyle cuando intercambian sus votos es impresionante: el mar se extiende infinito ante ellos, tan infinito como el amor que se profesan. Y, además, es que es increíble pensar que esta boda ha costado muchísimo menos de lo que lo habría hecho de haber sido celebrada en Inglaterra. Los precios de las bodas en nuestro país son astronómicos, ¿y qué obtienen a cambio las personas que los pagan? Desde luego, no disfrutan de unas vistas como estas, eso por descontado, y tampoco es muy probable que tengan la suerte de sentir una brisa marina fresca en sus caras. Ahora comprendo por qué Ellie tenía tanto interés en celebrar su boda aquí. En realidad, fue Kyle quien sugirió Turquía, y al principio yo tenía mis reservas, aunque era consciente de que yo no tendría la última palabra si llegaba el caso. Pero sí que le comenté a mi hija que ya suponía bastante estrés celebrar una

boda en tu ciudad, así que no me podía imaginar lo que conllevaría hacerlo a cientos de kilómetros de distancia. Pero a Ellie enseguida empezó a gustarle la idea de que la ceremonia tuviera lugar en un sitio soleado. Cuando tuvieron eso claro, solo les quedó elegir la fecha.

Puede que me haya parecido un poco engorroso tener que subirme a un avión y volar durante cuatro horas para llegar hasta aquí, cargando con mi traje para la boda y tratando de calmar por el camino a la futura esposa, que estaba hecha un manojo de nervios. Pero ahora, contemplando este lugar, veo que ha merecido la pena. Además, un vuelo de cuatro horas es mucho más corto que el de once que tomé hasta Los Ángeles la última vez que Ellie dejó que su corazón se aventurara más allá de las fronteras inglesas.

Cuando comenzó su relación con Daryl, antes de que se descubriera que aquel chico era un psicópata, estaba convencida de que mi hija acabaría mudándose a Estados Unidos y de que yo solo podría verla una o dos veces al año, y eso en el mejor de los casos. Por supuesto ahora, en retrospectiva, habría aceptado que ocurriera eso mucho antes que lo que realmente sucedió. Pero como aquello queda ya en el pasado y Ellie ha conocido a su nuevo amor, no puedo decir que no me resulte ilusionante que planeen quedarse en Inglaterra y, lo que es aún mejor, que vayan a vivir muy cerca de mí.

Kyle ya tiene su propia casa, una vivienda de un tamaño considerable que está situada en la parte bonita de nuestra localidad, y en la actualidad, Ellie vive allí con él. Creo que su idea es quedarse en esa casa, y a mí me parece genial, porque está a solo quince minutos en coche de la mía y, además, tampoco está lejos del supermercado en el que trabajo, por lo que puedo tomarme un té con mi hija siempre que tenga tiempo para hacerlo. También será muy conveniente cuando llegue el momento en el que me pidan cuidar de algún nieto en el futuro. Pero, en fin, cada cosa a su

tiempo.

Los votos continúan intercambiándose, y oigo a Ellie y Kyle confirmar a sus invitados con claridad y confianza que se querrán y apoyarán para siempre el uno al otro, y que siempre estarán ahí para su pareja, sin importar lo que pueda esperarle al matrimonio en el futuro. Cuando terminan todas las formalidades, el oficiante lee en voz muy alta y con orgullo un anuncio.

—Enhorabuena. ¡Yo os declaro marido y mujer!

La feliz pareja se besa para sellar esas palabras, que son recibidas con un aplauso entusiasta por todos los invitados a la ceremonia. Mi hija acaba de casarse, y no quepo en mí de felicidad. Siento que necesito beber algo, porque el día ha estado muy cargado de emociones, y eso que aún no es ni mediodía. Me siento aliviada al ver a alguien que se abre paso cargando una bandeja llena de copas de champán.

—Por Ellie —dice Maggie cuando todos tenemos ya una copa en nuestras manos. Las chocamos y damos un sorbo fresco y refrescante, disfrutando de esas burbujas efervescentes.

—Una ceremonia preciosa —añade Tanya—. Maravillosa. Debes estar muy orgullosa.

—Lo estoy —confirmo, mientras veo cómo un fotógrafo conduce a la feliz pareja hasta el borde de la terraza, donde les va a hacer unas fotos con un fondo impresionante a sus espaldas. Estoy segura de que es cuestión de tiempo que me llamen para hacerme algunas fotos con ellos, y además me muero de ganas de que eso ocurra, pero, de momento, me conformo con beber champán con mis mejores amigas.

—Kirsty se ha perdido una ocasión muy especial —dice Maggie—. Estoy segura de que debe estar muy arrepentida por haber vendido su historia a los medios. Sí, consiguió algo de dinero, que le sirvió para agrandar un poco su casa, pero ¿y qué? La amistad verdadera

no tiene precio, y ella ya no puede disfrutar de eso.

Le sonrío. Ni que decir tiene que les estoy muy agradecida, tanto a ella como a Tanya, por elegir estar de mi lado y no del de Kirsty cuando ella decidió hablar con aquellos periodistas, lo cual contribuyó a hacer aún más complicado un momento ya de por sí muy difícil tras lo que hizo Daryl.

—Me alegro mucho por Ellie —añade Tanya—. Después de todo lo que le ha ocurrido, se merece toda la alegría del mundo.

—Y tanto que se la merece —contesto. Casi sin darme cuenta, mi copa de champán está vacía y comienzo a buscar otra. Antes de que pueda encontrarla, Tanya tiene algo más que decir.

—¿Sabes quién más merece ser feliz? Tú —me dice, y Maggie asiente con entusiasmo—. Lo cual me recuerda algo... ¿Algún avance en el tema de las citas?

Oh, no. Ya estamos otra vez.

Debería haber tenido claro que mis amigas no tardarían en preguntarme por mi vida amorosa, teniendo en cuenta que lleva bastante tiempo siendo uno de los principales temas de conversación entre nosotras. Para ser justos, hay que decir que ya ha pasado bastante tiempo desde que perdí a mi marido; mucha gente ya habría intentado pasar página a estas alturas. Nueve años y sumando, y no he tenido ni una sola cita desde entonces. Pero Maggie y Tanya están decididas a cambiar eso.

«Sigues siendo muy joven», me ha repetido Maggie en varias ocasiones, y aunque yo siempre respondo recordándoles que el próximo número redondo al que me aproximo es el cincuenta, Tanya siempre me recuerda que «los cincuenta son los nuevos cuarenta», que vete tú a saber lo que significa.

—Quizá podrías conocer a alguien aquí —reflexiona Maggie, mientras mira a su alrededor—. Un guapo camarero turco, tal vez. Un yogurín al que tirarte y que te puedas llevar de vuelta a

Inglaterra. Sería divertido.

Me guiña un ojo, y no tengo muy claro si piensa que eso sería algo divertido para mí o si lo sería para ella; no sé cuáles son las fantasías que se le pasan por la cabeza cuando se aburre de su marido.

—No, olvídate de los yogurines turcos —interrumpe Tanya—. Lo que necesitas es un caballero inglés como Dios manda, que tenga dinero y pueda pagar lo que haga falta para que tengas una vida estupenda, lo mismo que ha encontrado Ellie. Creo que, cuando vuelvas a casa, deberías intentar buscarte uno. Sé que siempre te has resistido a las páginas web de citas, y acepto que muchas de ellas están llenas de pervertidos que solo buscan una cosa. Pero hay hombres buenos por ahí. Una mujer de mi clase de *spinning* conoció a un tipo muy apuesto de cincuenta y tantos años que la trata como a una reina, y la lleva de viaje siempre que hay algún puente; suelen ir al campo. Hasta le compró un coche nuevo y todo.

Hago un gesto de exasperación mientras mis dos amigas discuten entusiasmadas sobre el tipo de hombre con el que podría acabar, ya sea un joven capaz de pasar muchas horas en mi habitación o un hombre mayor que tenga suficiente dinero en la cuenta como para ofrecerme una vida llena de lujos. Pero sea lo que sea lo que estén pensando ellas, la realidad es que nada de eso va a ocurrir si yo no tomo la decisión de abrirme e intentar tener una cita.

¿Me apetece de verdad?

La respuesta a esa pregunta siempre ha sido no, pero, ahora que estoy aquí en este ambiente en el que recuerdo lo que significa la presencia del amor de otra persona, no puedo evitar pensar que quizá debería intentar darle otra oportunidad a eso de enamorarme. No digo que quiera volver a casarme, pero quizá me queden otros treinta o cuarenta años de vida, y eso me parece demasiado tiempo como para no ser capaz de comprender que tal vez exista alguien

que pueda ser mi compañero en ese viaje. Y más ahora, que mi hija me va a necesitar menos. Me va a hacer falta encontrar algo con lo que ocupar mi tiempo libre cuando no esté trabajando. Hacer recados para mi hija y ocuparme de los dramas que han ido consumiendo su vida ha ocupado gran parte de mis días desde que nació, pero ahora me imagino que será Kyle quien se encargue de todas esas cosas. En consecuencia, me pasaré mucho tiempo en casa, pensando que ojalá tuviera a mi lado una figura masculina fuerte en la que apoyarme.

Puede que el champán se me esté subiendo a la cabeza, o tal vez sea por el calor que empieza apretar en esta terraza. Sea por el motivo que sea, decido decirles a Maggie y Tanya que voy a empezar a tener citas cuando regrese a Inglaterra. Como era de esperar, las dos se ponen contentísimas al escucharme, aunque matizo su entusiasmo insistiendo en que lo haré cuando vuelva a casa, para que no empiecen a correr por los hoteles turcos buscando a alguien con quien emparejarme.

Por suerte, me separo de mis amigas porque Ellie me llama para que me haga unas fotos con ella y Kyle. Me acerco a ellos tan rápido como puedo, y los tres posamos para varias fotos en las que salimos con el mar reluciendo a nuestras espaldas.

El día está transcurriendo tan excepcionalmente como esperaba, y nada puede estropearlo, ni siquiera un poco de lluvia, aunque eso es poco probable aquí.

Lo siento por cualquiera que se encuentre hoy bajo un paraguas y un cielo oscuro.

No tienen ni idea de lo que se están perdiendo.

CAPÍTULO 4

HARVEY

La lluvia repiquetea sobre la parte superior del paraguas que sostengo mientras me dirijo hacia la lápida que se encuentra entre cientos de otras en este cementerio en expansión del norte de Los Ángeles. Clara está a mi lado, y le agradezco que haya traído un paraguas para que no nos mojemos mientras venimos a presentar nuestros respetos a la tumba de mi hijo. Cuanto más me acerco a su lápida, más sombrío se vuelve mi estado de ánimo, y llego a un punto en el que me siento sin energías, igual de apagado y gris que las nubes de tormenta que se ciernen sobre la ciudad de Los Ángeles.

—Hola, hijo —saludo cuando llego a la altura de la tumba de Daryl, y me quedo contemplando las palabras inscritas en la lápida. Son las que yo mismo encargué, dando instrucciones a la persona que confeccionó la losa sobre lo que debía escribir en ella para que el difunto que yace actualmente en una caja bajo la misma fuera recordado tal y como yo consideraba que se merecía.

«Un hijo cariñoso, con buen sentido del humor y una determinación feroz para conseguir lo que quería».

Ese es el Daryl que yo conocí.

Y me da igual lo que el resto del mundo piense sobre *él, porque nadie lo conocía mejor que yo.*

Desde luego, no los periodistas que han escrito tantos artículos

sobre él y, especialmente, no la gente que se ha formado una opinión sobre mi hijo y ha llegado a la conclusión de que era una persona malvada. Aunque entiendo el motivo por el que piensan eso. Por lo que ellos saben, asesinó a Aubree Parker e intentó volver a matar cuando atacó a Ellie en Inglaterra, así que sí, parece obvio que tenía un lado oscuro. Yo admito que Daryl tenía sus problemas, pero era algo más que un simple asesino. Quiero asegurarme de que eso quede claro, y por eso esta encargué esta lápida. Por desgracia, a veces alguna persona considera oportuno destrozar la tumba, pintando grafitis y destruyendo las flores que se dejan aquí. Clara me lo ha contado y, aunque siempre se ha esforzado por mantenerla cuidada, la realidad es que los intentos por vandalizarla se repiten de vez en cuando.

Que les den por culo a los vándalos. Creen que pueden destruir la memoria de mi hijo, pero están muy equivocados.

También se equivocan si creen que la historia de Daryl ya está cerrada.

Me voy a encargar personalmente de que no sea así.

—Los Aggies ganaron ayer —le dice Clara a la tumba, refiriéndose al equipo de fútbol americano de la facultad de mi hijo, en Texas, al que apoyaba con mucho orgullo durante el tiempo que estuvo allí estudiando—. Quedaron veinte a diecisiete. Fue un partido buenísimo. Lo habrías disfrutado.

Aprecio mucho este gesto de Clara, porque está en lo cierto: Daryl lo habría disfrutado mucho si hubiera estado vivo para verlo, y no tengo duda alguna de que debería haberlo estado. Debería haber seguido viviendo mucho más tiempo, otros cincuenta o sesenta años por lo menos, de modo que hubiera podido ver y disfrutar infinidad de partidos de fútbol. También soy consciente de que debería ser él quien visitara mi tumba, y no al revés, porque ese es el ciclo natural de la vida.

Los padres primero, los hijos después.

Pero, en este caso, eso no es así.

Por culpa de Dawn.

—¿Podría quedarme un minuto a solas con él? —le pregunto a Clara—. Quédate mientras con el paraguas.

Se lo ofrezco porque no me parece justo pedirle que se vaya y que se quede a merced de la lluvia, pero ella lo rechaza, señalando hacia un árbol grande que hay en un extremo del cementerio, y me dice que se va a refugiar allí hasta que yo termine. Luego me da un beso en la mejilla y se marcha corriendo para mojarse lo menos posible. Me quedo solo, encogido bajo el paraguas y de pie ante la última morada de mi hijo. Ahora que estamos solos, puedo hablar abiertamente con mi niño.

—No voy a dejar que se salgan con la suya después de lo que te hicieron —le aseguro a Daryl, rezando para que haya alguna forma de que pueda escucharme desde el más allá—. Tengo un plan, y aunque no estoy muy seguro de que vaya a funcionar, te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para intentarlo.

La lluvia arrecia sobre mi paraguas, pero no permito que me disuada de decir lo que he venido a decir. Continúo hablando como si mi hijo estuviera delante de mí y yo lo estuviera mirando a la cara.

—Voy a ir a Inglaterra, y voy a visitar a Dawn y a Ellie —le digo, sintiéndome libre para contarle mi maléfico plan a Daryl, porque él no puede denunciarme a la policía—. Voy a ir tan pronto como pueda, porque cada segundo que esas mujeres estén vivas es un insulto para mí y para tu memoria.

Veo en mi cabeza una y otra vez a Dawn y Ellie riendo y sonriendo, viviendo una buena vida en Inglaterra. Esas visiones me han perseguido durante todo el tiempo que he pasado entre rejas. Pensar en ellas disfrutando de su compañía mutua, de ese vínculo especial que solo se da entre padres e hijos y que yo he perdido, me

hace enfurecer. Tengo unas ganas locas de ponerle fin. Por supuesto, mientras he estado encarcelado, no he sabido lo que esas dos han podido estar haciendo con sus vidas, pero supongo que les estará yendo bien, sea lo que sea a lo que se estén dedicando. Esa mera idea alimenta aún más mi necesidad de venganza, lo cual no puede ser malo.

—Por desgracia, ahora tengo antecedentes penales, así que no puedo volar así como así al Reino Unido —continúo explicándole las cosas a mi hijo, como si no fuera solo comida para gusanos bajo esta tierra húmeda y fuera en realidad parte de mi plan de venganza —. Cualquier persona que haya pasado más de doce meses en la cárcel no puede volar y pasar por el control de pasaportes allá en Inglaterra como si nada. Así que, para evitar el riesgo de que me devuelvan a Estados Unidos sin lograr el objetivo que me he planteado, voy a dar un pequeño rodeo.

La idea del viaje tan largo que me espera es un poco abrumadora en estos momentos, pero no tengo otra alternativa. Tengo dos opciones: o me embarco en ese viaje, o me quedo aquí y permito que Dawn y Ellie no sufran ninguna consecuencia por lo que hicieron. Si me decidiera por lo segundo, ¿con qué cara podría volver a esta tumba y decirle a mi hijo que he hecho todo lo que estaba en mi mano por él?

—Voy a tener que volar primero a un país europeo, uno que tenga leyes menos severas en relación con el movimiento de personas con antecedentes penales a través de sus fronteras. Puede que Holanda sea mi mejor opción —explico—. Puedo volar hasta ese país con mi historial; una vez allí, no estaré demasiado lejos de Inglaterra. Claro que queda el pequeño problema de cruzar el mar hasta llegar al Reino Unido, pero ya se me ocurrirá algo.

Aunque todavía no sé exactamente cómo lo haré cuando llegue allí, sí que sé que todos los días entran personas de forma ilegal en el

Reino Unido a través de diversos medios de transporte, así que algunas opciones tendré. Otra cuestión es que alguna de ellas funcione, pero bueno, como siempre, lo intentaré.

—Pero eso significa que, aunque pueda llegar hasta allí, no estoy seguro de que me vaya a resultar fácil regresar —añado, mientras la lluvia no hace más que intensificarse—. Puede que esto acabe siendo una misión sin retorno y, si es así, no podré venir a visitarte nunca más.

Miro a Clara, que está de pie bajo las grandes ramas del árbol que se encuentra a varios metros de distancia de la tumba, y veo que en ese lugar está prácticamente seca. No sabe nada del plan que acabo de describirle a mi hijo, y mi intención es que eso siga siendo así. No quiero que sepa que en breve voy a volar en dirección a Europa, porque dudo mucho que le haga gracia descubrir que la voy a abandonar poco después de haber salido de la cárcel, tras haber estado recibiendo su apoyo durante toda mi condena. No tengo ni idea de cómo podría reaccionar ante eso y, si se enfada, podría decidir ir a la policía. En ese caso, podrían advertir a Dawn y Ellie de que voy a por ellas. Es mejor que Clara no conozca mis intenciones en absoluto, y por eso todo lo que ella sabe es que vamos a empezar una vida juntos muy pronto, aquí, en Los Ángeles.

Pero Daryl sí que sabe lo que en realidad voy a tratar de conseguir.

—Voy a hacer todo lo posible por poner las cosas en su sitio —le aseguro para terminar—. Te lo prometo.

Luego me arrodillo junto a la tumba y extiendo la mano para ponerla sobre la lápida, fría y húmeda.

—Te quiero, hijo —le digo de corazón.

Cuando he terminado, me levanto y me alejo de la tumba sin mirar atrás, porque me digo a mí mismo que esta no va a ser la última vez que venga a este lugar. Voy a conseguir que mi plan funcione a la perfección y lograré volver a Los Ángeles. No voy a morir en

Inglaterra como Daryl. Su cuerpo tuvo que ser repatriado, pero el mío no. Yo voy a regresar a casa y, cuando lo haga, volveré al cementerio para contarle a mi hijo lo bien que han ido las cosas. Podré explicarle con todo lujo de detalles cómo acabé con las vidas de Dawn y Ellie. Seré capaz de describirle las expresiones horrorizadas de sus caras cuando vieron que había vuelto para vengarme de ellas. Y, lo mejor de todo, tendré la oportunidad de contarle a Daryl cómo me suplicaron clemencia justo antes de silenciarlas para siempre, asegurándome de que supieran que, en última instancia, fue mi familia la que terminó ganando, y no al revés.

—¿Estás bien? —me pregunta Clara cuando me ve acercarme al árbol, y yo asiento con la cabeza antes de acogerla de nuevo bajo el refugio del paraguas.

—Sí, estoy bien —respondo, mientras caminamos hacia las puertas que conducen al aparcamiento—. Vamos a protegernos de esta lluvia.

Clara está de acuerdo conmigo en eso. Después, me sugiere que vayamos a su casa, añadiendo al ofrecimiento un guiño descarado para ser completamente transparente con respecto a las intenciones que tiene en cuanto lleguemos allí. Yo asiento, porque también me parece una buena idea. Aunque, en realidad, solo hay dos sitios a los que de verdad quiero ir.

Dentro de muy poco, tendré que ir a mi casa, que lleva cinco años vacía. Cuando llegue, haré las maletas, cogeré mi pasaporte y volveré a salir por la puerta principal. Después, me dirigiré hacia el aeropuerto y compraré un billete de avión que me permita salir del país y, de paso, acortar considerablemente la distancia que me separa de la madre y la hija a las que tanto desprecio.

Dawn y Ellie no tienen ni idea de que voy a por ellas.

Pero el reloj ya está en marcha, el tiempo ya corre.

Y lo mejor de todo es que solo yo soy consciente de ello.

CAPÍTULO 5

ELLIE

Es el día de mi boda y, de momento, todo ha ido bien.

Ya me encaminé hacia el altar y, aunque me puse bastante nerviosa mientras lo hacía, todo el rato me parecía divisar un batiburrillo de caras sonrientes, así que, en realidad, los nervios se me pasaron rápidamente. También he pronunciado mis votos, sin trabarme con ninguna palabra y solventando esa parte de la ceremonia sin ningún contratiempo. Desde entonces, he sonreído para muchas fotos, he disfrutado de una comida estupenda y me he bebido una o dos copas de champán más de las que debería. Pero, en fin, todo eso ya ha pasado. Lo que ahora me hace estar nerviosa es que los discursos van a comenzar en cualquier momento, y esa es la única parte de todo el evento sobre la que no tengo un control total.

Aunque yo no voy a dar ningún discurso, mi nuevo marido sí que lo va a hacer, y estoy intentando convencerme a mí misma de que no va a decir nada que me haga sentir vergüenza. Kyle no parece nervioso en absoluto aunque esté a punto de ponerse de pie en breve para dirigirse a nuestros invitados, cosa que supongo que es buena. Pero ¿qué va a contarles? No soy la primera novia a la que le preocupa que su novio comparta más detalles de la cuenta acerca de su relación, y lo último que quiero es que diga algo que me resulte incómodo o embarazoso, especialmente si tenemos en

cuenta que mi madre está presente. Así que nada de historias sexuales ni tampoco sobre nuestras rutinas en el baño. Nada que me haga querer desaparecer de la vergüenza. Esas son las reglas, y se lo he repetido varias veces a Kyle, pero ¿las va a cumplir, tal y como me prometió, o será como todos esos novios a los que he visto en Internet dando algún discurso en sus bodas? Él sabe a cuáles me refiero, esos que se creen cómicos que se suben a un escenario con un micrófono y cuentan anécdotas que ellos piensan que son desternillantes, pero en realidad acaban avergonzando a la novia y a la mitad de los presentes en la celebración.

Cuando veo que alguien se acerca a nuestra mesa con un micrófono, me imagino que estoy a punto de descubrirlo.

Pero, antes de que Kyle tenga la oportunidad de hablar, hay otra persona que va a pronunciar un discurso antes que él. La veo coger el micrófono y levantarse de su asiento, y me siento también muy intrigada por lo que irá a decir.

Ha llegado el momento del discurso de mi madre.

Cuando la sala se queda en silencio, pienso en que debería haber sido mi padre, Sean, quien estuviera ahora a punto de dirigirse a todos los invitados. La tradición manda que sea el padre de la novia el que pronuncie un discurso el día de la boda de su hija, aunque en mi caso eso no es posible. Pero que lo perdiera antes de tiempo no significa que no lo haya tenido presente durante todo el día, y sé que mi madre también ha pensado en él en todo momento. Estoy segura de que voy a poder cerciorarme aún más de ello cuando empiece a hablar, así que, por precaución, para estar preparada para lo que viene, cojo el paquete de pañuelos de papel que he colocado estratégicamente en esta mesa en previsión de la llorera que presumiblemente sufriré durante esta parte del evento.

—Gracias a todos por estar hoy aquí presentes, y gracias a todos los trabajadores estupendos de este maravilloso recinto, que nos

han tratado tan bien durante esta boda tan increíble —empieza mamá, dirigiéndose con cortesía tanto a nuestros invitados como a nuestros anfitriones en una sola frase. Luego se gira hacia donde estamos mi nuevo marido y yo, con una sonrisa radiante—. Qué pareja tan bonita. ¡Un brindis por Ellie y Kyle! —exclama, y levanta su copa de champán. Todos los presentes la imitan.

Bueno, *esto va mejor de lo que pensaba. De momento, no hay historias bochornosas de cuando era un bebé.*

—Cuando Ellie era pequeña, tenía un osito de peluche favorito —continúa mi madre, y yo me estremezco de inmediato.

Oh, no, ya empezamos.

—El osito se llamaba Pink Pink —explica, y todos los presentes se ríen y lo encuentran adorable, mientras yo me limito a esconder la cabeza entre las manos—. Y Pink Pink era el mejor amigo de Ellie cuando era pequeña.

«*¿De verdad tenías que hablar de eso, mamá?*».

—Ellie se lo llevaba a todas partes e incluso dormía con él. También solía contarle todos sus secretos y preocupaciones, pero lo que mi hija no sabía era que Pink Pink luego me informaba a mí, por si había algo que yo debiera saber.

Algunas personas se ríen, pero yo solo soy capaz de torcer un poco el gesto porque no tengo ni idea de hacia dónde se dirige esta historia, aunque sé con seguridad que me va a hacer sentir vergüenza.

—Bueno, a ver, está claro que los ositos de peluche no pueden hablar, así que Pink Pink no me pudo describir lo que Ellie le contaba a él. Tuve que averiguarlo por mí misma, colocándome disimuladamente al otro lado de la puerta de su habitación y tratando de escuchar cuando Ellie no sabía que yo estaba allí.

Le lanzo una mirada fulminante a mi madre, porque no tenía ni idea de que hubiera hecho algo así, pero ella se limita a sonreírme

como respuesta.

—Cualquier padre es consciente de que los niños no nos lo cuentan todo, así que a veces tenemos que recurrir a trucos un poco sucios para enterarnos de lo que se les pasa por la cabeza —continúa diciendo mi madre—. El caso es que, mientras la escuchaba una noche, oí por casualidad que le contaba a Pink Pink algunos de sus sueños y esperanzas.

Ay, no, ¿qué perlita va a soltar ahora para hacerme morir de la vergüenza? Me da miedo pensarlo, porque los sueños y las esperanzas de una niña de cinco años no pueden ser otra cosa que avergonzantes, ¿me equivoco?

—¿Y sabéis lo que escuché? —le pregunta mi madre a su público, que está completamente embelesado—. Oí a mi hija contarle a su osito de peluche favorito que un día, cuando fuera mayor, se iba a casar con un príncipe apuesto y que tendría una boda que parecería sacada de un cuento de hadas. Bueno, pues aquí estamos. Supongo que ese sueño se ha hecho realidad.

A todos en la sala les encanta la historia, e incluso yo misma he de admitir que es bastante tierna, así que le sonrío a mi madre, esperando ya que cambie de tema. Pero no, aún no ha terminado del todo.

—¿Sabéis qué más le escuché decir? —les pregunta a todos—. Le dijo a Pink Pink que, cuando se casara, quería que su osito de peluche favorito la acompañara en su gran día.

¡*Oh, no!*

—¡Y adivinad qué! —grita mamá—. ¡Está aquí!

Tras exclamar eso, mete una mano debajo de la mesa y saca a Pink Pink, mi osito de peluche rosa, que llevaba tantos años sin ver y que no sabía que mi madre había conservado todo este tiempo.

Todos los reunidos en la celebración aplauden y ríen, aunque yo siento cada vez más calor en mi cara y me pregunto si me estoy

poniendo tan rosa como mi queridísimo osito de peluche.

Mi madre me sonríe y está claro que piensa que es graciosísima y, además, adorable. Tengo que admitir que ha sido divertido escuchar la historia, pero he de decir que siento un gran alivio cuando la veo dejar a Pink Pink en el suelo y comenzar a hablar de otra cosa. Sin embargo, el siguiente tema me resulta casi igual de incómodo, aunque por una causa bien distinta.

—Es evidente que hay una persona que debería haber estado aquí hoy, y no ha podido ser, y me refiero al padre de Ellie, Sean —dice mamá. Noto cómo su voz se quiebra un poco al nombrarlo y empiezo a dudar de si va a comenzar a llorar como yo ya lo estoy haciendo—. Por desgracia, Sean falleció cuando Ellie tenía veinte años. Pero, antes de hacerlo, me dio una cosa.

Mamá se saca otra sorpresa de la manga. En esta ocasión, es una carta. Comienza a leerla y, mientras lo hace, me resulta imposible evitar que las lágrimas comiencen a resbalar por mis mejillas.

—»*Mi querida Ellie. Si estás escuchando esto, enhorabuena, has encontrado a alguien que se case contigo. Que Dios lo pille confesado».*

No sabía que fuera posible llorar y reír al mismo tiempo, pero todo el mundo —incluida yo— lo está haciendo en estos momentos.

—»*Siento mucho no estar contigo para compartir este día tan especial para ti. Nada me habría gustado más que acompañarte al altar y entregarte al novio, aunque solo fuera porque entregarte a él significaría que por fin serías su problema y no el mío».*

Más risas.

—»*Pero hablando en serio, Ellie, de verdad que me gustaría poder estar ahí hoy para verte comenzar este próximo capítulo de tu vida, que va a ser muy emocionante. Estoy convencido de que estás preciosa, y lo único que puedo afirmar con toda seguridad es que el hombre que ahora está sentado a tu lado es la persona más*

afortunada del mundo».

Kyle me coge la mano y me la aprieta. Mi madre se seca unas lágrimas de los ojos antes de seguir leyendo.

—»*Voy a terminar ya, porque a nadie le gusta que un discurso de boda se alargue demasiado, sobre todo si quien lo ha escrito es un tipo que está muerto*» —lee mamá, antes de sacudir la cabeza de lado a lado ante el humor negro de su difunto marido—. «*Solo quería decirte, mi querida Ellie, que te quiero y que te deseo muchos años felices de matrimonio, como los que yo disfruté con tu madre».*

Mi madre ahora está llorando incontenidamente y le cuesta terminar, así que me levanto y le doy un pequeño abrazo para transmitirle algo de fuerza que la ayude a recomponerse y poder continuar.

—»*Recuerda, hay dos cosas importantes para que un matrimonio sea feliz. Si el marido cree que tiene la razón, está equivocado. Si la mujer cree que tiene la razón, sin duda la tiene».*

La frase final desencadena otra oleada de risas, y con eso, el discurso que mi padre escribió muy por adelantado termina, dejándonos a mi madre y a mí fundidas en un fuerte abrazo. Todo el mundo se pone de pie y aplaude el momento, que resulta abrumadoramente conmovedor.

Después de algo tan emotivo, tardo un instante en serenarme y recordar que los discursos aún no han terminado. Ahora es mi marido quien sostiene el micrófono en la mano y está listo para empezar.

Confío en que el discurso de Kyle sea entrañable y ligero, que provoque sonrisas de admiración entre el público y que no sea nada que raye lo pornográfico y escandalice a los invitados. Respiro hondo y me armo de valor para escucharlo. Empieza refiriéndose a Sean, lo cual es un gran detalle por su parte, y luego comienza a hablar de mí y, más concretamente, de cómo nos conocimos.

—Lo nuestro empezó como cualquier buena historia, en una noche oscura y tormentosa, como en las películas —dice Kyle, provocando las risas de la sala, en particular de las amigas de mamá, Maggie y Tanya. Parecen enamoradas de mi nuevo marido, como lo parecen muchas otras mujeres, porque la verdad es que es guapísimo.

—Estaba dentro de un *pub* tomando una cerveza porque me resguardé allí de la lluvia. Entonces vi entrar a la mujer más guapa del mundo —continúa Kyle—. Pero bueno, la verdad es que se fue enseguida, y luego entró Ellie.

Levanto la mirada al cielo ante ese chiste tan malo mientras Kyle se ríe para sí mismo.

—Me di cuenta de que tú también habías entrado para resguardarte de la lluvia porque estabas empapada, y sentí un poco de pena por ti cuando te acercaste a la barra y pediste algo de beber. Cuando te vi sentarte sola junto a una mesa, me moría de ganas de ir a hablar contigo, pero no tuve valor de hacerlo, ni siquiera después de haberme tomado una segunda cerveza. Pero, cuando te vi terminarte la bebida y prepararte para salir del *pub*, supe que ese tenía que ser el momento, que no tendría otra oportunidad. Así que fui a por ello.

Sonrío al recordar la noche en la que nos conocimos, y aunque es cierto que hacía un tiempo horrible y que la única razón por la que entré en el *pub* fue para evitar la lluvia, acabó convirtiéndose en la mejor decisión que he tomado en toda mi vida.

—Como sabía que no tenías paraguas, y viendo que seguía lloviendo, cogí rápidamente el mío y te acompañé fuera del *pub*. Luego te ofrecí que te llevaras el paraguas para que no te mojaras.

—¿Te acuerdas de eso? —me pregunta Kyle.

—Pues claro —le susurro con una sonrisa.

—No quisiste aceptar mi paraguas, así que te propuse que camináramos juntos protegidos con él, cosa que hicimos. Diez

minutos más tarde llegamos a la parada de autobús y ya había conseguido tu número de teléfono, así que, a pesar del tiempo, me sentía el tío más feliz del mundo.

—Ser un caballero tiene sus recompensas —digo espontáneamente, y todo el mundo se ríe.

—¡Y tanto! Pero lo que nunca te he contado es que el paraguas que usé aquella noche no era el mío. En realidad, se lo pedí prestado a un tipo que había en el *pub*, y, cuando te dejé en la parada del autobús, volví corriendo para devolvérselo a su dueño. Luego me fui a casa, y cuando llegué estaba completamente empapado. Pero mereció la pena, porque tenía tu número.

No tenía ni idea de esa historia, no sabía que Kyle hubiera usado el paraguas de otra persona aquella noche. Ahora que lo sé, me parece aún más romántico, porque demuestra que estaba deseando hablar conmigo, y gracias a que al final lo hizo estamos hoy aquí.

—Te quiero, Ellie, y quiero darte las gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo —dice Kyle, levantando al aire su copa de champán—. También quiero prometerte a ti, Dawn, que voy a tratar a tu hija como se merece.

Mi madre valora mucho ese detalle, y yo también, porque Kyle lo sabe todo sobre mi tórrida historia con Daryl, así que es consciente de lo importante que es que mi vida amorosa no sufra más dramas en el futuro.

—Bueno, vamos a terminar de comer lo que nos queda, vamos a beber un poco más de champán y ¡venga, a bailar hasta que amanezca! —exclama Kyle, y todo el mundo responde afirmativamente gritando y aplaudiendo, mientras mi marido vuelve a sentarse a mi lado y me da un beso.

Los discursos han sido perfectos, como lo ha sido el resto del día. Y lo que es aún mejor es que mi madre también parece estar pasándoselo en grande. Ya se le han secado las lágrimas tras la

lectura tan emotiva de la carta de mi padre, y le ha vuelto a la cara una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué no iba a tenerla? Me imagino que el día de la boda de un hijo es uno de los mejores días de la vida de sus padres, y es maravilloso ver a mi madre tan feliz después de todo lo que ha tenido que sufrir.

Pasó por un infierno con la enfermedad de mi padre y sufrió otra enormidad cuando acabe metiendo en casa, sin saberlo, a un asesino americano. Ahora por fin puede relajarse y volver a disfrutar de su vida.

Una cosa de la que me he dado cuenta es de que, cuando yo soy feliz, ella también lo es. Eso significa que me quiere muchísimo, y lo mejor de todo es que en estos momentos no se me ocurre nada que pueda estropear mi felicidad.

Nada en absoluto.

De verdad siento que, en lo que respecta a mi vida, lo mejor está por llegar.

Y es así, ¿verdad?

CAPÍTULO 6

HARVEY

La lluvia sigue cayendo en Los Ángeles, y veo cómo golpea contra la ventana desde la cama en la que estoy tumbado. Pero la mujer junto a la que me encuentro bloquea temporalmente mi visión del exterior al levantar la cabeza y volver a formularme la pregunta, porque sin duda no le estaba prestando demasiada atención la primera vez que me la ha hecho.

—¿Harvey? ¿Qué te parece mi idea?

—Tu idea... —repito, confundido, porque mi mente se encuentra a un millón de kilómetros de esta habitación de la casa de Clara, lugar al que vinimos cuando salimos del cementerio.

—Sí. Que vivamos juntos. Sé que acabas de salir de la cárcel, y no quiero precipitarme y acelerar las cosas si piensas que necesitas un poco más tiempo, pero estaría bien que pudiéramos despertarnos uno al lado del otro todos los días, ¿no?

A pesar de ser una persona que se ha pasado la mayor parte de los últimos cinco años escribiéndome, leyendo mis respuestas a sus cartas y visitándome en la cárcel, además de haber estado todo el día de hoy en conmigo en persona, Clara parece no tener ni la más remota idea de que lo último que me apetece en el mundo ahora mismo es instalarme con ella, ya sea en su casa o en la mía. No es que su compañía no me resulte agradable, y despertarme a su lado cada día sería estupendo, sobre todo si repetimos con frecuencia lo

que hemos hecho nada más meternos en una cama juntos por primera vez. Pero, por desgracia, voy a necesitar mucho más que compañía para volver a ser feliz.

No estoy yo ahora para una vida tranquila y estable.

Lo único que quiero es una venganza fría y cruel.

Eso es lo que quiero, ni más ni menos.

—Sí, me parece una buena idea. Me encantaría vivir contigo —respondo, hablando casi con el piloto automático puesto porque, incluso mientras respondo, estoy pensando en Dawn y Ellie más que en la mujer que está desnuda a mi lado, con sus brazos entrelazados con los míos.

—¡Genial! —exclama Clara, que vuelve a apoyar la cabeza en la almohada y me permite de esa forma volver a ver la ventana, empapada por la lluvia.

Quizá sea este tiempo tan impropio de la estación en la que estamos en una ciudad como Los Ángeles lo que me está haciendo sentir tan bajo de ánimos hoy, o quizá se deba a que soy consciente de que cada segundo que paso aquí con Clara es un segundo que estoy desperdiciando para hacer lo que de verdad quiero hacer.

Ella continúa hablando.

—Bueno, y ¿qué tienes en la cabeza? ¿Te gustaría que viviéramos aquí o preferirías volver a tu casa? A mí me vale cualquiera de las dos cosas. Me da igual, siempre que estemos juntos —me dice, pero yo la interrumpo antes de seguir comprometiéndome a cosas que no tengo intención alguna de cumplir.

—Lo siento. Estoy muy cansado. Ha sido un día eterno. Joder, han sido cinco años eternos. ¿Podemos hablar de todo esto mañana?

—Sí, sí, claro, lo siento —se disculpa Clara, sinceramente comprensiva. Me da un beso y luego empieza a acariciarme el pelo como para intentar que me relaje aún más. Pero eso no va a ser suficiente para conseguirlo.

—Necesito irme a casa, aunque sea un rato, para recoger algunas cosas y comprobar en qué estado está —le explico—. Si no te importa, me gustaría ir solo, porque tengo la impresión de que me va a ser muy difícil volver a estar allí sin la presencia de Daryl, y me va a venir bien estar a solas un rato. ¿Lo entiendes?

—Pues claro que lo entiendo. Tómate todo el tiempo que necesites —me dice Clara—. Te estaré esperando aquí cuando vuelvas.

Agradezco a Clara su comprensión, me levanto y me visto tan rápido como puedo. Tardo más de lo que me gustaría en encontrar toda mi ropa, porque la mujer la lanzó por todas partes cuando, hace un rato, me la quitó con mucha ansia.

Me parecía que cinco años eran muchos sin disfrutar de la compañía de una amante, aunque Clara ha demostrado que a ella le debía ocurrir algo parecido.

—Nos vemos mañana —le digo cuando por fin estoy vestido, y Clara me responde que se muere de ganas, lo cual es muy bonito por su parte.

Me niego a sentirme culpable por el hecho de que esta vaya a ser probablemente la última vez que me vea, porque, una vez salga por la puerta de su casa, mi plan de venganza se va a poner en marcha, y ella no tiene cabida en todo lo que ocurrirá cuando eso pase.

Ese próximo capítulo de mi vida va a ser impredecible y desordenado.

Y también existe la posibilidad de que sea el último.

Rechazo la oferta de Clara de llevarme a casa en su coche, alegando que necesito un poco de aire fresco y hacer algo de ejercicio y que prefiero caminar. Salgo de su casa y me encamino por las calles encharcadas por la lluvia hasta salir a una vía principal más grande. Una vez allí, paro a un taxi, le indico mi destino a la conductora y me pongo cómodo en la parte de atrás, donde compruebo en mi cartera que tengo dinero suficiente para el

trayecto. No sé exactamente cuánto habrá subido el precio del taxi desde que entré en la cárcel, pero veo el taxímetro mientras avanzamos y estimo que el dinero que tengo es suficiente para pagar este viaje.

Miro por la ventana y veo numerosas palmeras meciéndose con el viento y nubes que se arremolinan sobre las mismas. Espero que el mal tiempo no afecte a los vuelos que salen del aeropuerto de Los Ángeles. Sería el colmo sufrir más retrasos; tengo la esperanza de encontrarme en Europa mañana a estas horas, después de haberme pasado prácticamente toda la noche en un avión a más de once mil metros de altura. Pero bueno, aún no estoy seguro de que vaya a ser así, porque hasta que no llegue al aeropuerto no voy a saber con qué rapidez podré estar en suelo europeo. De momento, lo que he de hacer es llegar a casa, preparar las maletas y ponerme en marcha cuanto antes.

—Lo siento. Puede que le ocurra mucho, pero me parece que lo reconozco de algún sitio —dice de repente mi conductora, con los ojos clavados en mí a través del retrovisor—. ¿Es usted actor?

Soy consciente de que algo tengo de actor, aunque dudo mucho que mi conductora se refiera a eso. Pero, en lugar de provocar que caiga en la cuenta de que me ha reconocido gracias al hecho de que mi imagen apareció en todos los canales de noticias de televisión de esta ciudad cuando mi hijo y yo ocupamos los titulares por razones por las que nadie querría hacerlo, decido seguir actuando, para no desentonar con la fama que tiene Los Ángeles y, en particular, Hollywood.

—Sí, lo soy —miento, encogiéndome de hombros.

—¿Dónde podría haberlo visto? —me pregunta a continuación.

—He hecho algunos anuncios, nada demasiado importante.

—¡Qué guay! Yo también quiero empezar a actuar.

No puedo decir que me sorprenda escuchar algo así, porque

conozco esta ciudad, y aquí uno tiene la impresión de que la mitad de la población son actores en activo y la otra mitad, aspirantes a actores. Mi taxista me pide algún consejo sobre cómo entrar en el sector, y le ofrezco algunos tópicos de manual, como «nunca dejes de intentarlo» y «no te rindas bajo ninguna circunstancia». Me siento aliviado cuando al fin veo mi casa.

La taxista me da las gracias por los consejos de actuación que le he ofrecido, así como por el dinero en metálico que le he dado para pagar el trayecto. Salgo de su vehículo con una sonrisilla al pensar que, de verdad, esta mujer no tiene ni la menor idea de a quién acaba de llevar a casa. Probablemente piense que he salido en anuncios de dentífrico o de comida para perros, pero mejor así antes que la alternativa: que sepa quién soy y qué he hecho.

Mientras la mujer se aleja —sin duda, con la cabeza llena de sueños de triunfar en la meca del cine—, miro la casa cuyo interior llevo tanto tiempo sin ver. No me siento especialmente bien al regresar, teniendo en cuenta que estoy entrando solo y que no volveré a oír el sonido de la voz de mi hijo llenando cualquiera de las estancias de esta vivienda, por ejemplo pidiéndome ver un partido de fútbol americano con él. Aunque, al menos, sigo teniendo un hogar que considero mío. Mientras me aproximo a la puerta de entrada, pienso en que menos mal que antes de que me condenaran logré pagar toda la hipoteca, lo que significa que no existió posibilidad alguna de que el banco me embargara por retrasarme en los pagos mientras estaba en la cárcel.

Al girar la llave en la cerradura, la puerta se resiste un poco, algo que era de esperar porque estas bisagras llevan mucho tiempo sin entrar en funcionamiento. El correo que ha terminado en el vestíbulo de la casa a través de la ranura de la puerta específicamente diseñada para ello lleva tiempo sin recogerse. Me fijo en el montón de sobres que tengo a mis pies y me pregunto cuántas de esas

cartas son cosas que de verdad tengo que leer y cuántas corresponderán a personas que nos odian, tanto a mí como a mi hijo, y han decidido escribirme para decirme que soy una persona horrible. En cualquier caso, es preferible que escriban cartas con un nivel considerable de cabreo a que rompan mis ventanas o pinten grafitis en las paredes exteriores de la casa, que es lo que me contaron que ocurrió durante los primeros días de mi condena. Pude gestionarlo desde la cárcel y lograr que repararan los daños, y al final todo se tranquilizó, pero apuesto a que algunos de estos sobres contienen mensajes de gente que quiere decirme que soy una persona detestable por haber intentado encubrir los crímenes que mi hijo cometió en el pasado.

Pues vale. Estoy segurísimo de que muchas de esas personas harían lo mismo que yo si fuera su hijo el que hubiera infringido la ley y tuvieran que elegir entre ayudarlo o recluirlo en la celda de una cárcel para el resto de su vida.

Decido no revisar todo el correo todavía, lo dejo junto a la puerta y recorro el resto de mi casa, comprobando cada rincón para asegurarme de que todo está como debería. Hay mucho polvo, pero, aparte de eso, todo está exactamente igual. Es como si hubiera entrado en una cápsula del tiempo y estuviera viendo mi vida tal y como era hace cinco años, antes de que todo se torciera.

Antes de que Dawn y Ellie vinieran a esta casa y nos jodieran la vida.

Abro las puertas correderas que dan al patio, salgo al jardín trasero y detengo la mirada en la piscina. El agua está verde debido a las algas, consecuencia obvia de llevar tanto tiempo sin ser tratada. Mientras contemplo la piscina, lo único que soy capaz de ver es el recuerdo de Ellie nadando en ella junto a mi hijo cuando acababan de comenzar su relación. Luego me fijo en la mesa y las sillas que quedan a mi izquierda, y me acuerdo de cuando estuve ahí sentado

compartiendo unas copas con Dawn mientras ambos veíamos a nuestros hijos jugar en la piscina y comentamos lo maravilloso que podía ser el amor en la juventud. Dawn me caía bien por aquel entonces; tenía una humildad que me hacía tener claro que se trataba de una persona honesta. Confiaba en ella, y supongo que ella también confiaba en mí, porque tuvimos algunas conversaciones que me resultaron agradables. Y así fue hasta que decidió que tanto ella como su hija tenían que marcharse rápidamente y volver a Inglaterra, momento desde el cual no he vuelto a verlas, al menos en persona.

Pero, cuando vuelvo a entrar en la casa y subo a mi dormitorio, me digo a mí mismo que eso va a cambiar y que estoy decidido a verlas pronto. Encuentro mi pasaporte en la caja fuerte, donde lo dejé hace unos años, me lo meto con prisas en el bolsillo de los vaqueros, saco una mochila de debajo de la cama y comienzo a guardar en ella algunas cosas que me resultarán esenciales durante mis viajes. Como siempre, no tardo mucho en hacer la maleta. Cuando he terminado, la llevo a la planta baja y la coloco junto a la puerta principal, al lado de todas las cartas que probablemente jamás llegue a leer. Y es que, mientras le echo otro vistazo a la casa, pienso que quizá esta sea la última vez que me encuentre en ella. Luego, cojo la mochila y salgo al exterior.

Próxima parada: el aeropuerto.

Es muy posible que me esté embarcando en una misión suicida, pero no me importa.

La última vez, fueron Dawn y Ellie las que vinieron aquí, al lugar en el que yo vivía.

En esta ocasión, soy yo el que va a ir a buscarlas.

CAPÍTULO 7

DAWN

Aunque las horas de vuelo que separan Turquía de Inglaterra no han sido suficientes para sufrir las consecuencias del desfase horario, sigo agotada ahora que retomo mi rutina diaria tras la boda de mi hija, tras llevar ya más de veinticuatro horas de vuelta en Inglaterra.

En ese tiempo, he hecho las cosas habituales que hace una persona cuando regresa de un viaje. He deshecho la maleta, he lavado toda la ropa sucia y he realizado las típicas gestiones relacionadas con el mantenimiento de la casa: revisar la correspondencia, ordenar un poco y comprar comida para llenar la nevera, que estaba vacía. Esto último implicó tener que volver al supermercado, algo que no me gusta especialmente, pues es el lugar en el que trabajo, y cada vez que voy allí tengo la sensación de que, más que hacer los recados, estoy trabajando, por más que no lleve puesto mi uniforme cuando acudo solo a comprar. Pero bueno, me hacen un descuento por ser trabajadora, algo que he de aprovechar, y, por otra parte, en esta ocasión el hecho de pasarme por allí me dio la oportunidad de ver a algunos de mis compañeros, que se morían de ganas por saber cómo había ido la boda de Ellie en el extranjero.

Me resultó difícil que se me quitara la sonrisa de la cara mientras les contaba emocionada lo bien que fue todo y lo guapísima que estaba mi hija en su gran día. Puede que en algún momento les

pareciera que estaba exagerando mi entusiasmo acerca de cómo se desarrolló toda la celebración, pero la realidad es que todo fue a las mil maravillas, y, en general, puede resumirse en que fue exactamente tal y como yo quería: vi a Ellie radiante de felicidad todo el tiempo. No dudé en enseñarles unas cuantas fotos en mi teléfono para mostrarles que no estaba exagerando en absoluto, y todos me aseguraron que el evento tenía una pinta increíble. Pero, como todas las cosas buenas de la vida, en algún momento tenía que llegar a su fin. Una vez que la boda ha terminado, estoy de vuelta en casa, en mi realidad, y aquí ando ordenando un poco, preparándome para mi vuelta al trabajo, que tendrá lugar mañana y, sobre todo, maldiciendo el mal tiempo que hace en la ciudad, porque me impide tender fuera para que la ropa se seque un poco más rápido.

Aquel día soleado en Turquía en el que llevé a Ellie al altar parece haber sucedido hace un siglo. En fin, al menos mi hija no ha tenido que volver a la realidad todavía. Aún sigue en ese país tan caluroso con su nuevo marido. Tengo que ir a recogerlos al aeropuerto dentro de poco, pero al menos ellos han podido prolongar ese estado de felicidad un poco más de tiempo.

Es tradición que una pareja disfrute de su luna de miel justo después de casarse, pero Ellie y Kyle no han seguido esa costumbre, aunque la razón no tiene que ver con el deseo de ser diferentes, sino más bien con los compromisos laborales de Kyle. Tiene su propio negocio y, a pesar de haberlo intentado, no ha podido cogerse muchos días en el trabajo, por lo que la pareja no va a poder disfrutar de una luna de miel completa justo después del gran día. Pero Kyle le ha asegurado a Ellie que harán algo en un futuro próximo, y ha sonado la idea de un viaje a las Maldivas. Por lo tanto, estoy bastante segura de que mi hija será capaz de tener un poco de paciencia, con ese viaje tan tentador en el horizonte. Kyle tenía

cierta urgencia por regresar a Inglaterra justo después de la celebración para retomar el trabajo, pero Ellie —en mi opinión, con mucha razón— le dijo que deberían tener al menos un par de días para ellos antes de volver a la normalidad, para estar los dos solos disfrutando de la compañía del otro en el extranjero. Kyle acabó cediendo, y por eso ambos siguen en estos momentos tomando el sol en algún lugar de Turquía, tumbados junto a una piscina y bebiendo algo bastante potente, en lugar de estar aquí contemplando esta lluvia.

Sé que en estos instantes están junto a una piscina con una bebida en la mano porque Ellie me ha estado enviando muchas fotos. La verdad es que, aunque yo ya esté aquí en casa, dedicándome a esperar a que se seque la ropa, no he sentido envidia al ver las fotos, porque, como cualquier otra madre, soy feliz si mi hija es feliz, y no cabe duda alguna de que en estos momentos Ellie lo es.

Entro en la cocina para observar cómo va el último lavado, que ya se está centrifugando en la lavadora. Al hacerlo, paso por delante de la nevera, donde me detengo un instante porque, bajo un imán de Mickey Mouse que la sostiene, hay una foto que llama mi atención. Es una que nos hicimos los tres, Sean, Ellie y yo, en Disneyland, años antes de que mi marido enfermara y Ellie se quedara sin su padre, siempre cariñoso con ella.

Como siempre que observo la foto, me detengo por un momento y reflexiono sobre una época más feliz de mi vida, además de pensar en cómo de diferentes podrían haber sido las cosas para mí, porque estoy segura de que mi vida habría ido por unos derroteros bien distintos si Sean la hubiera vivido conmigo. En lugar de estar sola en esta casa en estos momentos, por ejemplo, él andaría en algún lugar de la misma, posiblemente en el salón viendo deporte en la tele, o quizá haciendo algo un poco más útil que eso y ayudándome con toda esta ropa.

Bueno, a ver, la verdad es que lo más probable es que tuviera los pies en lo alto de la mesa, frente a la tele, y una cerveza en la mano.

Pero en fin, me daría igual, porque daría cualquier cosa por tenerlo aquí conmigo todavía. Estaría dispuesta a lo que hiciera falta por haber podido añadir una foto nueva a la nevera, una en la que Sean y yo saliéramos henchidos de orgullo junto a nuestra hija con su vestido de novia; vaya imagen más increíble habría sido, una que añadir sin duda a nuestros archivos familiares. Sin embargo, en la foto de Ellie con su vestido de novia salgo yo sola, y no Sean, aunque no cabe duda de que terminará igualmente en la puerta del frigorífico en cuanto la imprima.

De repente, me siento demasiado melancólica como para seguir dedicándome a las tareas domésticas, así que me siento a la mesa de la cocina y echo mano de mi móvil. Estos días lo estoy usando prácticamente en exclusiva para ver las fotos que hice en Turquía, pero ahora me dispongo a usarlo con un objetivo bien diferente.

Voy a hacer lo que les prometí a mis amigas que haría.

Voy a descargarme una aplicación de citas.

Tengo que decir que no fue el hecho de escuchar a mis amigas hablarme de los pros de volver a estar en el mercado lo que me convenció para dar el paso de hacerlo. Soy dueña de mí misma, yo mando en mi vida y tomo mis propias decisiones, y esa es justo la razón por la que estoy haciendo esto. No porque otras personas piensen que deba hacerlo, sino porque soy yo la que realmente quiere. En el fondo, sé que ha llegado el momento de pasar página de lo de Sean para no tirarme el resto de mi vida rememorando un pasado que nunca regresará. No tengo por qué presionarme demasiado y embarcarme en la búsqueda de un marido nuevo ni nada por el estilo. Si soy sincera, la idea de volver a caminar hacia el altar con un vestido blanco me aterroriza, porque, a mi edad, me

parece un follón tremendo que me da una pereza enorme, habiéndolo hecho ya una vez en el pasado.

No, si voy a hacer esto, es solo porque estaría bien tener a alguien con quien compartir cosas, una persona que no sea Ellie, mis mejores amigas o mis compañeros del supermercado. Echo de menos una presencia masculina en mi vida, un hombre con carácter, pero cariñoso y amable al mismo tiempo. Alguien que me haga reír, que me rete en conversaciones interesantes, que me abrace cuando lo necesite y que me apoye en los objetivos que me proponga. Un compañero con el que ir a cenar, ver una película, ir de vacaciones y tomar unas copas junto a una piscina.

¿Seré capaz de volver a enamorarme de verdad, como lo hice de Sean en mi juventud? No lo tengo demasiado claro, pero probablemente me deba a mí misma intentarlo. No creo que hacerlo mancille en modo alguno la memoria de mi difunto marido o haga que parezca que le estoy faltando al respeto y menospreciando el impacto que supuso en mi vida. Él siempre será mi Sean, pero por desgracia ya no está vivo. A menos que me ponga manos a la obra, me voy a morir sola en esta casa, y cuando Ellie hable de mí en mi funeral, no habrá nadie cerca de ella que se levante y me describa como compañera de vida.

A menos *que encuentre a una persona en esta aplicación de citas.*

Nunca me ha atraído la tecnología, así que tardo varios minutos en entender la aplicación, hasta que siento que la domino un poco. Después de pulsar varios botones e introducir datos personales como mi nombre, edad, localización y preferencias de citas, parece que he terminado de completar mi perfil. Ah, aún no, tengo que hacer otra cosa más: añadir una foto para que mis posibles pretendientes puedan ver con quién están interactuando.

La idea de tener que encontrar una imagen que me represente bien, que refleje al menos en cierta medida mi aspecto envejecido,

es desmoralizante. Me paso un buen rato buscando entre las fotos de mi teléfono para ver si encuentro algo que pueda resultar atractivo para alguien del sexo opuesto. Resulta tentador utilizar una imagen que tenga ya unos años, en la que salga con un aspecto algo más juvenil que el que tengo ahora, pero no sería muy honesto por mi parte hacer algo así, y solo serviría para decepcionar a las personas que acudieran a una cita conmigo si esperaban encontrarse a alguien diez años más joven. Aunque, a decir verdad, ¿cuántos de los hombres que aparecen en esta aplicación estarán vendiendo una imagen que no es la suya? Apuesto a que serán un montón. No me sorprendería tener una cita con un hombre que luzca una buena melena en su foto de perfil, para descubrir después en persona que es completamente calvo. ¿Y qué más daría, llegado el caso? Yo no soy una persona superficial, nunca descartaría a alguien solo por su aspecto físico.

Me da igual que tenga pelo o no lo tenga, que sea gordo, delgado, alto o bajo... Lo único que busco es un compañero cariñoso y leal, no un modelo.

Solo espero que las personas que vean mi perfil busquen lo mismo, porque, si no, se van a llevar una gran decepción.

Al final, me decido por una foto que me hizo Ellie hace unos meses cuando fui a comer con ella. La subo y me gusta cómo queda. En esa imagen salgo sonriendo y parezco joven, pero no tanto como para que pueda resultar engañosa.

En cuanto a mis preferencias, he ido seleccionando entre las opciones que ofrecía la aplicación y he indicado que busco a un hombre de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años que comparta aficiones conmigo, como ver películas, salir a pasear y disfrutar de una comida ocasional en un buen restaurante o en algún lugar en el campo. No busco ni un yogurín ni un viejo con pasta. No necesito un caballero andante que me adule y me compre todos los

caprichos que se me antojen. Me basta con un tipo sencillo —a ser posible, de por aquí— y que haya crecido de forma parecida a mí.

¿Seré capaz de encontrarlo?

Cuando comienzo mi búsqueda y empiezo a considerar las primeras opciones disponibles, me siento un tanto avergonzada. Es como si estuviera recorriendo los pasillos de un supermercado buscando latas de conserva en sus estanterías en vez de estar tratando de elegir a un ser humano real con el que poder llegar a interactuar. ¿De verdad es así como la gente joven tiene citas hoy en día? A ver, que parece algo muy sencillo —basta con deslizar el pulgar y pulsar algún que otro botón—, pero es un poco impersonal, ¿no?

Mientras recorro un catálogo de fotos de varios hombres junto a las que aparecen breves biografías en las que detallan su edad, localización y aficiones, estoy a punto de pensar que esto es una pérdida de tiempo. Pero justo entonces veo un perfil que me resulta atractivo y me detengo para observarlo con más detalle.

Se llama John, tiene cincuenta y un años y vive en mi ciudad. Como a mí, le gusta pasear por el campo, ver la tele y pasar tiempo con la familia y los amigos. Al hacer clic en su foto, en la que aparece guapo con el pelo plateado, la piel bronceada y ropa elegante, obtengo algo más de información. Leo que tiene dos hijas de su primer matrimonio. Padre de una niña —bueno, en este caso, dos—: ya tenemos algo en común. También compartimos el hecho de haber perdido a nuestras parejas, porque él asegura que es viudo.

Este hombre tiene buena pinta y, aunque obviamente arrastra una historia personal algo complicada, tengo que aceptar que cualquier hombre que pertenezca a la franja de edad en la que estoy buscando seguramente también la tendrá, como la tiene todo el mundo, como la tengo yo. Así es la vida, y no debería permitir de ninguna forma que algo así me impida pulsar el botón que informará

a John de que estoy interesada en intercambiar algún mensaje con él y ver a dónde nos puede conducir nuestra interacción.

Así que, finalmente, eso es lo que hago. Así, sin más, vuelvo a estar en el mercado.

¿Conoceré al hombre perfecto en esta aplicación?

Aunque no es muy probable, es posible.

Solo quiero un poquito de felicidad.

Solo quiero lo mismo que tiene mi hija.

CAPÍTULO 8

ELLIE

Solo quiero que mi marido deje un rato el teléfono y me preste un poco más de atención.

Teniendo en cuenta que acabamos de casarnos y que esta es técnicamente nuestra luna de miel antes de volver a la rutina, no creo que sea demasiado pedir, aunque tampoco voy a insistirle más de la cuenta, porque de ninguna manera voy a empezar esta etapa de mi vida siendo la típica mujer que le da la lata al hombre con el que se acaba de casar. Además, es difícil estar enfadada con él si contemplo el dedo anular de mi mano izquierda y observo el anillo que me compró cuando me propuso matrimonio, acto que nos condujo a este lugar de Turquía, donde no dejamos de sacarnos fotos sonriéndole a la cámara con la expectativa de una vida por delante llena de felicidad el uno junto al otro.

Pronto, una vez estemos de regreso en Inglaterra, tendré que oficializar el cambio de mi apellido, para que coincida con el de mi marido.

Ellie Beaumont.

Me gusta cómo suena.

Mientras sigo los movimientos del señor Beaumont al otro lado de la piscina, hablando de nuevo por su teléfono móvil, me reclino en la tumbona y pienso en que hay formas mucho peores de pasar el mediodía de un lunes. Estoy disfrutando de un buen solazo y de

unos treinta grados, con un cóctel frío y un libro de esos que enganchan como compañía; es el mejor sitio en el que podría estar. Desde luego, mucho mejor que mi ciudad porque, como me acaba de contar mamá en su último mensaje, allí está lloviendo.

¡Buf!

Mientras Kyle sigue charlando, sin que yo pueda escuchar lo que dice pero siempre dentro de mi campo de visión, cojo la bebida, le doy un sorbo y observo a algunas de las otras personas que comparten esta piscina conmigo y con mi hombre. Hay algunas parejas más, algunas más o menos de la misma edad que nosotros y otras mucho mayores, pero no hay ni rastro de niños. Ese hecho se debe a que nos encontramos en un hotel que es exclusivamente para adultos y que no admite críos, lo cual hace que el entorno sea bastante tranquilo y silencioso. Yo diría que, quizá, demasiado silencioso, porque a mí nunca me ha disgustado oír a los niños reír y chapotear en una piscina, así que no me habría importado que hubiera algunas criaturas a mi alrededor. Pero fue idea de Kyle quedarnos en este hotel, dijo que iba a ser más relajante alojarnos en un lugar que no estuviera repleto de niños gritones y de padres estresados.

Supongo que fue acertado que lo hiciera, aunque le recordé, con un puntito de picardía, que dentro de no demasiado tiempo viviremos en el mismo mundo que esos padres estresados, yendo detrás de nuestra criatura ruidosa, porque, aunque no tenemos ninguna prisa, hemos hablado de ser padres, y es algo que ambos estamos deseando experimentar. Pero todavía no. Acabamos de casarnos y debemos disfrutar de nuestra compañía mutua durante un tiempo antes de intentar añadir a otra persona a nuestra ecuación. Por eso elegir este lugar que es solo para adultos fue probablemente una buena decisión, y es cierto que resulta de lo más fácil relajarse aquí. Dejo el cóctel y cojo el libro, pero, justo antes de

volver a comerme sus páginas para averiguar cómo acaba esta historia tan impredecible, vuelvo a echar un vistazo a Kyle y veo que sigue hablando por teléfono. Está trabajando, así que no es lo mismo que si me hubiera abandonado por una charla frívola con un amigo con el que podría charlar en otro momento. Eso al menos me hace empatizar con él, porque estoy segura de que, al igual que yo, preferiría estar descansando junto a la piscina antes que tener que estar ocupándose de asuntos aburridos. A decir verdad, es propietario de un negocio, así que supongo que a él no le resultará del todo aburrido, y no debería serlo para mí tampoco porque es posible que algún día acabe trabajando para mi marido.

Me quedé muy impresionada cuando, después de conocer a Kyle, me dijo que dirigía su propia empresa, y además con bastante éxito. Básicamente, se dedica a comprar y vender bienes, aunque nunca maneja físicamente ninguna de las cosas que compra o vende, sino que se limita a negociar su movimiento a medida que se van enviando a diversos lugares por todo el mundo. Según Kyle, tener un almacén lleno de existencias físicas no solo es caro, sino innecesario en la era de Internet, y lo mejor es que los bienes estén siempre en movimiento. Eso es justo lo que hace, y dirige todo su volumen comercial a través de su teléfono y su ordenador portátil. Un par de llamadas rápidas o un par de correos electrónicos es lo único que necesita para cerrar cualquier transacción, para comprar o vender algo de lo que luego obtendrá un beneficio, un proceso que luego repetirá una y otra vez. Él lo llama logística y se ve a sí mismo como un empresario internacional; yo lo llamo comerciante y lo veo como un emprendedor con iniciativa, y mi madre dice que se dedica al transporte y se refiere a Kyle como una suerte de «buscavidas». Sea como sea, lo que es innegable es que es muy bueno en lo que hace y que está obteniendo grandes beneficios en su trabajo, de ahí que pueda permitirse tener una casa tan bonita en Inglaterra, a la

que yo estoy muy agradecida de poder llamar mi hogar.

Me fui a vivir con Kyle solo un par de meses después de empezar a salir con él, aceptando encantada su invitación a mudarme allí. Mi felicidad no solo se debía al hecho de que fuera una vivienda mucho mejor que la que yo disfrutaba por aquel entonces, sino que estaba especialmente contenta porque nuestra relación parecía tener futuro. Por eso dejé el pequeño piso en el que llevaba un tiempo de alquiler y me fui a su casa de tres dormitorios que, según me contó, había comprado a un precio estupendo un par de años antes. Su casa me parecía demasiado grande para él solo, así que yo estuve más que feliz de ayudarlo a llenarla, y lo estaré aún más cuando haya dos o tres críos merodeando por ella, porque sin duda es lo bastante grande para que eso suceda. El jardín tiene espacio de sobra para poner un columpio y para jugar al escondite o al fútbol, y la mesa de la cocina puede albergar a muchos comensales, lo que me hace soñar con organizar comidas familiares de Navidad en el futuro.

La casa de Kyle, *nuestra casa*, como tengo que empezar a acostumbrarme a llamarla, es tan bonita que casi podría decir que la echo de menos estando aquí tumbada a unos tres mil kilómetros de distancia.

Bueno. Casi.

La verdad es que se está muy bien aquí, y me gustaría que nos quedáramos más tiempo o que disfrutáramos de una luna de miel como Dios manda, como Kyle y yo habíamos hablado. Planeamos ir a las Maldivas, y habría sido genial que hubiéramos podido volar directamente hasta allí justo después de la boda. Pero hemos tenido que posponer ese viaje para el futuro porque Kyle tiene que volver a casa mañana para arreglar unas cosas en el banco relacionadas con su negocio. A él no le hizo mucha gracia, y a mí tampoco, pero la vida es así. No nos podemos quejar, teniendo en cuenta el bodorrio

que acabamos de celebrar. Kyle sugirió que volviéramos a casa incluso antes, casi inmediatamente después de la celebración, para resolver lo que tenía que gestionar en Inglaterra, pero yo insistí en reservarnos al menos un par de días para nosotros antes de regresar. Esto solo se vive una vez en la vida, solo en una ocasión se pasa por esta fase en la que estamos llenos de felicidad por habernos dicho el uno al otro que sí, que queremos casarnos con la otra persona, así que sentí que había que celebrarlo de alguna forma. Por eso estamos ahora en este hotel, porque Kyle fue aceptando poco a poco mi sugerencia, aunque al principio se mostró un poco gruñón al respecto. Así es mi marido, un poco adicto al trabajo, algo que me sigue demostrando en estos instantes, porque sigue enganchado a su teléfono en lugar de estar en la tumbona que tengo a mi lado. En fin, al menos es una persona ambiciosa y llena de motivación, que es bastante más de lo que se podría decir de mí, porque nunca he sido de las que se matan a trabajar y se olvidan de las cosas buenas de la vida.

Aunque he recorrido un camino muy largo desde la época en la que vivía en casa de mi madre y trabajaba a tiempo parcial en un restaurante —un trabajo que odiaba y que al final dejé con mucho gusto—, apenas he progresado desde entonces en el terreno profesional, y no es que haya disfrutado precisamente de una historia de éxito en el mundo de los negocios. He probado suerte en varios trabajos en los cinco años que han transcurrido desde todo el drama que sufrí con Daryl, y he trabajado en diferentes sitios, desde oficinas a centros de atención telefónica, pero nunca he dado con algo que me gustara. Ahora trabajo como asistente administrativa en una empresa de comida para peces, lo cual no es lo que yo llamaría cumplir un sueño, aunque supongo que precisamente ese ha sido siempre mi problema.

Nunca he sabido con exactitud cuál es mi sueño.

Sin embargo, cuando Kyle apareció en mi vida, empecé a tenerlo un poco más claro. Me da igual tener un trabajo de alto nivel y mucha responsabilidad o ganar mucho dinero, y desde luego no quiero ser la jefa de nadie y tener empleados a mi cargo. Lo que yo quiero es tener un hogar lleno de amor, una persona junto a la que envejecer, un verdadero compañero de vida, y eso es lo que tengo ahora. Quizá por eso me atrae bastante la idea de que un día no muy lejano pueda dejar mi trabajo y dedicarme por completo a ser ama de casa. Creo que me iría como anillo al dedo.

Supongo que, en gran parte, la razón por la que valoro tanto tener una pareja cariñosa en mi vida es porque he sido testigo del impacto tan devastador que tiene en una persona la pérdida de un ser querido, tanto para ella como para la familia en general. Ver a papá irse antes de tiempo fue catastrófico para mí, pero fue aún más duro para mi madre. Sé que no ha sido fácil para ella tener que hacer sola tantas cosas, incluyendo criarme a mí. Me avergüenzo cuando pienso en lo difíciles que le ponía las cosas cuando aún vivía en su casa a los veintipocos años. En aquella época, me encerraba en mi habitación, discutía con mamá si alguna vez entraba en ella y, en general, era un estorbo más que otra cosa, sumando problemas en vez de alegrías. No he sido la hija más fácil del mundo, y eso sin tener en cuenta el episodio de mi novio americano y el desastre total que provocó.

Me prometí a mí misma que nunca más volvería a pensar en Daryl, ya no, ahora que por fin he pasado página y he logrado encontrar a un hombre de verdad que me trata bien y no es un peligro para ni mí ni para los que me rodean. Sin embargo, como cada día de estos últimos cinco años desde que mi madre lo mató, me resulta imposible no tener recuerdos de aquella época tan terrible. Por suerte, las pesadillas que me atormentaron durante el primer año después de aquella horrible experiencia ya cesaron, pero el recuerdo

permanece ahí, y es difícil no rememorar aquella época oscura de vez en cuando. A veces pienso en lo tonta que fui al enamorarme de alguien que mentía tan bien, y en otras ocasiones siento puro pánico porque estuve cerca de no sobrevivir. Eso me sigue dando miedo, no solo por el hecho de que podría estar muerta en estos momentos, sino porque, si lo estuviera, mi madre habría sumado otra pérdida irreparable a la de su marido.

¿Cómo habría sido capaz de sobrellevar algo así? Me aterra pensar en qué se habría convertido su vida si se hubiera visto obligada a enterrar a su hija pocos años después de haber hecho lo propio con su marido. Gracias a Dios, nunca tuvo que pasar por eso y pudimos salir victoriosas, derrotando a Daryl y a su padre.

Por lo que sé, Harvey sigue en prisión, aunque su condena debe estar a punto de cumplirse.

Me pregunto qué hará cuando salga de la cárcel.

A diferencia de mi madre, él tiene que vivir sin su hijo.

¿Siento lástima por él?

No.

Es el precio que tiene que pagar por criar a un asesino.

CAPÍTULO 9

HARVEY

Aunque hice la maleta hace un par de días para dirigirme al aeropuerto con la intención de embarcar en el primer vuelo que saliera en dirección a Ámsterdam —capital de un país en el que puedo entrar sin problemas, a pesar de mis antecedentes penales—, aún sigo en Estados Unidos. El motivo es que no había ningún asiento libre para viajar a la ciudad holandesa cuando llegué al aeropuerto, ni tampoco había disponibilidad alguna en ninguno de los otros vuelos que tenían como destino otras ciudades de los Países Bajos. En lugar de salir pitando para allá, tal y como deseaba, un empleado con cara de aburrido me dijo en el mostrador de facturación que el primer vuelo con destino a ese país para el que podía comprar un billete saldría en más de cuarenta y ocho horas. Le expresé mi frustración, pero poco más que eso podía hacer y, como no quería montar una escena y llamar la atención de los agentes de policía que patrullaban en aquel momento por el aeropuerto, me limité a comprar el billete y a decirle al empleado que volvería en un par de días, cuando saliera mi avión. Después, regresé a casa, y aquí estoy desde entonces, comiéndome las uñas hasta que llegue el momento en el que pueda empezar a recorrer por el aire la distancia que me separa de las personas a las que quiero visitar en Inglaterra en cuanto me sea posible. Pero tampoco es que haya estado ocioso en estos días; me han tenido bastante

entretenido, aunque no puedo decir que me lo haya pasado especialmente bien.

Una de las ventajas de coger un vuelo de inmediato para salir rápidamente de Los Ángeles habría sido no tener que volver a ver a Clara y seguir fingiendo que nuestro futuro juntos sería largo y feliz. Sin embargo, como me he quedado atrapado en el país un par de días más de lo que pretendía, me he visto obligado a volver a verla. Ayer vino a mi casa; conocía mi dirección porque se filtró en Internet cuando Daryl y yo salimos en las noticias y los *haters* de las redes sociales hablaron de prenderle fuego a mi casa y que no quedara ni rastro de ella. Por suerte, nadie lo hizo, pero, aun así, mucha gente se enteró de dónde vivo. Por lo menos, Clara ha sido la única persona que ha aparecido en la puerta de mi casa hasta ahora. Mejor ella que algún justiciero que quiera tomarse la justicia por su mano para hacerme pagar por los crímenes en los que participamos mi hijo y yo. Peor aún, siempre me ha preocupado que alguien relacionado con Aubree Parker, la joven que Daryl asesinó, aparezca por aquí para tener unas palabras conmigo. No es que me dé miedo sufrir un ataque por su parte; es más bien que no me apetece especialmente que me describan lo mucho que les afectó aquello porque, aunque lo siento de verdad por ellos, hablar de lo que pasó no va a servir para nada, porque no va a cambiar lo que ocurrió. Pero bueno, de momento, nadie de la familia de esa mujer ha venido a visitarme; imagino que habrán intentado pasar página como hayan podido.

Como Clara vino a verme ayer, tuve que continuar con el paripé y fingir que sí, que iba en serio con lo de convertirnos en una pareja real. Eso implicó tener que escucharla hablar de cómo sería nuestra vida cuando viviéramos juntos, así como volver a acostarme con ella, por mantener las apariencias. Lo reconozco, esa parte no fue la más difícil de todas, pero de verdad que habría preferido estar ya al otro

lado del océano Atlántico antes que aquí, atrapado en Los Ángeles. En fin, al menos el tiempo ha mejorado y volvemos a disfrutar de cielos despejados y temperaturas cálidas.

Después de haber mantenido a Clara engatusada y comiendo de mi mano durante un día más, ayer me despedí de ella cuando salió de mi casa. Aunque, poco después de que se fuera, recibí otra visita. Esta vez se trataba de un agente de reinserción que vino a charlar conmigo para aconsejarme acerca de cuál sería la mejor manera de volver a formar parte de la sociedad. Apretando los dientes para contener mi enfado, tuve que sentarme con él y asegurarle que tenía muchas ganas de volver a ser un miembro productivo de la comunidad, ahora que mi pasado problemático ha quedado atrás, y el oficial me describió un montón de ideas para poder hacerlo; ideas que, la verdad, no tenía ningún interés en escuchar. Me sugirió que hiciera algún tipo de trabajo voluntario como forma de devolverle algo a la comunidad, asegurándome que también me haría bien a nivel personal, teniendo en cuenta mi pasado lleno de sombras. También me aconsejó que volviera a trabajar, y me animó a ello no solo porque todo el mundo necesita encontrar una manera de ganar dinero, sino porque reduciría el tiempo libre del que dispondría para sentarme a pensar en todo lo ocurrido en los últimos años.

«El futuro está en tus manos», ese fue el mantra que no dejó de pregonar el agente. Aunque estaba de acuerdo con esa idea en general, la forma en la que pensaba ponerla en práctica en mi vida difería mucho de lo que el agente tenía en mente. Seguramente estaría pensando en que yo le diera un giro a mi vida y lograra salir adelante tras haber pasado un periodo entre rejas, pero yo solo tenía en la cabeza la idea de matar a Dawn y a Ellie.

El futuro está en mis manos.

Me gustó mucho oír esa frase, sobre todo relacionándola con mis planes de venganza.

No me lo pasé especialmente bien durante la conversación, pero al final logré lidiar con éxito con el agente de reinserción y, cuando se marchó, ya solo me restaba una noche más antes de regresar al aeropuerto de Los Ángeles y coger por fin un vuelo con destino a Europa. No logré dormir demasiado durante la noche, aunque no se debió al nerviosismo por el hecho volar al día siguiente, sino más bien a que decidí dedicar algo de tiempo a echar un vistazo a los numerosos artículos que se han escrito en Internet sobre mí, y también sobre mi hijo, desde que ingresé en prisión.

También vi más de uno sobre Dawn y Ellie.

Los periodistas que escribieron esos artículos no eran, sin ninguna duda, imparciales en sus análisis y tenían un propósito firme, el de presentarnos tanto a Daryl como a mí como los malos de la película. La madre y la hija inglesas, sin embargo, eran las heroínas de la historia, representadas como unas mujeres valientes que lucharon contra viento y marea y derrotaron a sus rivales estadounidenses, peligrosos y manipuladores. No fue de extrañar que me costara dormir, teniendo en cuenta que leí un artículo tras otro relatando el padre tan horrible que fui o lo despreciable que era mi hijo. Además, también tuve que ver cómo se describía a Dawn como una persona extraordinariamente fuerte, que fue capaz de salvar a su hija, a la que se tildaba de perfecta antes de que mi hijo entrara en su vida. Por supuesto, algunas de esas cosas son ciertas, pero otras no, y algunas aparecían más que adornadas. Dawn y Ellie no son esas personas sin defectos que los artículos mencionan. De hecho, cuando pasaron unos días viviendo en casa con nosotros, tuve la sensación de que la relación entre ellas era tensa. Pero eso no da para escribir una buena historia; es más fácil asegurar que eran uña y carne y que vivían la una para la otra, porque eso provoca que el desenlace de los hechos parezca aún más maravilloso.

En cuanto a las mentiras sobre Daryl y sobre mí, han hecho parecer

que mi hijo fue un niño problemático y que era conocido por causar problemas durante toda su etapa escolar, lo cual no es ni mucho menos cierto. A mí me han retratado como un padre controlador y coercitivo que gobernaba con puño de hierro, lo cual, de nuevo, no podría estar más alejado de la realidad. Cuantos más artículos leía, más tenía la sensación de que no demasiados periodistas serían capaces de comprender la verdad incluso si se les presentara en toda su cara, aunque en cierto modo eso también me ayudó. No tienen ni idea, solo hacen suposiciones y se forman opiniones genéricas, lo mismo que ocurre con Dawn o Ellie, o también con la policía.

En realidad, nadie sabe quién soy ni cuáles son mis motivaciones.

Eso va a jugar a mi favor en un futuro muy próximo.

Sin embargo, leer todos esos artículos no fue del todo una pérdida de tiempo, porque entre todos los titulares sensacionalistas encontré algunos artículos recientes que me permitieron averiguar qué andan haciendo madre e hija estos días. Vi una foto de Dawn comprando en su supermercado de su zona, como si eso fuera noticia. El editor que encargó el artículo obviamente pensó que sí que lo era y lo tituló: *«Cinco años desde que salvó a su hija: la vida continúa para esta madre-heroína».*

También había una foto de Ellie en el mismo reportaje, en la que aparecía paseando por una calle importante de su ciudad con un par de bolsas de la compra y, de nuevo, el enfoque de la noticia parecía ser que, después de todo el drama que tuvieron que soportar en el pasado, habían logrado volver a la normalidad.

Contemplar esas fotos solo contribuyó a aumentar mi determinación por recordarles a Dawn y a Ellie que la normalidad para ellas jamás existirá, no después de haber matado a mi hijo. Me indigna que sigan con sus vidas como si nada, haciendo la compra y otras tareas cotidianas sin mayores preocupaciones.

Parece que va siendo hora de darles un poco de picante a los titulares de las noticias.

Puede que mi deseo se cumpla muy pronto, porque en estos instantes me encuentro ya sentado en un taxi que me conduce al aeropuerto de Los Ángeles. A diferencia de la anterior ocasión en la que lo hice, ahora sí que tengo un billete de avión reservado. Por eso, en cuanto llego al aeropuerto puedo facturar mi equipaje en un santiamén, me entregan sin demora mi tarjeta de embarque, y ya solo me queda pasar los controles de seguridad. Cuando coloco los objetos que tengo en los bolsillos en la bandeja y paso por el escáner corporal, voy con miedo a que haya algún problema, pues teniendo antecedentes penales mi paranoia se acentúa ligeramente. Pero tampoco es que mi nombre aparezca en una lista de los terroristas más buscados, así que, a pesar de mi historial, paso el control sin problemas y ahora ya solo me queda esperar un par de horas hasta que se abra la puerta de embarque.

Mato el tiempo picando algo y echando un ojo a las tiendas libres de impuestos, pero noto que comienzo a impacientarme y termino deteniéndome frente a la gran pantalla electrónica en la que se listan todas las salidas de la concurrida terminal en la que me encuentro. Mis ojos recorren la lista de vuelos que saldrán del aeropuerto de Los Ángeles en las próximas horas, muchos de ellos con destino a lugares exóticos que serían ideales para unas vacaciones.

No tardo mucho en encontrar mi destino, Ámsterdam, que reluce en unas letras amarillas brillantes. También veo el número de la puerta de embarque parpadeando a su lado, lo cual me indica a dónde tengo que dirigirme para embarcar en el avión.

Ya está; por fin comienzo mi recorrido.

Diez horas en el aire para acercarme a Dawn y Ellie.

Próxima parada: Europa.

CAPÍTULO 10

DAWN

Entorno los ojos para mirar la gran pantalla de llegadas que tengo frente a mí, tratando a la vez de evitar chocar con algunos de los pasajeros que circulan a toda velocidad por esta zona absolutamente abarrotada del aeropuerto o ser empujada por algunos de ellos. Estoy buscando el vuelo en el que viene Ellie desde Turquía para asegurarme de que ha aterrizado en hora; es un alivio cuando veo que sí, sobre todo porque eso implica que me puedo ahorrar volver al aparcamiento para ampliar el tiempo de estacionamiento en el parquímetro.

Aunque Kyle y Ellie me enviaron un mensaje para decirme que no les importaba en absoluto cogerse un taxi para ir a casa cuando llegaran de su viaje, les dije que yo los recogería. No lo hago solo por hacer algo que les facilite la vida un poco y les ahorre unas cuantas libras, sino porque me hace mucha ilusión verlos y que me cuenten cómo han pasado los últimos días, además de poder charlar con ellos de la boda en sí y revivir aquel día tan maravilloso que, la verdad, pasó demasiado deprisa.

Viendo que el vuelo de mi hija ha aterrizado, me uno a las decenas de personas que ya se han colocado frente a la puerta de llegadas para recoger a sus seres queridos que acaban de llegar. Aunque el espacio es muy escaso, consigo hacerme hueco en un lugar decente, donde creo que Ellie o Kyle deberían verme sin problemas cuando

pasen por aquí en unos minutos.

Las puertas automáticas que permiten a los pasajeros salir hacia donde me encuentro no dejan de abrirse y cerrarse, y veo aparecer a un montón de gente, arrastrando maletas y con unas sonrisas gigantes en sus caras cuando ven a sus familiares o amigos que están esperándolos, señal de lo bien que se lo habrán pasado en el viaje del que acaban de regresar. Espero ver ese tipo de sonrisas también en las caras de Ellie y Kyle cuando salgan por estas puertas de un momento a otro, porque seguramente seguirán disfrutando de ese brillo especial que envuelve a los recién casados, y la vida todavía les parecerá una aventura de lo más emocionante que emprender juntos. Recuerdo esa sensación con Sean, y lo mejor es que la disfruten mientras dure porque, por desgracia, la cruda realidad no tarda en hacer acto de presencia y, antes de que una pareja recién casada se dé cuenta, se regresa a la rutina: facturas que hay que pagar, tareas domésticas que hay que hacer y una constatación de que la vida cotidiana no es tan apasionante como el día de la boda.

Las puertas se abren y se cierran cuatro veces más antes de que vislumbre por primera vez a las personas a las que he venido a recoger. Sin embargo, cuando las veo, no parecen tan felices como yo suponía. Kyle parece estar de mal humor e ir con ciertas prisas, caminando por delante de Ellie, que lo sigue con la cabeza gacha. Aunque viene bastante morena gracias a su estancia en Turquía, no parece irradiar la felicidad que se espera de una recién casada.

*Oh, n*o. Espero que no hayan tenido su primera discusión de casados. De haber sido así, el trayecto en coche hasta casa podría convertirse en algo un poco incómodo.

—¡Qué pasa, chicos! ¡Estoy aquí! —grito, haciendo un gesto con los brazos a los recién casados para llamar su atención y que me vean entre la multitud. Cuando Ellie me ve, le da un codazo a Kyle y

señala en mi dirección.

No da la sensación de que se alegre mucho de verme, pero esboza una sonrisa educada. Yo lo atribuyo al hecho de que, después de un viaje tan largo, un hombre no tiene a su suegra entre las primeras personas de la lista a las que tiene más ganas de ver. Sospecho que lo único que tanto él como Ellie quieren hacer es llegar a casa y relajarse un poco después de pasar varias horas viajando, así que voy a intentar que esta última parte de su viaje sea lo más llevadera posible para ambos.

—Hola, chicos. ¡Bienvenidos a casa! —exclamo, y le doy un abrazo a Ellie. Kyle permanece a nuestro lado, un tanto incómodo; acto seguido, le ofrezco también a él un abrazo—. ¿Habéis tenido un buen vuelo?

—Sí, todo bien —dice Kyle, con cara de cansancio.

—Gracias por recogernos, mamá. No tenías por qué hacerlo —dice Ellie, pero ignoro a mi hija y me ofrezco a ayudarlos con el equipaje.

Kyle dice que no hace falta que lo haga, pero Ellie me da encantada uno de los tres bultos que lleva a cuestas. Los tres salimos del aeropuerto y nos dirigimos al aparcamiento en el que he dejado mi coche. Mientras avanzamos hacia allá, me doy cuenta de que Ellie y Kyle no hablan mucho entre ellos, así que decido intervenir para llenar los silencios y les pregunto por la breve luna de miel que han disfrutado tras la boda.

—Ha estado muy bien. La piscina era estupenda, ¿verdad? —le dice Ellie a Kyle, y él asiente con la cabeza.

—Sí, estaba genial —contesta, mientras mete su maleta en el maletero de mi coche, aunque su respuesta no suena nada entusiasta.

Me pregunto si estará sufriendo esa temida depresión postvacacional. A nadie le gusta volver a casa después de pasar unas maravillosas vacaciones en el extranjero, así que quizá sea por

eso por lo que no está en su mejor momento. Me imagino que preferiría seguir sentado junto a la piscina antes que estar aquí, bajo este cielo plomizo, preparándose para subir al coche de su suegra y volver al trabajo mañana. Al menos eso es lo que me imagino, que va a regresar al trabajo mañana, pero por si acaso decido preguntarle.

—¿Te queda algún día libre o tienes que volver a trabajar ya? —le pregunto a Kyle.

—No, me toca volver ya al trabajo —dice, y Ellie interviene enseguida.

—¿Volver al trabajo? ¡Si no has dejado de trabajar ni un momento!

Al escucharla, comprendo que ese debe ser el motivo que explique la frialdad que parece reinar entre la nueva pareja, así que decido cambiar de tema con rapidez.

—Bueno, venga, vámonos —digo, abriendo las puertas del coche para que mis pasajeros puedan subirse—. Seguro que estáis deseando regresar a casa y deshacer las maletas.

Me coloco en el asiento del conductor y me pongo en marcha para salir de este aparcamiento de varias plantas que a veces me hace tener la sensación de que hace falta un mapa para orientarse en él; una vez en el exterior, me siento aliviada. Mientras conduzco en dirección a la casa de Ellie y Kyle, debo admitir que estoy deseando volver a entrar en ella. *Es preciosa*. Técnicamente, sigue siendo más bien de Kyle, porque él ya la tenía antes de que se casaran, así que está a su nombre. Pero mi hija me ha contado que la idea es que se queden en ella, y estoy segura de que arreglarán todo el papeleo que haga falta para que ambos puedan figurar como propietarios del inmueble. Sé que Ellie ya está contribuyendo a la economía familiar, pagando parte de las facturas de la casa, aunque no está claro cuánto tiempo continuará haciéndolo, porque ya me ha dejado caer que está pensando en dejar su trabajo y dedicarse a disfrutar de una

vida más cómoda.

¿No lo haríamos todos si pudiéramos?

Si eso es lo que finalmente decide hacer mi hija, no voy a sentir la menor envidia. Prefiero que tenga ese estilo de vida a que se pase la vida haciendo lo que ha hecho su madre, que es trabajar en un empleo mal remunerado y sin apenas reconocimiento. Yo nunca tuve elección, pero, si Ellie la tiene, debería aprovechar la oportunidad cuando se le presente.

Por suerte, Ellie y Kyle van hablando ya un poco más mientras vamos en el coche de camino a su casa. Cuando llegamos, mi impresión es que no están enfadados el uno con el otro, sino solo cansados por el viaje. Por eso les digo que me voy a marchar de inmediato, que los ayudo a meter las maletas en casa y los dejo solos.

—No, mamá, quédate a tomar un té —me dice Ellie.

Y, bueno, si me invita a hacerlo, no seré yo quien lo rechace, porque me encanta ponerme al día con mi chica, así que acepto quedarme un ratito.

Después de meter todo el equipaje en la casa, Kyle me da las gracias por haberlos ayudado y se excusa un segundo, explicándome que tiene que hacer un par de llamadas y que va a subir a la planta de arriba para hacerlas. Ellie pone un gesto de exasperación, pero así como de broma. Cuando él sube, mi hija entra en la cocina para hervir el agua para el té. Me dispongo a acompañarla, pero justo cuando voy a hacerlo me doy cuenta de que hay unas cuantas cartas tiradas en el felpudo. Debe ser el correo que han echado por la ranura de la puerta mientras los ocupantes de la casa estaban de viaje. Deseosa de seguir ayudando a la pareja a instalarse de nuevo, las recojo y las pongo en una mesa auxiliar que hay al pie de la escalera. Pero, cuando lo hago, me fijo en el nombre que aparece en uno de los sobres.

Julia Beaumont.

Mmm, qué raro. Esa mujer tiene el mismo apellido que Kyle, el mismo que Ellie pronto asumirá, una vez que solicite legalmente el cambio de su apellido de soltera.

¿Quién será esa mujer? Trato de pensar y recordar durante unos instantes, pero no me acuerdo de que Kyle o Ellie me hayan hablado nunca de una Julia. Por lo tanto, no puede ser una hermana o algún otro pariente de la familia de Kyle, ¿verdad? Porque a ver, de serlo, él la habría mencionado en algún momento casi con total seguridad y, además, habría acudido a la boda. Pero Kyle es hijo único, así que está claro que no se trata de una hermana, y su madre ha fallecido. Entonces, ¿quién podría ser?

Pienso en ir a la cocina y preguntarle a Ellie directamente, pero me parece que sería entrometerme más de la cuenta, así que mejor no lo hago. Al final, no me hace falta porque es Kyle quien, un segundo después, vuelve bajando las escaleras.

—Necesito el cargador del móvil —explica, y abre la cremallera de una de las mochilas que invaden el pasillo para buscarlo.

Me parece una buena oportunidad para mencionarle, como quien no quiere la cosa, el nombre que me está costando situar. Aprovechando que estoy aquí con el sobre en la mano, decido hacerlo. Ellie no puede escucharnos desde donde se encuentra.

—Había correo en el felpudo, así que os lo he recogido —le digo, y Kyle me da las gracias, aunque parece mucho más interesado en encontrar su cargador para poder continuar con sus llamadas.

A ver qué pasa.

—Lo siento. No he podido evitar fijarme en que hay una carta dirigida a una tal Julia Beaumont. ¿Es alguien de tu familia?

A propósito, dejo que la frase se quede ahí, a medias, invitando a que Kyle llene el silencio con su respuesta, pero no es que lo haga de forma demasiado rápida. Sin embargo, sí que deja de buscar el

cargador en la mochila y levanta la cabeza para mirarme.

—¡Ah! ¡Eeeh...! ¿Puedo verla? —me pregunta, y le entrego el sobre en cuestión.

—Lo siento, no quería fisgonear ni nada por el estilo. Es que lo he visto al coger la carta —digo en mi defensa, por si Kyle me va a acusar de entrometida. Pero no lo hace.

—No, no pasa nada. No te preocupes. Debe ser una carta para la persona que vivía aquí antes que yo.

—¿Julia vivía aquí antes que tú?

—Sí.

—Ah, entiendo. ¿Tenía el mismo apellido que tú?

—Sí, vaya coincidencia. Tendré que devolverla a la oficina de correos en algún momento.

Kyle se encoge de hombros, se mete la carta en el bolsillo y comienza a buscar el cargador de nuevo. Pero yo lo observo durante unos instantes, intentando descubrir la razón por la que me estoy sintiendo un tanto incómoda.

¿Será de verdad una coincidencia que la anterior propietaria de esta casa tuviera el mismo apellido que el marido de mi hija?

¿O me acaba de mentir?

Si es así, ¿por qué lo ha hecho?

CAPÍTULO 11

DAWN

No presioné más a Kyle acerca del nombre que vi en la carta, ni tampoco se lo mencioné a Ellie cuando nos tomamos un té juntas, unos minutos después de haberla visto. Decidí aparcar cualquier duda que pudiera tener sobre la explicación que Kyle me dio y centrarme en escuchar cómo mi hija repasaba emocionada el día de su boda con todo lujo de detalles, ilustrándome sobre cualquier pormenor que me pudiera haber perdido mientras hablaba con otras personas en otra parte del recinto. Me encantó escuchar de la boca de Ellie que se lo pasó genial durante su gran día, así como durante los días que pasó después en Turquía con la única compañía de Kyle. Como sospechaba, hubo un problemilla entre ellos, causado porque Kyle atendió varias llamadas de trabajo durante esos días de descanso, en los que Ellie hubiera preferido que pasara todo el tiempo con ella. Pero mi hija tampoco se enfadó demasiado por ello, consciente de que a su marido le gusta su trabajo y le va genial, y yo además le quise recordar, con delicadeza, que aunque él pueda estar siempre liado, todo lo hace también por ella, desde luego no solo por él.

Nos terminamos el té y decidí darle un poco de intimidad a la pareja, así que les dije que los vería pronto y me marché. Mientras me dirigía a casa, el nombre que vi escrito en el sobre volvió a mi mente varias veces, aunque puse todo de mi parte para olvidarlo.

La cosa es que soy muy consciente de que me resultaría extraordinariamente sencillo no volver a confiar en ninguna pareja de Ellie después de lo que sucedió en el pasado en su relación con Daryl. Pero me niego a permitirme a mí misma sucumbir a la tentación de comportarme como una paranoica y desconfiar de cualquier relación que pueda tener en el futuro, solo por haber sufrido una mala experiencia. Además, si viviera así, sentiría como si Daryl hubiera ganado, aunque esté muerto. También hay otra cosa: si Ellie ha encontrado el valor para volver a confiar en otro hombre, yo también debería ser capaz de hacerlo. Y esa es la razón por la que me estoy esforzando al máximo para confiar en que Kyle me decía la verdad al asegurarme que esa mujer con el mismo apellido que él era solo una persona que vivía anteriormente en la casa, y nada más.

Olvídalo, Dawn. Ellie es feliz en este momento de su vida. Kyle es un buen hombre.

No hay nada por lo que preocuparse.

Es más fácil decirlo que hacerlo, desde luego, pero por suerte esta noche tengo un plan que me va a mantener distraída, al menos durante un par de horas. Y es que tengo una cita, la primera en mucho tiempo.

Sorprendentemente, y a pesar de que yo no tenía grandes expectativas, el hombre por el que mostré interés en la aplicación hace unos días también demostró estar interesado en mí, y así fue como empezamos a enviarnos mensajes. John, el hombre guapo de pelo plateado que me llamó la atención cuando estuve deslizándome por la pantalla mirando los hombres que me mostraba la aplicación, me dijo que le encantaría tomarse algo conmigo. Cuando le contesté diciendo que yo también quería apuntarme a un plan así, fijamos una cita.

Y esa cita va a tener lugar esta noche.

Tan pronto como llego a mi casa procedente de la de Ellie, me doy prisa para arreglarme y estar lista a tiempo. Primero, me ducho y, luego, echo un buen rato en decidir qué ropa ponerme. Solo vamos a ir a tomar una copa, pero, por la forma en que examino las opciones que tengo en mi armario, parece que voy a ir a cenar con el rey de Inglaterra. Después de decidirme por un conjunto elegante pero con un toque desenfadado, porque no quiero parecer una estirada, me pongo manos a la obra con una tarea de proporciones gigantescas: maquillarme y arreglarme el pelo.

Me siento rara sentada en el tocador de la habitación de invitados, aplicándome rímel y colorete, porque, sinceramente, no recuerdo la última vez que lo hice aquí, en esta casa. Claro que me arreglé para la boda que tuvo lugar en Turquía hace nada, pero eso fue un evento aislado. Hacía muchísimo tiempo que no ponía tanto empeño en relación con mi aspecto físico durante un día normal de mi vida cotidiana. Cuanto más me maquillo, mejor empiezo a sentirme conmigo misma, y me siento aún más feliz cuando me doy el gusto de tomarme una copa de un vino que cojo de la nevera. Necesito beber algo para calmar un poco mis nervios; me pregunto si John hará lo mismo antes de salir de su casa de camino a nuestra cita.

Hemos quedado en una vinoteca de la calle más frecuentada de la ciudad, un local que ha elegido John, aunque lo conozco bien porque ya he ido allí varias veces con mis amigas. Dios mío, espero que ni Maggie ni Tanya vayan a ir a ese sitio esta noche, porque si fueran, me verían con un hombre nuevo y empezarían a cotillear de inmediato. Querrán saber quién es, qué está pasando entre nosotros y, sobre todo, por qué no les he contado nada. La verdad es que se lo he ocultado a todo el mundo, incluida Ellie, porque no tengo ni idea de si esto va a ser el principio de algo o si terminará resultando una gran pérdida de tiempo.

No pienso hablar de las citas que pueda tener hasta que no haya

algo consistente. No tiene sentido que Maggie y Tanya se entusiasmen todavía con lo que voy a hacer, ni tampoco merece la pena arriesgarme a que Ellie se enfade un poco porque su madre haya seguido adelante con su vida. Estoy segura de que Ellie lo entenderá perfectamente si llega el momento en que le explique que he empezado a salir con otra persona, pero no pienso hablar con ella de eso hasta que esté segura de que es necesario hacerlo. De momento, no es así.

John podría resultar ser un bicho raro, un aburrido o un tipo no demasiado agradable.

Espero que no sea así, pero... ¿quién sabe?

Solo hay una forma de averiguarlo.

Tras pedir mi taxi y volver a mirarme en el espejo del pasillo durante unos minutos para convencerme de que me gusta mi aspecto, salgo de casa y me subo a la parte trasera del vehículo que llega para llevarme a la vinoteca. Espero que John sea puntual, porque me generaría dudas encontrar motivos que le hagan no ser una persona completamente idónea para mí. Por eso es todo un alivio ver cómo me saluda desde una mesa de la esquina en cuanto entro en la vinoteca.

Lo reconozco porque resulta evidente que fue sincero sobre su aspecto físico en la aplicación de citas: es calcado al hombre que aparece en la foto que utilizó en ella. Está muy claro también que él tiene la misma impresión, porque me ha reconocido sin dudar en cuanto he entrado. Cuando me acerco a él, ambos parecemos no saber muy bien cómo saludarnos.

¿Un abrazo? ¿Un apretón de manos? ¿Un beso en la mejilla? ¿O basta con una sonrisa cordial y un hola?

Al final, nos liamos un poco y perpetramos una combinación bastante incómoda de todo lo anterior. Después, nos sentamos, y un poco más tarde nuestras manos acaban topando cuando intentamos

alcanzar la carta de bebidas.

Esto ha empezado bien.

Riéndonos nerviosamente, ambos admitimos que llevábamos muchísimo tiempo sin hacer algo así, y esa parece ser la clave para que ambos nos destensemos un poco. Luego, cuando pedimos las bebidas, empezamos a conocernos un poco más de lo que nos permiten nuestros perfiles de citas, que están editados de más. Hablamos de los sitios de esta ciudad de los que provenimos, de cuánto tiempo llevamos viviendo en los lugares en los que vivimos y de cómo han cambiado las cosas a lo largo de los años. Cuando nos sirven las bebidas en la mesa, empezamos a hablar de cosas un poco más personales.

—Tengo una hija, Ellie —digo con orgullo—. Se acaba de casar en Turquía.

—¡Qué maravilla! Me ha parecido que estabas un poco morena —dice John con una gran sonrisa; supongo que es bueno que piense que tengo un buen color de piel.

—No me dio tiempo a tomar mucho el sol porque no pude quedarme demasiados días por allí, pero fue una celebración estupenda, y mi hija estuvo muy contenta.

—¿Te llevas bien con tu yerno?

—Sí, yo diría que sí. Es un chico encantador —le respondo—. Le va genial en lo que hace. Dirige su propio negocio.

—Vaya, parece que tu hija ha tenido mucha suerte de encontrarlo.

—Yo diría que él también ha tenido mucha suerte de encontrarla a ella.

—Por supuesto que sí. Bueno, ¿qué te parece si brindamos? ¡Por tu hija y su marido! Ojalá les vaya todo fenomenal.

Es un gesto bonito por parte de John, así que se lo agradezco y brindamos por los recién casados. Después, me cuenta todo sobre sus hijas, aunque las noticias no son tan buenas, porque una de

ellas se está divorciando.

—¡Vaya, qué lástima! Lo siento —le digo. Espero que Ellie nunca tenga que enfrentarse a algo así, aunque si alguna vez tuviera que hacerlo, yo estaría a su lado para ayudarla.

Veo que a John se le ilumina la cara al hablar de sus hijas y sus aficiones, y pienso en que parece un hombre encantador y en que esta cita está yendo mucho mejor de lo que esperaba. Por eso, cuando termina de contarme su última historia, le propongo que nos tomemos otra copa. Pero, justo antes de hacerlo, John añade algo:

—Lo siento, pero llevo dándole vueltas desde que nos sentamos juntos en esta mesa. Tengo la sensación de que te reconozco de alguna parte.

¡Oh, no! Ahí está. Una referencia al tema que tanto me temía. Debe haber visto mi foto en las noticias. Tiene que ser eso, ¿no? Si es así, ¿qué va a hacer al respecto?

—Eeeh... —musito, ganando algo de tiempo hasta que se me ocurre algo—. Trabajo en un supermercado. Uno grande que hay en la calle Reynolds.

Espero poder desviar su atención y que no caiga en que probablemente el sitio en el que me ha visto sea en las noticias, y hacerle creer en cambio que podría haberme reconocido por el lugar en el que trabajo. No es que crea que vaya a ser capaz de ocultarle mi pasado eternamente si nuestra relación comienza a dar más pasos, pero no quiero hablar de ello esta noche, durante nuestra primera cita, sobre todo porque hasta ahora ha ido muy bien.

—Ah, podría ser —dice John, para mi alivio—. He comprado allí unas cuantas veces, así que debo haberte visto por los pasillos.

—Sí, es posible —respondo. A continuación, llamo a la camarera, deseando que otra copa haga que John se olvide un poco de su idea de que me conoce de alguna parte. Parece funcionar, porque una vez hemos pedido nuestras copas, John cambia de tema y

empezamos a hablar de nuestras aficiones. Resulta que somos compatibles en cuanto a nuestros gustos relativos a las películas, lo que augura una posible cita en el cine en el futuro. Cuanto más disfruto de la conversación, más me doy cuenta de que mis amigas tenían razón desde el principio. Necesitaba salir por ahí e intentar dejar atrás a Sean, porque me esperan momentos de felicidad si de verdad pongo interés en encontrarla.

Aunque, en un instante, mi felicidad se desvanece casi tan rápido como empecé a soñar con ella.

Sucede cuando vuelvo del baño después de excusarme brevemente de nuestra mesa. De camino a mi asiento, vislumbro lo que John ha estado mirando en su teléfono en mi ausencia. Diviso una foto mía con Ellie junto a otra de Daryl, y eso deja muy claro que John se ha dado cuenta de que me ha reconocido por las noticias y no por el supermercado, como yo he querido hacerle creer.

Sin ser consciente de que lo he pillado leyendo algo sobre mí en Internet, John se guarda rápidamente el móvil en el bolsillo en cuanto me ve llegar a la mesa. Mientras me siento, tomo la decisión de abordar ese tema tan complicado, porque va a ser mejor que se lo explique yo antes que cualquier periodista, que habrá adornado la mitad de la historia. Pero ni siquiera tengo la oportunidad de hacerlo, porque John me dice de repente que a un amigo le ha pasado algo y que tiene que irse. Se levanta con gran rapidez y deja unos cuantos billetes de diez libras sobre la mesa para pagar las copas que nos hemos tomado y las que están a punto de llegar.

—¿Quieres que lo repitamos en el futuro? —le pregunto antes de que pueda marcharse corriendo, pero se limita a decirme que ya vamos hablándolo. Después, sale por la puerta, prácticamente corriendo.

Cuando la camarera vuelve a aparecer con las dos copas que he pedido, ya he comprendido que mi cita no va a volver y que me he

quedado aquí sola. También me doy cuenta de que, tal y como pensaba, mi pasado podría jugar en mi contra a la hora de encontrar un nuevo hombre.

¿Puedo culparles?

¿Quién quiere salir con una asesina?

Sí, yo solo defendí a mi hija. Pero bueno, aunque todo el mundo tenga un pasado, el mío es especialmente complicado.

Lo más probable es que John solo quiera una mujer normal que pueda presentar a su familia y amigos.

Pero yo no soy una mujer normal, no después de lo que hice, y supongo que nunca lo seré.

Nadie que haya vivido una experiencia tan dramática como la mía podría llegar a ser la misma persona que era antes.

CAPÍTULO 12

HARVEY

Todo parece tener menos importancia cuando te encuentras a más de once mil metros de altura, como si los problemas que se tienen ahí abajo en la tierra parecieran insignificantes estando, físicamente, tan por encima de ellos. Pero, a veces, un problema puede llegar a ser tan grande que no existe distancia o perspectiva que pueda empequeñecerlo. Justo así es como me siento mientras el avión en el que viajo avanza hacia Europa a toda velocidad. Diez horas de vuelo separan Los Ángeles de Ámsterdam, y solo Dios sabe cuántas horas más tendré que viajar después para llegar a Inglaterra de la forma más discreta posible. Es demasiado tiempo como para pasármelo sentado reflexionando sobre lo que voy a hacerles a Dawn y Ellie cuando por fin las vuelva a ver, por eso intento distraerme con algo y que el viaje sea lo más cómodo posible.

—Otro, por favor —le digo al azafato que acaba de pasar por el pasillo para ver si a alguien le apetecía beber algo más.

Tan pronto se lo pido se pone manos a la obra para traerme otro *whisky*. Aunque este brebaje no está tan bueno en una lata como lo estaría si me lo hubieran servido de una botella, es mejor que nada. No puedo viajar hasta Ámsterdam completamente sobrio teniendo tanto en lo que pensar mientras me desplazo por encima del océano Atlántico atado con el cinturón a mi asiento. Además, un poco de alcohol también me va a servir para dormirme más fácilmente

durante el vuelo, lo que sería una bendición, porque no soy yo muy de ver películas, así que no me convencen del todo las opciones de entretenimiento que nos ofrecen a bordo. Sin embargo, una forma de distracción alternativa que he encontrado en este viaje ha venido en forma de tratar de averiguar cuántas personas de las que viajan en este avión podrían reconocerme y, en caso afirmativo, si alguno de ellos va a hacer algo al respecto.

Llevo una gorra de béisbol de los Dodgers de Los Ángeles para intentar pasar lo más desapercibido posible, y parece que funcionó bastante bien cuando tuve que recorrer el aeropuerto, que como siempre estaba abarrotado de gente. No atraje ninguna mirada, o al menos no me pareció que lo hiciera, lo cual resultaba trascendental, porque a día de hoy todo el mundo tiene un teléfono móvil a mano, lo que significa que cualquiera puede ser periodista.

No quería que alguien me pudiera reconocer como el padre de un asesino, lo publicara en alguna red social y que más tarde esa noticia terminara en el teléfono de un periodista de verdad, que sí que tiene el poder de difundir ese mensaje por todas partes. No quiero que mi nombre vuelva a copar los titulares, al menos hasta que haya completado mi plan de venganza, así que es fundamental que no me reconozcan. No me vendría nada bien que la gente ande especulando sobre mi posible destino, ni tampoco que se hable de que ya he salido de la cárcel, porque de momento eso ha pasado desapercibido. Lo cual me sorprende un poco, si he de ser sincero. Creí que iba a encontrarme a algún periodista esperándome a la salida de la prisión cuando me soltaron, para grabar los primeros momentos de mi libertad. Sin duda, esperaba que vinieran a mi casa unas cuantas cámaras tan pronto como alguno de mis vecinos me viera y empezara a correr la voz de que había regresado al barrio. Pero no ha sucedido nada de eso. El motivo más probable para explicarlo es que han transcurrido cinco años y todo el mundo habrá

seguido con sus vidas. Seguramente se habrán cometido muchos otros delitos en ese tiempo, y la gente se habrá aburrido de mí y de mi historia.

Eso es bueno, quiero que todo el mundo se haya aburrido de mí.

Quiero que me olviden.

Hasta que me vuelvan a recordar.

—¿Vacaciones o trabajo?

La pregunta repentina de la pasajera que viaja sentada a mi lado me plantea un dilema interesante. ¿Debería ser sincero con ella o no?

—Un poco de las dos cosas —le contesto, creyendo de verdad que es la respuesta más sincera que puedo ofrecerle. No puedo decir que mi motivación para viajar hasta tan lejos no tenga nada que ver con un trabajo, pero, por otro lado, tampoco puedo fingir que sea por algo que no me apetece hacer. Matar a Dawn y a Ellie será como trabajar y tomarse unas vacaciones, ambas cosas al mismo tiempo.

—Interesante —responde la mujer—. Yo viajo por trabajo.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto, dispuesto a entablar conversación por dos razones. Una, por matar el aburrimiento y que el tiempo pase rápido, y dos, porque está claro que esta persona no tiene ni idea de que soy tristemente famoso en Los Ángeles, porque, de lo contrario, no se estaría mostrando tan agradable conmigo.

—Soy doctora especializada en psicología. Dentro de un par de días doy una conferencia en un congreso médico en Ámsterdam.

—¿Psicología? Debe ser un campo fascinante.

—Puede llegar a serlo. Supongo que depende del tema que se trate.

—Es verdad —respondo. Espero que me devuelva la pregunta, pues me parece inevitable que lo haga. Efectivamente, así sucede.

—¿Y a qué te dedicas tú? —me pregunta la médica con verdadera curiosidad.

—La verdad es que ahora mismo estoy en una etapa de transición —respondo con calma, bastante satisfecho con mi respuesta—. He tenido un periodo largo de descanso, pero ahora estoy empezando a retomar las cosas.

—¿Cosas?

—La verdad es que no puedo hablar mucho de ello —digo con una sonrisilla traviesa, como si fuera un agente secreto en una misión que nadie más tiene derecho a conocer. En el mejor de los casos, pienso que podría despertar el interés de esta profesional de la medicina tan atractiva que está sentada a mi lado y que podríamos acabar tonteando inocentemente durante un rato. En el peor de los escenarios, pensará que estoy siendo poco claro con ella y quizá me ignore y se vuelva a ocupar de sus asuntos, algo que también me parecería perfecto.

Pero se inclina hacia mí y sus palabras me dejan perplejo.

—Es comprensible —me dice en voz baja—. O sea, si mi hijo fuera un asesino y yo acabara de estar en la cárcel por haber intentado encubrirlo, tampoco querría contárselo a demasiada gente.

Miro fijamente a la doctora e intento procesar lo que acaba de decirme, pero, en realidad, no hay mucho en lo que pensar. Es obvio que sabe quién soy, y acaba de desenmascararme y dejarme en evidencia. Parece que esto de usar la gorra para pasar desapercibido no ha funcionado del todo.

—¿Cómo dices? —reacciono, fingiendo ignorancia.

—Sé quién eres —responde con tranquilidad—. Harvey, ¿verdad? Y tu hijo se llamaba Daryl.

Vale, sabe quién soy, está claro.

No sé muy bien qué contestar, así que permanezco en silencio, dejando que continúe.

—Supongo que ya has salido de la cárcel, ¿no? —continúa—. Han pasado unos cuantos años, ¿eh? Has cumplido tu condena, ¿verdad?

¿Ya has pagado tu deuda con la justicia? ¿Ya estás rehabilitado, listo para volver a ser un miembro productivo de la sociedad?

—¿Qué es esto?

—Nada, solo digo que parece que, para ser un hombre que fue a la cárcel por un delito tan grave, estás bastante bien. Es decir, estás aquí, en este avión volando hacia Ámsterdam. No está mal, ¿eh?

—¿Que estoy bien? Perdí a mi hijo y me he pasado cinco años en la cárcel —respondo, bajando la voz todo lo que puedo para que ninguno de los pasajeros que están sentados a nuestro alrededor pueda oírme, porque sería terrible que me reconociera más gente y me pudiera meter en más problemas.

—Y los padres de Aubree Parker perdieron a su hija, y nunca la van a recuperar —me dice la mujer con una mirada amenazadora—. Eran personas completamente inocentes, y tu hijo y tú les jodisteis la vida. ¿Y ahora qué? ¿Te crees que te puedes tomar unas cuantas copas en un avión e irte a conocer otro país y que, como ya has cumplido condena, todo vuelve a ser normal? Tanto tú como tu hijo sois una vergüenza, y tú deberías seguir en prisión. Al menos, él tuvo lo que se merecía.

Esa última frase es pasarse tres pueblos. Estoy a punto de levantarle la voz a esta mujer, sin importarme ya quién pueda llegar a oír nuestra discusión, pero el piloto habla de repente por el intercomunicador para informarnos del progreso del vuelo. Ese hecho me distrae lo suficiente como para detener mis intenciones un instante, instante que la mujer que tengo a mi lado aprovecha para levantarse de su asiento, recoger sus pocas pertenencias y sentarse en uno de los pocos asientos libres del avión.

Supongo que se ha hartado de mi presencia. Me ha dejado bien claro lo que siente por mí antes de marcharse. Me da igual, yo también me había hartado de ella. ¿Quién se ha creído que es para juzgarnos a mi hijo y a mí de esa manera? Desde luego, no tenía

ningún derecho a decir que Daryl tuvo su merecido. Aunque, por otro lado, ¿qué otra cosa podía esperar? Apuesto a que esa mujer habrá leído todos y cada uno de los artículos que se han escrito sobre nosotros, lo que significa que le han lavado el cerebro para que nos odie. Me dan ganas de levantarme de mi asiento y continuar nuestra conversación para decirle que está fuera de lugar hablarme de esa forma, independientemente de lo que haya hecho en el pasado. Sigo siendo un ser humano, un padre que ha perdido a su hijo, por mucho que esa situación se deba a unas circunstancias muy concretas. Al final, decido no molestarme en hacerlo, porque sé que no merece la pena.

Al menos, es la única persona que me ha reconocido en todo el avión. O quizá haya sido la única con el valor suficiente para decirme lo que siente.

En fin, da igual. No voy a permitir que lo que ha ocurrido me estropee el vuelo. Como acaba de decir el piloto por el intercomunicador, todo va según lo previsto.

Solo cabe esperar que eso siga siendo así hasta el momento en el que me encuentre en la puerta de la casa de Dawn y Ellie, con un cuchillo afilado en una mano y una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

CAPÍTULO 13

DAWN

Tras el desastre de mi primera cita en más de diez años, no estoy de humor para compartir los detalles de la misma con nadie. Ni con Ellie ni con mis amigas. Con nadie. Solo quiero olvidarme de lo que ha ocurrido, aunque sé que es poco probable que lo consiga, porque aún lo tengo muy reciente.

Solo hace dos horas que John ha salido pitando de ese lugar, tras descubrir que yo soy aquella pobre mujer que acaparó todos los titulares en esta ciudad hace cinco años. Tuvo claro que yo no soy el tipo de mujer que le quiere presentar a su familia y amigos, así que se marchó a toda velocidad, aunque dejó algo de dinero antes de hacerlo. Pagué con él la cuenta y salí poco después de la vinoteca. Por lo menos tuvo la decencia de asumir el coste de nuestras copas, así que supongo que no puedo estar demasiado enfadada con él por haber interrumpido abruptamente nuestra cita. Pero sí que lo estoy, supongo que será por las formas en las que lo ha hecho.

Me ha tratado como si yo fuera una cosa que está hirviendo y coges por accidente, soltándola tan rápido como puedes. O como si fuera una mercancía defectuosa con la que se hubiera topado sin querer y tuviera miedo de acabar tan jodido como ella. Al menos así parecía sentirse cuando me miraba con una mezcla de lástima y sorpresa: lástima porque le resultaría evidente que yo he tenido que sufrir un montón, pero sorpresa porque de ninguna forma esperaba

ser él quien tuviera que gestionar ese sufrimiento.

Así que se fue.

Me da igual. Estoy mejor sin él. Las cosas nunca habrían funcionado entre nosotros si él es propenso a salir por patas cada vez que se tiene que enfrentar a una situación difícil. Mi pasado es el que es, no lo puedo cambiar, y si no es lo bastante hombre como para aceptarlo, entonces es su problema, no el mío.

Pero si es así, si es su problema y no el mío, ¿por qué soy yo la que está ahogando sus penas en su casa, sintiéndose increíblemente sola con la única compañía de una botella de vino?

Debería dejar de beber ya y subir a acostarme, sobre todo teniendo en cuenta la hora que es y que mañana tengo que trabajar. Pero, por alguna razón, aún no estoy lista para dar el día por terminado; dormir no me parece factible en este estado de ánimo.

¿Se deberá a esta primera cita fallida?

¿O quizá tenga que ver con que otra cosa me ronda por la cabeza?

Si soy sincera conmigo misma, hay otra razón por la que estoy aquí sentada bebiendo vino. No es solo por lo que ha pasado con John. Tiene que ver con Kyle, mi yerno, que pareció incomodarse un poco cuando le pregunté antes por el nombre que vi en el sobre.

¿Por qué sigo dándole vueltas a eso?

¿Será porque, cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que me mintió?

Sé que solo existe una forma de averiguarlo, así que dejo la copa de vino sobre la mesa y voy a buscar mi portátil. Está sobre la cama, donde lo dejé esta mañana. En lugar de acostarme y usarlo desde allí —que sería lo más sensato dada la hora que es—, me lo llevo para abajo, donde me espera la botella de vino.

Dejo que el dispositivo se inicie mientras me sirvo otra copa. Cuando está listo, empiezo a hacer algunas búsquedas en Google. Quiero encontrar una página en la que pueda averiguar el nombre

de los anteriores propietarios de una vivienda. Soy consciente de que existen páginas que permiten hacerlo porque mis amigas me han hablado de ellas alguna vez, cuando han cambiado de casa. No se me ocurre nada más estresante y tedioso que una mudanza, por eso la casa en la que vivo es la primera que compré y también será la última. Pero mis amigas se han mudado unas cuantas veces cada una, siempre buscando mejorar y encontrar algo más grande para poder albergar a sus familias, que seguían creciendo. Así es como recuerdo haberlas oído hablar de las formas en las que actualmente una persona puede investigar la historia de una casa en la que podría estar interesada.

Cuando compré esta vivienda con Sean, no existían páginas web en las que husmear. Básicamente, teníamos que confiar en el agente inmobiliario que nos enseñaba el lugar y creerle cuando nos aseguraba que la propiedad era tan atractiva como parecía, y que no había ninguna historia horrible que no conociéramos relacionada con la casa. Pero, hoy en día, un comprador potencial solo tiene que teclear una dirección y encuentra de inmediato un montón de información relacionada con la propiedad.

Acabo de descubrir cómo hacerlo.

Vuelvo a dar un sorbo a mi copa de vino mientras intento convencerme de que no estoy actuando de forma extremadamente paranoica. Me juro a mí misma que solo voy a hacer unas comprobaciones rápidas con las que verificar si la persona que poseía la casa antes que Kyle tenía el mismo apellido que él. Si es así, dejaré de fisgonear porque mi yerno no me habría mentido, así que fin del asunto.

Pero ¿y si encuentro algo que contradiga lo que me contó?

Me digo a mí misma que eso no va a pasar, porque Kyle es un tipo honrado y el hombre perfecto para casarse con mi hija, e introduzco el número de su casa y el nombre de la calle para buscar la

información. Cuando la página se actualiza, espero encontrarme con un historial cronológico de la propiedad en cuestión, desde las fechas en las que se vendió hasta los valores que alcanzó cada venta y, lo más revelador para mí, los apellidos de quienes la compraron.

Al ver el historial, compruebo que, efectivamente, tengo a mi disposición toda esa información desde los años ochenta, cuando se construyó la casa. Sin embargo, casi de inmediato, veo algo que me preocupa. El apellido que encabeza la lista no es el de Kyle, lo que sugiere que él no es el propietario actual de la casa. Además, el siguiente apellido, que debería corresponder a la persona a la que compró la propiedad, no es el que vi en el sobre, lo que demuestra que también me mintió con respecto a eso.

¿Qué está pasando aquí?

Lo primero que pienso es que puede que esta web me esté mostrando información falsa, así que busco otra, una que pueda incluir un registro más fiable. Eso me conduce hasta otra página en la que tengo que pagar para tener acceso completo a los registros de la propiedad, pero solo es una cuota pequeña mensual que puedo cancelar en cuanto tenga lo que necesito. Decido pues introducir los datos de mi tarjeta e iniciar una suscripción. Acto seguido, realizo la misma búsqueda que acabo de hacer en la otra web, esperando obtener resultados diferentes en esta ocasión.

Pero no.

Según lo que estoy leyendo, la casa no está a nombre de Kyle, como nos ha hecho creer a mí y a Ellie. Está a nombre de un tal S. McGill. ¿Quién coño es ese? Y, en cuanto a esa misteriosa mujer a la que aún le mandan cartas a la casa, tampoco hay rastro de ella.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es coger el teléfono y llamar a Ellie para contarle que su marido nos ha mentido a las dos y que hay algo raro, algo que es obvio que no nos ha querido contar. Pero me doy cuenta de la hora que es, pasada ya la medianoche, y

me entran dudas. Lo más probable es que mi hija ya esté durmiendo, no solo porque sea tan tarde, sino porque antes me ha contado que estaba agotada después del subidón de la boda y del viaje de vuelta desde Turquía. Le hace falta descansar, no debo molestarla. Además, ¿qué podríamos hacer a estas horas? Mejor dejarlo para mañana. Puedo llamarla antes de irme a trabajar y decirle que quedemos a solas. Cuando Kyle no esté cerca, puedo contarle lo que acabo de descubrir.

¿Qué dirá al respecto?

¿Coincidirá conmigo en que hay algo muy raro?

¿O me acusará de ser una paranoica y de no dejarla respirar, ni a ella ni a sus relaciones?

De verdad espero que no sea esto último, pero, en realidad, me da igual, porque tengo la obligación de contarle lo que sé, y después será cosa suya lo que decida hacer con esa información.

Impaciente por encontrar algo relacionado con el nombre S. McGill y por saber por qué Kyle podría estar viviendo en la casa de esa persona fingiendo que en es suya, hago otra búsqueda, en esta ocasión reducida, para centrarme en los resultados de la zona. Casi de inmediato, encuentro la página de una empresa inmobiliaria de mi ciudad y, tal y como esperaba, S. McGill aparece como propietario de la misma.

¿Así que la casa de Kyle es propiedad de esta inmobiliaria?

¿En qué le convierte eso entonces? ¿En un inquilino sin más?

En ese caso, ¿por qué dice que la casa es suya, si en realidad la está alquilando?

Le echo un vistazo al portafolio de la inmobiliaria y descubro que compraron la casa hace tres años en una subasta. Vuelvo a comprobar los registros de la página web para ver el historial de la vivienda, y confirmo que el apellido del anterior dueño no coincide con el del sobre que vi. Está claro que Kyle me mintió.

Uf, esto es mucha tela, es mucho que asimilar.

Tal vez me haya hecho un lío en alguna parte.

Quizá haya bebido demasiado vino.

Creo que es hora de dar el día por terminado.

Cierro la pantalla de mi portátil, habiendo pasado frente a ella mucho más tiempo del que debería. Intento encontrar alguna razón por la que Kyle pudiera haberme mentido sobre su casa y su anterior propietario, y me subo a la cama con la cabeza repleta de preguntas. Sé que no voy a obtener ninguna respuesta hasta que le plantee todas mis dudas a Kyle. Pero primero tengo que comentarlo con Ellie, para que esté al tanto de todo antes de hablar con él. Por eso, antes de apagar la luz del dormitorio e intentar dormir un poco, le envío un mensaje para decirle que tengo que hablar con ella y que me llame en cuanto se despierte por la mañana, por muy temprano que sea.

No me responde el mensaje, así que debe estar dormida.

No pasa nada.

Está descansando.

De momento, la dejaré disfrutar de ese descanso.

Pronto va a estar tan preocupada como yo.

CAPÍTULO 14

ELLIE

No existe un golpe de realidad más grande que el sonido del despertador en la mañana en la que te despiertas tras varios días de descanso, con la certeza de que tienes que volver a tu trabajo. Eso es justo lo que estoy experimentando en estos instantes mientras apago la alarma y me froto los ojos cansada, preguntándome si la felicidad que he experimentado en los últimos días ha sido real o solo una especie de sueño. Pero enseguida obtengo la respuesta cuando miro al otro lado de la cama y veo al guapo hombre que tengo a mi lado. Eso me confirma que para nada ha sido un sueño.

—Buenos días, maridito —le saludo. Lo que me divierte poder decir una frase como esa casi compensa el hecho de que tenga que levantarme y poner rumbo al trabajo en breve.

—Buenos días, mujercita —responde Kyle con una sonrisa, y los dos nos besamos.

Lamento profundamente que no podamos quedarnos juntos en la cama todo el día y hacer cosas más divertidas que trabajar. Sé que Kyle tiene mucho trabajo. Ya se está levantando del colchón y ha ido a buscar algo de ropa; resulta obvio que tiene más ganas de empezar el día que yo. Si de mí dependiera, no volvería a trabajar en la vida, y mientras observo cómo mi hombre se dirige al baño, decido que es un buen momento para dejarlo caer.

—¡Gana muchos millones lo antes posible para que pueda

jubilarme! —exclamo, por supuesto en tono de broma, aunque no estoy bromeando al cien por cien.

Espero que Kyle me conteste con otra broma, o que saque pecho y presuma de su olfato empresarial, contándome que está negociando un trato de siete cifras que pronto cambiará nuestras vidas. Pero no hace ninguna de las dos cosas. En vez de eso, percibo que algo le inquieta. Incluso cuando ya ha entrado en el baño y cerrado la puerta, me preocupa que exista algo que le esté rondando la cabeza.

Decido dejar de hacer el vago y levantarme de la cama para ir a ver cómo está, pero justo antes de hacerlo me doy cuenta de que tengo un mensaje de mi madre en el móvil. Me lo envió a la una de la madrugada, una hora inusual para que nadie me mande un mensaje, y menos mi madre, que debería estar durmiendo a esas horas. No tenía turno de noche en el supermercado, al menos que yo recuerde. ¿Qué hacía entonces enviándome un mensaje?

> Llámame cuando te despiertes. Seguro que no es importante, pero tenemos que hablar de una cosa.

Instintivamente, me dispongo a hacer lo que me ha pedido, pero lo leo bien y veo que mi madre dice que está segura de que no es demasiado importante. ¿Debería entonces llamarla de inmediato o será mejor que vaya a hablar con Kyle para ver qué le pasa?

Me parece que esta es una situación en la que debo darle prioridad a mi marido sobre mi madre, así que me olvido por un momento del teléfono y voy al baño a ver cómo está mi hombre. Cuando intento abrir la puerta, me doy cuenta de ya estaba abierta y, al entrar, veo a mi marido de pie frente al espejo. Pero no se está lavando los dientes ni afeitando su barba incipiente con una cuchilla. Está mirándose en el espejo, con la mirada perdida, lo que hace que me preocupe aún más por que algo vaya mal.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, mientras me acerco a él, junto al lavabo; parece sorprendido de verme entrar en el baño.

—Nada. Estoy bien —me responde sonriendo, aunque sé reconocer una sonrisa forzada cuando la veo.

—No, algo te pasa. Está claro que hay algo que te preocupa —le digo, poniéndole una mano sobre el hombro para demostrarle que cuenta con mi apoyo—. ¿Qué es? Puedes contármelo.

—Estoy bien, de verdad —vuelve a intentar Kyle, pero no convence a nadie—. Supongo que estoy un poco triste porque ya ha pasado la boda y tenemos que volver al trabajo.

Podría habérmelo creído si me lo hubiera dicho nada más despertarnos, porque eso habría sido más natural, pero no después de haberlo visto mirarse con aire melancólico en el espejo y fingir que todo iba bien.

—Venga, vamos. Ahora estamos casados. Nada de secretos entre nosotros —insisto, y eso parece ser lo que finalmente provoca que Kyle admita que ocurre algo. Al final, termina contándomelo.

—No es un problema tuyo —empieza diciendo, pero yo le hago un gesto para que deseche esa idea de inmediato, y le digo que somos un matrimonio y que tenemos que afrontar los problemas juntos, no de forma individual.

—Es el negocio —admite un momento después, mientras mi mano sigue apoyada en su hombro.

—¿El negocio? ¿Qué pasa con él?

—Hay un problema con uno de mis clientes. No ha pagado en plazo lo que nos debe, y eso está causando un problema porque tenemos que pagar los impuestos, cosa que no podemos hacer si este cliente no nos paga.

—¿Cuánto os debe?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Más de cien mil.

La cifra que Kyle me acaba de decir escapa un poco a mi comprensión, y mis dudas a la hora de responder dan a mi marido la oportunidad de intentar restarle importancia.

—Pero no pasa nada, en serio. Pagará pronto y todo irá bien. No te preocupes —trata de tranquilizarme, acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros que casi sirve para separar mi mano de su cuerpo. Pero no del todo. Al igual que reconozco una sonrisa falsa cuando la veo, también reconozco un encogimiento de hombros nervioso.

Kyle intenta mantener la compostura, fingir que tiene todo bajo control, pero se le ve nervioso, como es normal, porque esa cantidad de dinero parece una barbaridad.

—¿Por qué no os ha pagado todavía? —es mi siguiente pregunta.

—¿Quién?

—¡Ese cliente que os debe todo ese dinero! ¿Por qué no os ha pagado?

—Problemas de liquidez —murmura Kyle.

—Pero sus problemas os afectan a vosotros. Tienes que conseguir que os pague.

—Lo sé. Estoy esforzándome para que lo haga.

—Bueno, ¡pues esfuérzate un poco más!

No quiero gritarle, pero me siento frustrada y un poco sorprendida por tener que ser tan directa con mi marido. Suele ser muy tranquilo y calmado, tiene siempre todo bajo control, y no solo eso, sino que tiene suficiente confianza como para conseguir siempre lo que quiere. Sin embargo, por alguna razón, hoy lo veo en nuestro cuarto de baño así, casi acobardado, permitiendo que otra persona lleve las riendas de la situación.

—Este es tu negocio, y has trabajado muy duro para levantarlo —le digo, recordándole lo orgullosa que estoy de él, y que él también se

tiene que sentir muy orgulloso de sí mismo—. Tienes que solucionar este problema y luego buscar la manera de que no vuelva a ocurrir. ¿De acuerdo?

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—No puedo obligarlo a pagar. A ver, tenemos un contrato y todo eso, pero, si no tiene el dinero, no puede pagar, ¿o sí? Y eso significa que no puedo hacer frente a mis impuestos, y a la Agencia Tributaria le dan igual las excusas que le ponga; me multarán, sin más.

—¿Cuánto tenéis que pagar de impuestos?

—También es una cifra de seis números.

Si el primer número me dejó atónita, este ha tenido exactamente el mismo efecto.

—¿Tanto?

—Sí, este año ha sido bueno. Tan bueno que casi parece sospechoso.

Kyle se ríe nerviosamente, pero a mí no me hace gracia.

—Pero no lo entiendo. Si tenéis que pagar tantos impuestos, habréis ganado un dineral, así que debéis tener suficiente para hacerlo —razono. Mientras lo hago, me pregunto que si Kyle tiene cientos de miles de libras en alguna parte, ¿por qué no me lo ha contado antes? O sea, yo sabía que el negocio iba bien, no solo porque él me lo contó, sino porque no soy ciega y veo la casa en la que vivimos y el coche que mi marido conduce. Pero no tenía ni idea de que su éxito fuera tan rotundo.

—Todo el dinero está invertido en el negocio, completamente atado —explica Kyle—. No puedo acceder a él y utilizarlo cuando me dé la gana. La cosa no funciona así, necesitamos ese dinero para crecer en el futuro.

—Entonces, ¿qué estás intentando decirme?

—Que, a menos que ese cliente nos pague lo que nos debe, no

vamos a poder pagar los impuestos, y si no lo hacemos, nos van a poner una multa que no vamos a poder a pagar, y así sucesivamente.

Casi preferiría no haberle preguntado a Kyle qué le pasaba, porque sin duda ha arrojado mucha luz con respecto a la magnitud del problema al que se enfrenta, que ahora también es mi problema. Pero tenía que saberlo, ya que ahora estamos juntos en todo, en lo bueno y en lo malo, porque eso fue lo que nos dijimos el uno al otro cuando estábamos juntos en el altar en presencia de nuestros seres queridos.

—Tiene que haber otra forma —digo, rezando para que Kyle conozca alguna. Por suerte, eso parece.

—La única forma alternativa es que me concedan un préstamo para pagar los impuestos y cubrir así ese gasto hasta que nos pague el cliente —explica.

—Vale, pues haced eso entonces —digo casi gritando, aliviada porque, después de todo, quizá exista una solución.

—Pero yo no puedo hacerlo —continúa Kyle, más hundido a cada segundo que pasa.

—¿Qué?

—No puedo pedir un préstamo a mi nombre.

—¿Por qué no?

—Porque tengo algo en mi expediente personal que me impide hacerlo.

—¿A qué te refieres?

Kyle parece muy avergonzado, pero lo presiono para que me responda.

—Pedí algunos préstamos cuando era más joven —admite—, cuando intenté crear otras empresas. Pero no funcionaron y acabé con una puntuación de crédito terrible. Ningún banco me va a conceder un préstamo. Tengo suerte de que este negocio haya ido

bien, porque, de lo contrario, estaría en la ruina.

Todo esto es nuevo para mí, y lo primero que siento es rabia porque Kyle me lo haya ocultado. Pero, viendo lo arrepentido que parece, es difícil enfadarse demasiado con él, así que prefiero optar por intentar ayudarlo a encontrar una solución. Sin embargo, antes de poder continuar nuestra conversación, Kyle me dice que se le está haciendo tarde para ir a trabajar y que no me preocupe por lo que me ha contado, porque tarde o temprano encontrará la manera de que todo salga bien. Luego sale del baño, termina de vestirse y me dice que tiene que irse ya y que hablaremos más tarde, esta noche.

No sé cómo voy a poder concentrarme en mi trabajo durante el día de hoy dándole vueltas a todo lo que acabo de descubrir, pero tengo que intentarlo, así que me preparo para salir de casa. Mientras lo hago, recuerdo que mi madre quería que la llamara. Estoy a punto de hacerlo dirigiéndome ya hacia la puerta para salir de casa cuando veo que me llega un mensaje de una amiga. Hacía tiempo que no hablaba con ella, no solo porque me dijo que no iba a poder asistir a mi boda, cosa que me molestó, sino también porque el ajetreo de nuestras vidas dificultó que nos viéramos a menudo antes de la celebración. Pero esta mañana se ha puesto en contacto conmigo, y nada más leer el mensaje, entiendo por qué lo ha hecho.

En cuanto leo su contenido, llamo a mi madre. Es lo que iba a hacer de todos modos, pero no la llamo para escuchar lo que quiere contarme.

La llamo porque soy yo la que tiene algo muy importante que contarle a ella.

CAPÍTULO 15

DAWN

—Eh, eh, ve más despacio. ¿Qué me acabas de decir sobre él? —le pregunto a mi hija, mientras trato de calmar su voz excitada al otro lado del teléfono.

—¡Que ha salido de la cárcel y ha volado a Europa! —me responde Ellie, con voz atropellada—. Está en Ámsterdam. ¿Qué está haciendo allí? ¿Crees que va a venir para acá después?

—¡Cálmate! —le pido, porque no me resulta fácil pensar cuando Ellie está tan alterada. Pero no me hace ni caso; tampoco es la primera vez que mi hija desoye los consejos de su madre.

—¡Está en Internet! Lo acabo de leer. ¡Harvey ha salido de la cárcel y ya se ha ido de Estados Unidos! —repite Ellie, casi gritando.

—¿Cómo es eso de que acabas de leerlo?

—Espera, te mando un enlace ahora mismo —dice Ellie; a continuación, la línea se queda en silencio, así que supongo que me estará enviando un mensaje. Un momento después, recibo en mi teléfono el enlace del que me acaba de hablar.

—Me lo ha mandado una amiga —me explica Ellie, sin que me haya dado tiempo siquiera a ver bien la noticia—. Me ha dicho que había visto algo relacionado con Harvey en las redes sociales. Al parecer, una mujer que iba en un vuelo de Los Ángeles a Ámsterdam estuvo sentada junto a Harvey y, nada más aterrizar, se lo contó todo a *Los Ángeles Times*, que acaba de publicar una noticia sobre ello.

Comprendo con exactitud a qué se está refiriendo Ellie cuando abro el enlace que me acaba de mandar y veo un artículo del *Times*. En él, hay una foto de Harvey con una gorra de béisbol haciendo cola en un aeropuerto. Hasta con la gorra puesta soy capaz de reconocerlo sin la menor dificultad; es casi imposible que algún día llegue a olvidar el rostro de ese hombre, como tampoco el de su hijo.

—¿Qué te parece? —me pregunta Ellie, pero le pido que se mantenga en silencio unos instantes para poder leer el artículo con concentración. En él, un periodista ha escrito exactamente lo que me acaba de contar mi hija. Harvey ha salido de la cárcel y, a los pocos días, ha cogido un vuelo a los Países Bajos.

La pregunta es, ¿por qué habrá ido allí casi directamente desde la cárcel?

Lo primero que pienso es que es normal que haya querido explorar un poco el mundo tras haberse tirado tanto tiempo entre rejas. Pero, pensándolo bien y desde un punto de vista más práctico, me parece un poco extraño. Lo más probable es que necesite poner un poco de orden en su vida tras los años que ha pasado en prisión. Tendrá que hacer cosas rutinarias y tediosas, como gestionar sus finanzas o simplemente encontrar la forma de volver a encajar en la sociedad. ¿De verdad está tan relajado como para irse unos días de escapada urbana?

—¿Qué pretende, mamá? ¿Por qué ha salido de la cárcel? —me pregunta Ellie, evidenciando el miedo que siente a través de su voz.

Escucharla me retrotrae al momento en el que la oí en el parque, no muy lejos de aquí, cuando casi muere a manos de Daryl. Creía que lo había dejado atrás y lo había conseguido superar, pero ahora mismo no tengo esa sensación, lo que provoca que odie todavía más a ese padre y a su hijo.

—Siempre supimos que en algún momento saldría en libertad —le

digo a mi hija—. Terminó siendo acusado por obstrucción a la justicia, y no por asesinato, así que no iba a pasarse toda la vida en la cárcel. Supongo que las autoridades de Estados Unidos consideraron que había cumplido su condena y estaba rehabilitado y listo para que lo dejaran salir y continuar con su vida.

—¡Pero pensé que se quedaría en Los Ángeles! —me grita Ellie—. Allí está lejísimos de nosotras. Pero no, está en Europa. Podría coger otro vuelo o un barco y llegar aquí a Inglaterra en un abrir y cerrar de ojos. ¿Y si viene a buscarnos?

—No va a hacer algo así —insisto, aunque a estas alturas es más un deseo que una realidad garantizada.

—¡Podría hacerlo! ¡Nos odia! —me recuerda Ellie, aunque no era necesario que lo hiciera, porque me he pasado muchas noches pensando en Harvey y preguntándome qué nos podría llegar a hacer tanto a mí, la mujer que mató a su hijo, como a Ellie, la mujer que de milagro sobrevivió al ataque de este.

—Tienes que tranquilizarte —le aconsejo, aunque mi voz a estas alturas suena ya tan tensa como la de mi hija—. Escúchame. Harvey no va a venir aquí y no va a intentar hacernos nada. Sería muy estúpido por su parte y, además, no creo que exista siquiera la posibilidad legal de que lo haga con los antecedentes penales que tiene.

—No me da buena espina —sentencia entonces Ellie, y a pesar de que intento tranquilizarla, siento que estoy de acuerdo con ella. Pero ¿qué puedo hacer al respecto?

—Continúa con tus asuntos con normalidad. No dejes que ni él ni su hijo te jodan la vida —insto a Ellie, queriendo poner punto final a este tema de conversación—. Recuerda: esa fue la promesa que nos hicimos hace cinco años. No íbamos a permitir que esos dos condicionaran nuestra vida. Mira lo mucho que has progresado desde entonces. Te has casado y tienes un buen trabajo. Estás

prosperando. No dejes que Harvey se cargue eso.

Ellie se calla, lo que suele significar que, en ese momento de la discusión, se da por vencida y comienza a comprender mi forma de pensar. Pero, durante el breve silencio, recuerdo que hay algo que me inquieta y que no tiene nada que ver con el pasado y sí con el presente. Se trata de Kyle, de su casa y, más concretamente, de si nos está mintiendo a las dos sobre algo.

—¿De qué querías hablar? —me pregunta Ellie a continuación.

—¿Eh?

—Me has mandado un mensaje a la una de la madrugada diciendo que tenías que comentar algo conmigo. ¿De qué se trata?

Es verdad, le mandé un mensaje a Ellie porque quería hablar con ella cuanto antes. Pero en este instante, considerando el estado en el que se encuentra tras saber que Harvey está en Europa, no es buena idea añadirle esta carga. Al menos, no por teléfono.

—Da igual. Puede esperar —digo, pensando que olvidar el tema unas cuantas horas no será un gran problema—. Pero ¿puedes pasarte por mi casa después del trabajo para charlar?

—¿Por qué no puedes decirme ahora de qué se trata?

—Porque da igual, podemos hablar más tarde. Te tienes que ir a trabajar ya, y yo también.

—Vale —murmura Ellie—. Que tengas un buen día.

—Tú también, cariño —le respondo justo antes de que cuelgue. Es notorio que está cabreadísima, y puede que también preocupada, porque Harvey haya salido de la cárcel. Admito que a mí también me ha inquietado un poco, y debo sumar esa inquietud a la que me producía ya la historia de Kyle y el asunto que se pueda traer entre manos. Sin casi darme cuenta, estoy sentada de nuevo frente a mi portátil, navegando por Internet. Al igual que mi hija, tengo que salir ya mismo de casa para ir al trabajo, pero me retraso un poco para intentar encontrar algo que pueda ayudarme a responder a la

pregunta que me ha suscitado la noticia de que Harvey está en los Países Bajos.

¿Por qué precisamente allí?

No tardo demasiado en descubrir que Holanda es uno de los países que no impone limitaciones al paso por sus fronteras de viajeros con antecedentes penales. ¿Es esa la única razón por la que Harvey ha decidido ir allí? ¿Porque quería unas vacaciones y ese es un país al que podía viajar libremente sin las restricciones que podría imponer su condena? ¿O habrá algo más, como piensa Ellie?

¿Estará tratando de acercarse todo lo que pueda a Inglaterra, que es donde realmente quiere terminar porque es donde vivimos nosotras?

—No, no seas estúpida —me digo en voz alta. ¿Y qué si ha llegado a Ámsterdam sin problemas? Holanda no es Inglaterra, le va a resultar muy difícil entrar aquí. Así que puede hacer lo que le venga en gana allí, siempre que esté en un país diferente al mío y al de mi hija.

Consciente de que tengo que irme ya de casa o, de lo contrario, llegaré tarde al trabajo, cierro el portátil con la esperanza de que todo lo que se me va ocurriendo sobre Harvey desaparezca de mi mente tan rápido como lo han hecho los artículos que he leído en Internet. Pero no es exactamente así; incluso después de haber empezado mi turno en el supermercado, me descubro a mí misma pensando en ese hombre y en lo que podría estar tramando. Y es que, desde que maté a su hijo para salvar a Ellie, me ronda una idea que no puedo quitarme de la cabeza, algo que me golpea de forma muy potente.

Si alguien matara a mi hija, ¿sería capaz de dejar que esa persona no sufriera ninguna consecuencia por haberlo hecho?

Siempre he querido pensar que sí, que sería capaz, dadas las circunstancias que rodearon la muerte de Daryl. Era un hombre muy

violento, así que seguramente su padre sea capaz de entender por qué lo maté. Pero, si yo hubiera engendrado a un monstruo, al mismísimo diablo, incluso en esa situación, ¿podría llegar a perdonar a la persona que lo mató? ¿O me quedaría un vacío dolorosísimo que, al final, comprendería que solo podría compensar con la venganza?

Una cosa es segura: ahora ya no estoy tan preocupada por lo de Kyle. Pero tampoco puedo olvidarme de él, por eso le dicho a Ellie que venga a verme después del trabajo.

Seguimos teniendo que hablar sobre su marido.

No puedo distraerme con el último problema que ha surgido.

He de asegurarme de que no existe una amenaza nueva en su vida.

CAPÍTULO 16

DAWN

Llevaba menos de una hora trabajando en el supermercado cuando se me cayó por accidente el primer bote y vi cómo se hacía añicos al chocar con el suelo. Al cabo de una hora se me cayó un segundo tarro, y hora y media después me las apañé para tirar una caja entera de botellas de vino tinto, causando un lío considerable en el pasillo siete del súper, que tardó mucho tiempo en volver a estar limpio. Vaya éxito reponiendo las estanterías. Provoqué un caos tremendo entre los clientes que paseaban por el pasillo con sus carritos, en vez de ayudarlos. Probablemente esa fue la razón por la que, tras algo más de dos horas de pura ineficiencia, me ordenaron que acudiera al despacho de mi jefa, que me preguntó si iba todo bien.

Intenté fingir que sí, explicándole que no iba a seguir cometiendo los mismos errores durante el resto de mi jornada laboral, pero mi jefa se dio cuenta de que no estaba diciéndole la verdad, principalmente porque siempre se me ha dado fatal mentir. Puede que sea positivo que mienta tan mal; al fin y al cabo, ¿quién quiere tener fama de ser buen mentiroso? Aunque ese hecho no me ayudó precisamente a que mi jefa cambiara de opinión después de decirme que me fuera a casa, porque estaba claro que no me encontraba en condiciones para cumplir con mis obligaciones en el supermercado.

Al principio entré en pánico porque pensé que corría el riesgo de

perder mi trabajo, pero me aseguró que mandarme a casa no suponía más que un gesto de cortesía hacia una empleada leal y normalmente muy eficaz. «Vete a casa, descansa un poco y vuelve mañana cuando te sientas mejor», esa fue la orden que me dio mi jefa, y yo la acaté, aunque hasta que no salí del trabajo no me di cuenta de lo distraída que había estado durante mi turno.

En lugar de concentrarme en las tareas que tenía que llevar a cabo, había estado todo el tiempo consumida por las preocupaciones relacionadas con Harvey y Kyle, por lo que cualquiera de los dos pudiera traerse entre manos. Cada vez que intentaba olvidarme de uno de ellos, el otro aparecía en mis pensamientos y, casi sin darme cuenta, quedaba atrapada en un círculo vicioso en el que se me ocurrían todo tipo de cosas paranoicas sobre ambos hombres. Por ejemplo, me imaginaba que Kyle era un manipulador mentiroso que había engañado a mi hija para que se casara con él. Y no por amor, sino por alguna otra razón desconocida. Además, pensaba en que el nombre de mujer que vi en aquel sobre era en realidad el de una amante secreta. O también me imaginé a Harvey encontrando la forma de entrar en Inglaterra, sabe Dios cómo, y viniendo a visitarnos a mí o a mi hija, a decirnos que lo que estaba a punto de hacer era por vengar a Daryl y, después, atacarnos a una de las dos, o a ambas, haciéndome sentir el mismo dolor que él siente por haber perdido a su hijo.

Ni que decir tiene que mi jefa estaba en lo cierto. Detectó que algo no iba demasiado bien, y menos mal que me fui del trabajo antes de que se me cayeran más cosas al suelo.

Tendré que disculparme con el limpiador cuando lo vea mañana, porque la verdad es que le he dado un montón de trabajo con todas las torpezas que he cometido durante mi turno de hoy. También tendré que pedirle perdón a mi jefa. Pero, en fin, ese problema pertenece al día de mañana; hoy tengo otros asuntos de los que

preocuparme. Aunque no puedo hacer demasiado en relación con Harvey más allá de preguntarme qué estará tramando, sí que puedo encargarme del tema de Kyle; tengo muchas ganas de hablar con Ellie cuando venga luego a verme.

Sin embargo, mientras conduzco de vuelta a casa, me pregunto si será una buena idea intentar descubrir más pruebas que demuestren que Kyle ha estado mintiendo. Así, se me ocurre ir a la inmobiliaria que aparentemente es propietaria del inmueble que él llama suyo para preguntarles por su inquilino. Sin embargo, me asusta la idea de que algún trabajador pueda llamar a Kyle después de mi visita, porque en ese caso se enteraría de que sospecho de él. Necesito pensar en otra cosa.

Justo entonces, se me ocurre algo.

En lugar de irme a casa a descansar como le dije a mi jefa que haría, decido ir a casa de Ellie. Sé que está trabajando, y Kyle también; la ausencia de coches en la entrada de la casa me confirma que en estos momentos no hay nadie en ella. Pero no es a ellos a quienes he venido a ver.

Quiero hablar con algún vecino.

Al acercarme a una de las casas que hay al lado de donde vive mi hija actualmente con su nuevo marido, llamo a la puerta de entrada, esperando que haya alguien. Mientras espero para descubrirlo, echo un vistazo al exterior de la propiedad y pienso que es tan bonita como las demás casas de esta calle. Es un barrio precioso, no me sorprende en absoluto que Kyle quisiera vivir aquí. Pero ¿por qué mentir y decir que es el dueño de la casa si, en realidad, está de alquiler? ¿Y por qué mentir también en relación con esa mujer?

La puerta de entrada se abre de repente y me encuentro con una mujer mayor, baja y de rostro amable, con unos ojos que me examinan a través de unas gafas redondas.

—¿Hola? —me saluda, algo nerviosa, como si no estuviera muy

segura de si le acaba de abrir la puerta sin querer a una vendedora de la que no va a poder deshacerse con facilidad.

Pero enseguida le aseguro que no he venido a venderle nada, sino solo en calidad de familiar de una de sus vecinas.

—Hola, soy la madre de Ellie —saludo, esbozando una gran sonrisa —. Ya sabe, Ellie, la que vive justo al lado.

—¡Ah, sí! —exclama la mujer, con una sonrisa igual de grande que la mía—. Encantada de conocerla. ¿Va todo bien?

—Sí, claro que sí, gracias por preguntar. Es que he estado en su casa ayudando a ordenar algunas cosas, y he encontrado una carta para una mujer con el nombre de Julia Beaumont. No sé si quizá se han equivocado de casa y será una vecina de este barrio. ¿Conoce a alguien con ese nombre?

—No, lo siento —responde la mujer—. No hay nadie en esta calle que se llame así.

—Ya veo. Quizá fuera la mujer que vivía en la casa antes de que Kyle la comprara —continúo, pero de nuevo la mujer tiene una respuesta clara que ofrecerme.

—No, la anterior ocupante no se llamaba Julia —me dice la mujer.

—¿Está segura?

—Sí, por supuesto. Llevo unos cincuenta años viviendo aquí, desde que se construyeron estas casas, y podría nombrarle a casi todas las personas que han vivido en esta calle. Nunca ha habido una Julia.

—Ah, entiendo —digo, fingiendo parecer desconcertada a la vez que decidida, sabiendo ya que Kyle me mintió.

—Deben haberla mandado a una dirección equivocada —dice la mujer, y yo le doy la razón.

—Una cosa más —añado, antes de dejar que esta vecina tan amable continúe con sus cosas—. ¿Le gusta tener a Kyle como vecino? Sospecho que sí, ¿no? Es un hombre encantador, ¿verdad?

—Es muy simpático —confirma la vecina—. Y muy guapo también.

La mujer me guiña un ojo al decirlo, y yo sonrío.

—Mucho más agradable que los últimos ocupantes de la casa —me dice la vecina.

—¿Quiénes eran?

—Una familia que hacía mucho ruido y no cuidaba el jardín. Muy frustrante. Me alegré mucho cuando Kyle se mudó hace unos meses.

—¿Hace unos meses nada más? —repito, confundida.

—Sí, así es. Se mudó, y luego Ellie se vino con él no mucho tiempo después. Pero eso ya lo sabe usted, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —respondo. Le doy las gracias a la mujer y me dispongo a marcharme. Mientras me alejo de su casa, pienso en que acabo de pillar a Kyle en otra mentira. Nos ha dicho tanto a mí como a Ellie que vive en esta casa desde hace un par de años.

¿Por qué más mentiras? ¿Qué nos está ocultando?

No me da tiempo a pensarlo demasiado porque, nada más volver a la calle, veo que el coche de Kyle viene directo hacia donde me encuentro.

Es imposible que alguno de los dos no vea al otro. Kyle aparca muy despacio en la entrada de la casa, se baja y pone cara de confusión ante mi presencia.

—Dawn, ¿va todo bien? —me pregunta.

—Eeeh, sí. ¿Y tú, estás bien? Deberías estar en el trabajo, ¿no?

—Sí, sí, claro. Es que..., bueno, me sentía un poco mal, así que me he venido temprano para casa. ¿Qué haces aquí?

—Mmm..., es que pasaba por aquí y, bueno, me he dicho, vamos a ver si hay alguien en casa. Pero claro, Ellie está trabajando, ¿no?

—Sí, claro. ¿Necesitas algo?

Estoy tentada de decir que no, volver al coche y largarme de aquí, pero, teniendo a Kyle enfrente, comprendo que es una buena oportunidad para que despeje todas las dudas que tengo sobre él. Debe existir alguna explicación lógica para sus mentiras, así que

vamos a ver de qué se trata.

—Pues mira, hay una cosa que quería preguntarte —le respondo.

Kyle no se emociona demasiado al oír eso, a juzgar por la cara que pone, aunque probablemente se deba a que tiene muchas ganas de entrar en su casa y no esperaba que su suegra estuviera merodeando por su calle cuando se disponía a hacerlo.

—Cuéntame.

—La verdad es que es una pregunta un poco personal. Espero que no te importe que te la haga... Quería saber, ¿cuánto te costó esta casa?

Kyle pone un gesto de extrañeza durante un instante.

—¿Por qué? ¿Quieres comprármela? —me pregunta con una sonrisa picarona.

—Ja, ja. No, hombre, es que tenía curiosidad. Estoy intentando hacerme una idea de los precios de las casas en ciertas zonas.

—¿Estás pensando en mudarte?

—Posiblemente. Algún día. Tal vez. Por eso, ¿cuánto cuesta más o menos comprar algo por aquí?

—Mmm... Bueno..., no recuerdo la cifra exacta ahora mismo, pero puedo buscarla y te cuento —dice Kyle, lo cual no me convence en absoluto.

¿Quién no se acuerda de cuánto le costó su casa?

—Vale, perfecto —le digo, sintiéndome todavía peor—. Supongo que los precios han cambiado mucho en los dos años que han pasado desde que la compraste. Porque fue hace dos años, ¿verdad?

—Así es —dice Kyle, insistiendo en sus mentiras—. Lo siento, como te he dicho, no me encuentro muy bien, creo que voy a entrar en casa y acostarme un rato. ¿Te importa que lo haga?

—No, no, claro, claro. Vete a descansar. Nos vemos pronto —le digo, tratando de mantener la sonrisa en la cara. Regreso a mi coche y, al subir en él, veo a Kyle entrando a la vez en la casa. Pero no es

su casa. Ahora ya lo sé.

Es, simplemente, un inquilino.

También es un mentiroso.

Miro el reloj y compruebo que solo faltan unas pocas horas para que Ellie termine de trabajar. Cuando salga, vendrá a verme a casa, le contaré todo lo que sé, y luego será ella quien decida qué hacer al respecto.

Arranco el coche y me pongo en marcha. Mientras comienzo a alejarme, echo un vistazo más a la casa al pasar frente a ella. Al hacerlo, veo a Kyle dentro de la vivienda. Está de pie junto a la ventana viéndome marchar. Pero no me saluda, y yo tampoco lo hago.

Tal vez sospeche que hay algo raro. Si es así, estaría en lo cierto.

Yo también sospecho algo.

Estoy teniendo un déjà vu sobre Ellie y las parejas que elige.

CAPÍTULO 17

HARVEY

Ámsterdam es una ciudad bonita, pero no es el lugar en el que me gustaría encontrarme ahora mismo. En vez de estar rodeado de todos esos canales y viendo a los habitantes de esta ciudad y a los turistas pedaleando en sus bicicletas, preferiría estar ya de camino a Inglaterra, donde residen Dawn y Ellie. Pero tampoco es que esté perdiendo el tiempo en esta ciudad preciosa, pues estoy haciendo lo que puedo para conseguir mi objetivo.

Como todo el mundo sabe, Ámsterdam tiene dos caras. Todo depende de lo que cada uno esté buscando. Al igual que en Las Vegas, cualquier persona puede encontrar lo que desea si busca en los lugares adecuados. Desde que me bajé del avión, estoy a la caza de lo que deseo, y esa búsqueda me ha conducido hasta algunos lugares la mar de interesantes. Teniendo en cuenta que lo que quiero no es algo legal, pensé que la mejor manera de encontrarlo sería visitar lugares que pudieran frecuentar los delincuentes. Me refiero a bares de mala muerte y burdeles, tugurios clandestinos y ese tipo de locales en los que la clientela es tan deprimente como el clima en invierno en esta parte de Europa. Anoche, mientras me tomaba una copa en un bar lleno de mujeres medio desnudas y hombres llenos de tatuajes, le pregunté al camarero lo mismo que llevaba preguntando por toda la ciudad desde que llegué.

«Necesito encontrar la forma de llegar a Inglaterra. ¿Conoces a

alguien que pueda ayudarme».

La pregunta es bien sencilla y pensé que, mientras no se la hiciera a un secreta, terminaría por conseguir el objetivo que buscaba. Por supuesto, si al final resultaba que en efecto se lo estaba preguntando a un agente de policía encubierto, lo descubriría demasiado tarde. Pero estaba en mi mano reducir las posibilidades de terminar en las manos de las fuerzas del orden, observando bien a las personas a las que iba a preguntarles hasta estar seguro de que realmente eran quienes fingían ser.

Después de hacerle la pregunta al camarero, esperaba dos posibles respuestas. O me decía que no podía ayudarme, o me mandaba a paseo. Eso era lo que me habían respondido todas las personas a las que había preguntado hasta entonces. Pero esta vez obtuve algo más interesante.

Me dijo que quizá podría ayudarme y después me indicó que me dirigiera al pasillo que había al fondo del bar para hablar con el hombre que estaba en la oficina, situada en ese lugar. Iba nervioso por lo que pudiera esperarme, pero consciente de que ese era exactamente el tipo de situaciones complicadas por las que tendría que pasar para encontrar a una persona capaz de introducirme ilegalmente en el Reino Unido. Caminé por el pasillo y llamé a la puerta. Nada más abrirla, me metieron a toda prisa y me registraron. Un hombre corpulento con la cabeza rapada me examinó de arriba abajo, buscando cualquier dispositivo que sirviera para grabar o algún tipo de identificación. Cuando se cercioraron de que yo tampoco era un policía encubierto, me pidieron que confirmara lo que quería y, en cuanto lo oyeron, me dieron un precio.

Era asequible para mi bolsillo, y me sentí casi tan aliviado al saberlo como cuando salí de ese despacho sin haber sufrido ningún daño. Al abandonar el bar, le hice un pequeño gesto al camarero con la

cabeza a modo de agradecimiento. Había conseguido mi objetivo.

Me las había ingeniado para que alguien me llevara hasta Inglaterra con discreción y muy ilegalmente. Esperemos que con éxito.

Todo eso ocurrió anoche; hoy he cogido un autobús que me ha llevado desde Ámsterdam hasta un puerto justo al norte de Rotterdam, siempre viajando hacia el sur. Es ahí donde me dijeron que voy a quedar con las personas que me van a colar en una furgoneta que hará el viaje hasta Inglaterra en un ferri, cruzando el mar del Norte. Es muy arriesgado, pero, si sale bien, llegaré a la costa sureste del país, y entonces no estaré demasiado lejos de Suffolk, donde podré ver a las dos personas a las que quiero rendir visita.

Sentado en el autobús, he tenido mucho tiempo para pensar, sobre todo en el hecho de que la mujer con la que estuve sentado en el avión procedente de Estados Unidos se pusiera en contacto con el *Times* y les contara que ya había salido de la cárcel y me encontraba en Europa. Que una entrometida de manual como esa se haya inmiscuido en mis asuntos no me hace ningún bien, como tampoco me beneficia en nada que mi nombre aparezca en varios medios de comunicación, pero supongo que era inevitable. Sin embargo, sí que tengo curiosidad por saber si Dawn y Ellie han visto los artículos en la prensa. De ser así, deben estar preguntándose qué hago a este lado del Atlántico.

Pronto lo van a saber.

Tras bajarme del autobús y caminar desde la parada hasta mi destino, me encuentro en un aparcamiento medio abandonado a unos diez minutos del puerto. A lo lejos, puedo ver grandes buques que llegan al muelle, algunos de ellos cargando contenedores enormes. Parece un lugar muy concurrido, que seguro que cuenta con un personal de seguridad muy numeroso, así que espero que las personas con las que he quedado sepan lo que hacen.

Tras quince minutos esperando en el aparcamiento, comienzo a dudar de si estoy en el lugar correcto o, peor aún, de si la información que me han dado directamente es falsa y he estado perdiendo el tiempo. Pero justo en ese momento veo que una furgoneta blanca grande entra en el aparcamiento y se detiene delante de mí. El conductor se baja enseguida y me pregunta mi nombre. Cuando se lo doy, me pregunta si tengo el dinero.

—Sí —le digo. Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y saco el sobre con dinero en metálico, la cantidad exacta que me dijeron en Ámsterdam.

El conductor comprueba rápidamente que está bien, se lo guarda en la chaqueta y abre la parte de atrás de la furgoneta.

—Sube —me ordena. Está claro que se trata de un hombre de pocas palabras, pero aquí no hemos venido a hacer amigos, así que obedezco y me dirijo a la parte trasera de la furgoneta. Cuando miro hacia el interior, observo que hay varios frigoríficos, algunos de pie apoyados contra los laterales del vehículo y otros tumbados de lado.

—Deprisa —me dice el hombre, y me queda claro que tengo que subir y esconderme entre estos electrodomésticos.

Entro en la furgoneta y me siento sobre uno de los frigoríficos que están tumbados, pero el conductor me dice que eso no le vale y me ordena que me coloque atrás del todo, detrás de los frigoríficos. Le hago caso, suponiendo que ha hecho este tipo de cosas muchas veces en el pasado y que, si sigue haciéndolas a día de hoy, es porque nunca le ha ido mal. En este momento, me doy cuenta de que no soy la única persona a la que va a transportar hoy.

Veo una cara nerviosa que me mira desde detrás de la nevera que acabo de sobrepasar. Pertenece a un joven de veintipocos años, que parece muy tímido cuando me coloco junto a él. Estoy a punto de preguntarle quién es, pero veo que el conductor va a cerrar la puerta, así que prefiero hacerle una pregunta a él.

—¿Cómo funciona esto? ¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí dentro? —le pregunto.

Pero el conductor me ignora por completo y cierra de golpe las puertas traseras, sumiéndonos en una oscuridad total.

—Tú estate quieto y no digas nada —me dice una voz a mi lado, con acento de Europa del Este. Me imagino que no es la primera vez que mi compañero de aventuras de hoy viaja por estos medios.

Está tan oscuro que ni siquiera puedo verme una mano delante de mi cara, o sea que ya no hablemos de la cara que tengo a mi lado. No me queda otra pues que seguir su consejo y quedarme callado. De todas formas, cualquier intento de conversación que pudiéramos haber comenzado se habría ahogado casi de inmediato, porque el motor se vuelve a poner en marcha y la furgoneta empieza a moverse.

Hay un ruido de narices aquí dentro, todo sigue igual de oscuro, y ahora, además, vamos dando botes.

Alargo la mano para sujetarme contra el lateral de la nevera e intento estirar las piernas todo lo que puedo para ponerme tan cómodo como sea posible, teniendo en cuenta el largo viaje que me queda por delante. No tengo ni idea de cuánto tiempo tendré que estar aquí escondido porque el conductor no ha tenido la amabilidad de decírmelo, pero supongo que estas puertas tardarán bastante en abrirse para permitirme salir. Cuando lo hagan, espero que sea el conductor quien me haga señas para que me baje y no unos cuantos funcionarios de aduanas con caras de pocos amigos, pero eso está por verse.

Ya está.

Ya vamos de camino al puerto.

Próxima parada: Inglaterra.

O eso espero.

CAPÍTULO 18

DAWN

Después de haberme quedado un tanto descolocada tras mi última conversación con Kyle, en la que estuvo lejos de disipar ninguna de las dudas que he empezado a tener sobre él, me he pasado la tarde esperando impacientemente a que Ellie terminara de trabajar y viniera a verme, tal y como me prometió, para poder charlar con ella. En ese tiempo, he estado ensayando lo que quiero decirle porque no me gustaría cometer errores, equivocarme demasiado en las formas y que Ellie sienta que estoy exagerando las cosas o juzgando a su marido. Tan solo quiero exponerle lo que acabo de descubrir y dejarle claro que puede haber una explicación absolutamente lógica que lo aclare todo, pero que tiene que intentar encontrarla y que yo estoy encantada de ayudarla en lo que necesite. De hecho, me gustaría que me dijera que sí, que quiere que la ayude a preguntarle a Kyle sobre algunas de sus mentiras, porque eso implicaría que no estaría sola en el momento de hacerlo.

¿Quién sabe cómo reaccionará Kyle cuando le llame mentiroso? Podría entrar en pánico y atacarla. Aunque no dejo de repetirme una y otra vez que él no es Daryl. Muy pocas personas en el mundo tienen la cabeza como la tenía aquel peligroso americano, así que, pase lo que pase, estoy segura de que las cosas no van a ir tan mal como en el pasado.

¿Verdad que no?

Son ya las cinco, y sé que Ellie debe estar a punto de terminar de trabajar y salir de la oficina. Por mucho que yo la quiera, nunca ha sido precisamente de las que hacen horas extra ni de las que se dejan la piel en el trabajo. Ella prefiere limitarse a cumplir con sus obligaciones y volver a casa tan rápido como pueda, porque ahí la vida es más divertida. No puedo culparla por ello, y espero que hoy no sea diferente porque quiero que llegue a mi casa lo antes posible.

Entonces recibo un mensaje de mi hija.

> Lo siento, mamá. Había olvidado que me había comprometido a tomar algo para despedir a un compañero de trabajo. ¡Ahora no puedo echarme atrás! ¿Puedo pasarme por tu casa mañana?

Este mensaje de Ellie no es precisamente lo que yo quería leer. Aunque parece que se ha apuntado a dos planes a la vez sin darse cuenta, lo que tengo que decirle es mucho más importante que tomarse algo para despedir a un compañero del trabajo. Por eso intento llamarla, pero, para mi disgusto, no contesta.

> Ellie, lo siento, pero la verdad es que tengo que hablar contigo. ¿Puedes escaparte? ¿O venir a mi casa cuando acabes?

Le envío ese mensaje, pero no recibo respuesta alguna. Puede que el teléfono de mi hija haya vuelto a su bolso y que ya esté en un bar cercano a su oficina tomándose su primera copa con sus amigos del trabajo. Quizá podría tratar de encontrarla y hablar con ella allá donde esté. ¿Sería demasiado exagerado por mi parte presentarme allí y decirle lo que tengo que decirle delante de la gente con la que trabaja? Sin duda, le estropearía la tarde, y dudo mucho que no se enfadara conmigo, aunque lo que tengo que contarle sea tan importante. Pero ¿qué alternativa tengo? ¿Quedarme aquí sin hacer nada?

Decido coger el abrigo y salir a dar un paseo, diciéndome a mí

misma que solo voy a respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, soy muy consciente de que soy muy capaz de encontrarme de repente en dirección hacia el corazón de la ciudad, donde sé que están algunos de los *pubs* que frecuenta Ellie, cerca de su trabajo. Si por casualidad me encuentro con mi hija, pues oye, qué se le va a hacer.

Pero, justo cuando me dispongo a salir de casa, abro la puerta y veo un coche aparcando junto a la entrada. Es Maggie. Aunque esta visita de mi amiga es inesperada, me alegro de verla. Ojalá, no obstante, se hubiera presentado aquí en un momento un poco mejor.

—¡Hola! No ibas a salir de casa, ¿verdad? —pregunta Maggie al verme en la puerta con el abrigo puesto.

—Eh... Pues la verdad es que sí.

—¿A dónde vas? ¿A algún sitio interesante?

—Mmm... —digo, dudando un poco; no quiero contarle que estoy a punto de ir en busca de mi hija para joderle la tarde porque me preocupan las mentiras de su marido.

—¡Un momento! ¿Tienes una cita? —me pregunta Maggie, a la que se le ilumina la cara de pura emoción.

Pero le corto el rollo enseguida.

—¿Una cita? ¡Ni de coña! —respondo, pensando en que todavía no sabe nada de mi noche desastrosa con John, puesto que aún no se lo he contado a nadie.

—Bueno, tal vez esté en mi mano que eso cambie —dice Maggie sin que yo lo viera venir—. Hay un tipo en mi oficina que creo que podría ser perfecto para ti. Se llama Chris; está divorciado, aunque él no tuvo mucha culpa de eso. Quiere volver a intentar salir con alguien y, lo mejor de todo, ¡es guapo a rabiar! ¿Qué me dices?

Estoy tentada de responder que no estoy segura, porque mi primer instinto es evitar más citas durante un tiempo. Pero luego pienso

que no hay nada de malo en decir que sí, sobre todo si mi amiga piensa de forma tan rotunda que ese tipo es perfecto para mí.

—¿Conoce mi pasado? —le pregunto a Maggie

Ella me sorprende diciendo que sí y admite que se cotilleaba un poco sobre aquello en su trabajo en la época en la que ocurrió. Pero siempre con cariño, eso sí.

Le pongo una cara a Maggie que viene a significar «ya, claro»; pero bueno, el hecho de que Chris sepa de antemano quién soy y qué fui capaz de hacer, y aun así quiera salir conmigo, suena prometedor. Así que, sin más, Maggie se compromete a concertar una cita.

—Te dejo ya entonces, que te he pillado ocupada —dice Maggie, volviendo a su coche.

Justo antes de que se vaya, le suelto algo de repente.

—El marido de Ellie está mintiendo —comento con desánimo.

—¿Qué? —Maggie parece confundida—. ¿Sobre qué?

—Sobre todo tipo de cosas.

—¿Le está poniendo los cuernos?

—No. O, al menos, eso creo.

—¿Qué ha dicho Ellie al respecto?

—Aún no lo sabe. Voy a intentar contárselo cuando la vea.

—¿Contarle qué?

—¡Que Kyle es un mentiroso!

Espero que Maggie se ponga de mi parte, pero frunce un poco el ceño.

—¿Qué pasa? —le pregunto, nerviosa.

—¿Kyle? ¿El Kyle maravilloso cuya boda acabo de presenciar en Turquía? —pregunta Maggie—. ¿Estás segura?

—Sí, ya sé que parece perfecto, yo también pensaba que lo era, pero lo he pillado mintiendo sobre algunas cosas, y Ellie tiene que enterarse.

—¿Sobre qué cosas? ¿Algo importante?

—La casa no es suya. Está de alquiler.

—Vale... —reflexiona Maggie—. Es un tema importante, pero tampoco es el fin del mundo. ¿Qué más?

—Me mintió sobre algo relacionado con el nombre de una mujer que aparecía en una carta que le llegó a su casa.

—¿El nombre de una mujer en una carta?

Maggie me mira ahora como si estuviera montando un drama exagerado, cosa que me extraña, porque pensaba que me apoyaría. Acto seguido, se explica.

—A ver, yo entiendo que lo que pasó con Daryl te marcó para siempre, pero no puedes desconfiar de todas las parejas de Ellie —me dice—. Todos no van a ser asesinos en serie.

—Sí, eso ya lo sé, muchas gracias —respondo con sarcasmo—. No te estoy diciendo que sea un asesino en serie. Solo he dicho que le ha estado mintiendo sobre algunas cosas.

—Cosas sin demasiada importancia.

—¡No debería mentirle en nada!

—Ya, supongo que no —asiente Maggie—. Pero ten cuidado.

—¿Cuidado con qué?

—Mira, ya sabes que Ellie es muy frágil —me recuerda Maggie—. A ti te ha costado muchísimo confiar en cualquiera de sus parejas desde lo de Daryl, pero imagínate lo que ha debido ser para ella. Tiene que haberle resultado un millón de veces más duro que a ti. Así que imagina cómo de fuerte ha tenido que ser tu hija para enamorarse de Kyle y casarse con él con todas esas angustias del pasado revoloteando en su cabeza. Es una mujer muy fuerte y valiente. Además, por lo que he podido ver recientemente, las cosas le van cada vez mejor.

—¿A dónde quieres llegar?

—Lo que quiero decir es que debes tener mucho cuidado antes de

hablar con ella y darle motivos para que, otra vez, deje de confiar —dice Maggie, con una empatía más que evidente—. Asegúrate al cien por cien de que Kyle está metido en algo chungo o no interfieras, porque si lo haces y resulta que al final la cosa no era tan grave, corres el riesgo de perder a Ellie. O incluso peor que eso: te arriesgas a que tu hija retroceda en el tiempo y deje de ser la adulta feliz en la que se ha convertido para volver a convertirse en tu niña pequeña, sola y asustada.

—Lo único que pretendo es ser una buena madre —digo, dando por hecho que eso es algo muy obvio.

Maggie asiente para que me quede claro que lo entiende, aunque me sigue recomendando que vaya con cuidado.

—Si crees que hay algo raro, confía en tu intuición —me dice mi amiga—. La última vez no te falló, así que quizá vuelvas a tener razón. Pero, si Kyle está mintiendo, debe haber alguna razón que lo explique, y si de verdad quieres averiguarla, hacer que Ellie se enfrente a él podría no ser la mejor manera de conseguirlo.

—¿A qué te refieres?

—Podría negarlo sin más. Cerrarse en banda. Y, en ese caso, jamás te enterarás. Lo que quiero decirte es que, si quieres conocer toda la verdad en relación con Kyle, céntrate en él, no en tu hija. Entonces, sabrás si de verdad hay algo de lo que tengas que preocuparte o no.

CAPÍTULO 19

DAWN

Los consejos que me ofreció mi amiga Maggie han resonado en mi cabeza durante toda la noche, en especial cuando Ellie me llamó por teléfono al terminar de tomarse esas copas con sus amigos del trabajo. Quería saber qué tenía que decirle que fuera tan importante, y esa era sin duda la ocasión perfecta para que le transmitiera la información que conocía: que Kyle estaba mintiendo sobre la casa y también, de alguna forma, en relación con una mujer llamada Julia Beaumont. Pero no lo hice porque, como me aconsejó Maggie, lanzar una granada de mano como esa contra el matrimonio de mi hija cuando ni siquiera yo misma estoy completamente segura de todos los hechos podría no constituir la mejor forma de afrontar la situación.

Por eso le dije a mi hija que daba igual, e hice lo que pude para cambiar de tema rápido, preguntándole qué tal había ido la tarde-noche. Me contó que se lo había pasado muy bien, admitió que estaba un poco achispada y terminó añadiendo que se moría de ganas de llegar a casa para ver a Kyle. Me mordí el labio con nerviosismo al escuchar eso, feliz porque mi hija estuviera tan contenta, pero también consciente de que estaba en mi mano cambiar su estado a poco que le contara. Decidí callarme, dejando que Ellie siguiera en su burbuja de felicidad. Aunque eso no significa que me esté desentendiendo del asunto e ignorando las mentiras de

Kyle. No, pienso investigar más.

Maggie me sugirió que, por el momento, me centrara en él y no en mi hija, y eso es lo que pretendo hacer.

Por eso he decidido que voy a seguirlo esta mañana.

En estos momentos, me encuentro sentada en mi coche, aparcada al final de la calle de Ellie y Kyle, esperando a que salgan de casa para comenzar su jornada. Hoy ya he llamado al trabajo para decir que estoy enferma, utilizando el «incidente» de ayer para conseguir que mi excusa sea del todo creíble. Les he dicho que necesito otras veinticuatro horas para poder volver a trabajar con normalidad. Pero, en lugar de quedarme en casa descansando con una bolsa de agua caliente y algunas medicinas, me dispongo a seguir a Kyle y ver si puedo pillarle en más mentiras. Necesito saber si ya las conozco o si, por el contrario, ha estado tejiendo toda una red de engaños desde que conoció a mi hija.

Acaban de dar las ocho de la mañana, y sé que Ellie suele irse a trabajar a esta hora. Kyle suele salir antes que ella, así que aquí estoy, esperándolo para poder empezar a seguirlo, pero, de momento, ninguno de los dos ha salido de casa. ¿Irá todo bien? «*Sí, no te pongas histérica*», me digo a mí misma. Luego pienso que es posible que Ellie esté con resaca después de las copas de anoche y, si es así, quizá no vaya a trabajar hoy. ¿Se quedará Kyle en casa con ella? Si lo hace, no voy a poder seguirlo hoy. Pero, un poco después, veo que se abre la puerta de la casa y que Kyle sale con paso decidido, vestido de forma elegante, con camisa blanca, pantalones azul marino y corbata oscura. Está claro que se dispone a ir al trabajo, y Ellie también, porque sale justo detrás de él.

Observo cómo la pareja sube al coche de él, el único que tenían disponible porque el de Ellie no está aquí. Supongo que estará aparcado cerca de la oficina, donde lo dejaría ayer. Como luego se fue desde allí a tomar unas copas, seguramente cogería un taxi para

regresar a casa. Esa es mi chica. Sensata.

Una vez están ambos dentro del coche, Kyle da marcha atrás y comienza a conducir por la calle en dirección contraria al lugar en el que yo me encuentro. Me pongo a seguirlos rápidamente, manteniendo una distancia prudente para que no puedan verme, pero también asegurándome de no perderlos de vista. Llegamos a una de las principales arterias de la ciudad y nos adentramos en el tráfico denso, rodeados de gente que se dirige a sus trabajos.

Enseguida comprendo que nos dirigimos hacia la oficina de Ellie; es un detalle que Kyle deje a su mujer en su trabajo antes de irse al suyo. Me pregunto de qué irán hablando por el camino. Quizá estén discutiendo qué cenar esta noche o tal vez sobre qué serie de televisión empezar a ver en los próximos días. Espero que hablen de cosas de ese tipo, sencillas y divertidas, y no de algo demasiado serio. Aunque puede que pronto deban tener una conversación bien seria, dependiendo de lo que descubra hoy sobre Kyle. Cuando lo veo despedirse de Ellie después de que ella haya salido de su coche, pienso que estoy a punto de averiguarlo.

Cuando mi hija entra en su oficina y yo me pongo de nuevo en marcha siguiendo a su marido, me siento un tanto avergonzada por estar haciendo algo así. Pero, en fin, estoy siguiendo mi intuición, y como me dijo Maggie, la voz de la sabiduría: mi intuición no me falló la última vez, así que puede que tampoco me esté fallando ahora.

Mientras voy detrás del coche de Kyle, no dejo de preguntarme qué voy a hacer si veo que simplemente se va a trabajar. ¿Me quedo todo el día sentada en el coche esperando a ver si hace algo más? ¿O me doy por vencida y acepto que, solo porque haya mentido sobre algunas cosas, no es un tipo retorcido que se pasa la vida engañando a todo el mundo? Supongo que lo decidiré cuando vea a dónde va Kyle.

El tráfico es cada vez más denso, ya que cada vez hay más

vehículos atascados en las carreteras, todos apresurados por llegar a su destino antes de que den las nueve. Pero, curiosamente, Kyle no parece tener mucha prisa. Conduce respetando todos los límites de velocidad, no pisa el acelerador para pasar los semáforos que se encuentra en ámbar antes de que se pongan en rojo, y tampoco parece molestarle en absoluto estar metido en un atasco. De hecho, lo veo dar golpecitos sobre el volante, y hay incluso un momento en el que creo está cantando la canción que debe sonar en su radio.

Parece bastante contento, pero eso contrasta un poco con la imagen que da en su casa, porque siempre que estoy allí está colgado al teléfono, resolviendo algún asunto y diciéndole a Ellie que tiene un montón de trabajo. Si tan ocupado está, debería mostrarse más impaciente por llegar a su destino.

Finalmente, tras otros diez minutos avanzando poco a poco entre tanto coche, veo que Kyle indica con el intermitente que va a girar a la izquierda. Lo imito, y veo que aparca delante de lo que parece un restaurante chino que vende comida para llevar, aunque a estas horas no está abierto, cosa que resulta obvia porque tiene las persianas metálicas bajadas. Sin embargo, cuando Kyle sale del coche, resulta obvio que no se dirige al local, sino a la puerta que está justo al lado. Llama y se queda esperando a que le abran.

¿Qué será este lugar? Sigo sentada en mi coche, mirando a través del parabrisas a algo a menos de veinte metros de distancia de donde espera el marido de mi hija. De repente, veo que se abre la puerta y aparece una mujer que sonríe nada más ver a Kyle. Él le devuelve la sonrisa, pero eso no es todo lo que ocurre.

Veo cómo la mujer lo agarra de la corbata y tira de él hacia dentro. Justo antes de que se cierre la puerta, también veo cómo se besan.

Siento que la rabia me hierve por dentro. Se me ocurre la idea bastante idiota de pisar a fondo el acelerador y embestir esa puerta con mi coche, lo que sin duda provocaría que las dos personas que

están al otro lado de la misma se llevaran un buen susto. Pero no lo hago, claro; sería algo estúpido y extremadamente peligroso. Mi única reacción es estrujar el volante con las dos manos en un gesto de ira y tratar de procesar el hecho de que mi hija está casada con un infiel de manual.

Kyle tiene otra mujer.

Es mentira, tras mentira, tras mentira.

Está muy claro que no es el hombre que ni Ellie ni yo pensábamos que era.

Ya no hay duda.

Mi intuición era correcta.

Esta relación tiene que terminar.

Estoy tristísima por mi hija recién casada. Pienso en el efecto que un divorcio tendrá en ella, así como en que va a ser imposible que vuelva a confiar en un hombre alguna vez en su vida. Daryl intentó matarla y ahora Kyle está teniendo una aventura. Está gafada en todo lo que tiene que ver con el amor, parece destinada a que sus relaciones no funcionen. No tengo ni idea de los motivos por los que le ocurre, pero sí sé que no se merece nada de eso.

La rabia que me invadió no cesa, así que pienso en llamar a Ellie de inmediato y contarle lo que acabo de ver. Un instante después, me parece que quizá sería mejor idea esperar a que Kyle vuelva a aparecer por la puerta, para así hacerle una foto o grabar un vídeo durante su cita con esa mujer, que no tengo ni idea de quién será. Sería una prueba muy concreta que mostrarle a Ellie; tal vez eso es justo lo que necesito, porque sería terrible que Kyle empezara a dar excusas y se saliera con la suya. Tiene mucha labia, porque además es fácil quedarse anonadada mientras habla gracias a su atractivo, pero no voy a permitir que se libre de esta tan fácilmente. Así que decido preparar mi teléfono, dispuesta a grabarlo en cuanto salga por esa puerta.

Durante más de una hora, me mantengo en posición en el coche, con la cámara del móvil preparada y sin quitar los ojos de la puerta en ningún momento, porque no quiero perderme su reaparición. Cuando la puerta vuelve a abrirse, veo salir al hombre al que he acogido en mi familia, que se vuelve a ajustar la corbata mientras sale, lo que sugiere que se ha debido quitar la ropa en el tiempo que ha pasado dentro. Ese hecho me pone mala, pero mantengo como puedo la compostura para comenzar a grabar lo que sea que vaya a ocurrir a continuación. Enseguida me siento muy satisfecha de haberlo hecho, porque antes de que Kyle vuelva su coche, la mujer misteriosa estira los brazos para agarrarlo, lo empuja hacia sí y ambos se dan un beso largo e intenso.

¡Te cacé, maldito cabrón infiel!

Kyle se separa de su amante y regresa a su vehículo, y yo me aseguro de que el vídeo se ha guardado en mi teléfono. Comienzo a pensar qué hacer con él. Obviamente, Ellie tiene que verlo cuanto antes, pero sería demasiado cruel enviárselo por teléfono en un mensaje. Tengo que enseñárselo en persona para poder consolarla justo después de que lo vea. Supongo entonces que voy a ir a su oficina. Cuando llegue allí, pediré que mi hija salga para hablar conmigo. Luego, tristemente, tendré una conversación muy dura con ella. Durante la misma, su matrimonio, en apariencia perfecto, se desplomará en un segundo.

Veo a Kyle alejarse, y me pregunto a dónde se dirigirá a continuación. Dudo si de verdad tendrá un trabajo tan exigente como el que finge tener. ¿Trabajará siquiera o en realidad lo que hace es venir aquí todos los días mientras Ellie piensa que está ganando dinero para los dos? ¿Cómo paga lo que tiene? ¿Qué extraña clase de doble vida está viviendo?

No lo sé, pero, antes de arrancar yo también mi coche, estoy tan consumida por la ira que decido darle el primer golpe a la farsa que

tan cuidadosamente ha construido este hombre. Me juego lo que sea a que la mujer a la que acaba de visitar tampoco tiene ni idea de la clase de hombre que es. Seguro que no sabe que está casado y que ha dejado a otra mujer en su trabajo antes de ir a visitarla a ella. O puede que sí que lo sepa y que le dé igual que Kyle esté engañando a mi hija, en cuyo caso creo que tengo que decirle unas cuantas cosas.

Me dirijo hacia la puerta del edificio, resuelta a averiguar si la mujer que está dentro merece mi simpatía o mi ira. Llamo y espero impaciente una respuesta. Cuando la puerta se abre, veo a la mujer que acaba de plantar sus labios sobre los de mi yerno, que pone un gesto de extrañeza al verme en el umbral.

—Hola... ¿Puedo ayudarla en algo? —me pregunta.

—Tal vez sí —respondo, pero, antes de que pueda decir nada más, llega un cartero para dejar una carta en esta dirección.

—Buenos días —saluda el educado mensajero, rebuscando en la bolsa que lleva colgada del hombro. Acto seguido, saca una carta y se la entrega a la mujer que acaba de abrir la puerta. Mientras se la da, veo el nombre escrito en el anverso.

Julia Beaumont.

Así que esta es esa mujer.

—Lo siento, ¿en qué puedo ayudarla? —me pregunta Julia de nuevo, y yo le suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¡Dile a ese hombre mentiroso que se aleje de mi hija!

Luego me voy tan rápido como puedo hacia mi coche, dispuesta a salir a toda velocidad en dirección a la oficina de Ellie.

CAPÍTULO 20

ELLIE

Una de las ventajas de tener un trabajo no demasiado exigente es que puedo perder mucho el tiempo navegando por Internet cuando mi jefe no está atento. Eso es lo que he hecho durante gran parte de la primera hora de mi jornada de hoy, aunque sé que no debería haberme dedicado a eso, porque no es que precisamente esté leyendo sobre algo que me haga algún bien.

Mientras algunos de los compañeros de trabajo que me rodean —igual de vagos que yo— se están entreteniendo con cosas como los resultados del fútbol de anoche o los cotilleos de los famosos de Hollywood, yo estoy empleando el tiempo en leer noticias sobre Harvey, que describen que se encuentra en Holanda. Sigo muy preocupada por el hecho de que lo vieran volar a Europa nada más salir de la cárcel. A pesar de que mi madre me dijo que no le diera más vueltas, es más fácil decirlo que hacerlo.

Está tramando algo, estoy segura.

La pregunta es: ¿de qué se tratará?

La alianza que tengo en el dedo debería recordarme, en caso de necesitarlo, que he progresado bastante en la vida desde que ocurrió lo de Daryl. Me digo a mí misma que debo centrarme en Kyle y no en el padre de mi exnovio, ya fallecido. Pero soy muy consciente de que no voy a poder tranquilizarme hasta que encuentre una noticia que explique que Harvey ha vuelto a Los

Ángeles. En ese caso, sabré que existe de nuevo una gran distancia entre nosotras y él, y eso significará que es menos probable que venga a por mí o a por mi madre. Por desgracia, todavía no encuentro en Internet nada que se parezca a eso, así que es lógico pensar que Harvey sigue en Ámsterdam o en algún lugar cercano. Pero podría estar desplazándose de nuevo, aunque no existan noticias que hablen de eso.

¿Estará viniendo hacia Inglaterra? ¿Estará ya aquí?

¿Qué estará haciendo?

El sonido del teléfono de mi mesa impide que siga perdiendo el tiempo de mi jornada laboral dándole vueltas a esa pregunta. Cambio el chip y me centro en el trabajo.

—¿Sí? —contesto, preparándome para tener que hacer algo aburrido y servil cuando averigüe cuál de mis compañeros acaba de llamarme para pedirme algo.

—Hola, Ellie. Soy Meg, de recepción. Ha venido alguien a verte. ¿Puedes bajar un momento? —dice la voz alegre al otro lado del teléfono.

—¡Oh! Sí, claro —respondo, cerrando con rapidez todas las páginas que tengo abiertas en la pantalla de mi ordenador para que mi jefe no las vea cuando pase por delante de mi mesa mientras no estoy aquí—. ¡Voy para allá!

Me gusta mucho tener esta oportunidad de estirar un poco las piernas y pasar algo de tiempo lejos de mi escritorio. Normalmente, tengo que ir a la cocina a prepararme un café o al baño para hacer una pausa de cinco minutos. Mientras bajo las escaleras, me doy cuenta de que no le he preguntado a Megan quién quería verme.

Dudo mucho que se trate de alguien interesante. Probablemente sea un repartidor que ha venido a dejarme un paquete. Más papeleo que gestionar. Qué ilusión.

Pero, cuando llego a la recepción, compruebo que es alguien que

para nada esperaba.

—¡Kyle! ¿Qué haces aquí? —le pregunto a mi marido—. ¿Va todo bien?

—Eh... La verdad es que no. ¿Podemos hablar fuera? —me pregunta Kyle. Se nota que está muy nervioso, así que accedo sin dudar.

Le sonrío a Megan para aparentar que todo va bien y sigo a mi marido hacia el exterior.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no estás trabajando? —le pregunto, y Kyle agita la cabeza de lado a lado con negatividad.

—Tengo un problema —admite—. Es aquello de lo que te hablé, ¿lo recuerdas?

—¿Ese cliente que no ha pagado lo que debe?

—Sí. Todo se ha ido a la mierda. ¡No tengo forma de mantener el negocio a flote!

—¿Qué?

—Necesito cien mil libras en las próximas veinticuatro horas o se acabó todo —grita Kyle—. Lo pierdo todo. Me he matado a trabajar, y no habrá servido para nada. No sé qué hacer.

Es horrible ver a mi hombre, normalmente tan seguro de sí mismo, con la cabeza entre las manos y así de angustiado. En un momento así, haría cualquier cosa por ayudarlo.

—Puedo darte el dinero que me dejó mi padre —sugiero—. No es mucho, pero lo dejó para una emergencia en la que lo necesitara. Esta situación lo requiere, así que puedo tirar de él.

—Gracias, sería un comienzo. Pero no llega ni por asomo. Necesito mucho más que eso.

Podría considerarse un gesto despectivo que Kyle desprecie las cinco mil libras que mi padre ahorró y me dejó tras su muerte, pero sé que lo ha hecho porque se encuentra en una situación desesperada.

—Entonces, ¿por qué no pedir un préstamo? —sugiero.

—Ya te dije que no puedo pedirlo a mi nombre por mi puntuación de crédito.

—En ese caso, ¿por qué no lo pido yo a mi nombre?

Kyle se queda quieto, mirándome fijamente tras la sugerencia que acabo de hacerle. Yo hago un gesto de reafirmación asintiendo con la cabeza, demostrándole que se lo he dicho en serio.

—Yo pido el préstamo, y tú puedes usar el dinero para salvar el negocio. Podrás devolverlo cuando el cliente pague, y todo se arreglará, ¿verdad?

—No, Ellie, es demasiado dinero. No puedo pedirte que hagas algo así por mí.

—No me lo has pedido tú. Lo he decidido yo —digo. Me siento nerviosa porque estamos hablando de una gran cantidad de dinero, pero también contenta porque veo que mi idea podría resolver el problema de mi marido—. Yo sí tengo una buena puntuación para recibir un crédito. Tengo un buen trabajo y algunos ahorros. A mí sí me van a dar un préstamo —aseguro—. Podría ir al banco de inmediato para hacerlo, si consigo salir un rato del trabajo.

Kyle me mira como si fuera la mejor esposa del mundo, que es justo lo que pretendo ser. Le devuelvo la sonrisa y le repito que no hay problema.

—Vaya, ¡eres increíble! —exclama Kyle, emocionado porque me haya ofrecido a ayudarlo de esta forma—. Pero solo si estás segura, ¿vale? Y no te preocupes, que podremos devolverlo todo, intereses incluidos. No te vas a quedar sin dinero, te lo juro.

—Oye, que somos un equipo —le recuerdo—. No se trata de quién le debe a quién; se trata de que los dos trabajemos juntos para que todo vaya bien. ¿De acuerdo?

Kyle asiente, y le doy un abrazo porque me parece que lo necesita mucho. Nunca lo había visto tan estresado como hoy, pero ya tiene

mucho mejor aspecto, aunque aún nos queda un largo camino por recorrer.

—Podría ir al banco en mi descanso para el almuerzo —le sugiero. Kyle comprueba algo en el teléfono, y luego me dice que sí, que eso estará bien.

—Muchísimas gracias —dice, antes de darme otro abrazo.

Yo lo animo a que deje de estar tan preocupado y a que se centre en conseguir que ese cliente pague lo que les debe mientras yo consigo el dinero para sacar adelante el negocio hasta que lo haga.

—Tuve mucha suerte cuando me casé contigo —afirma Kyle con una gran sonrisa en la cara.

Yo me río como respuesta, y añado que sí, que eso es verdad. Luego se dirige a su coche y yo regreso a la oficina, sonriéndole de nuevo a Megan al cruzarme con ella antes de subir y sentarme en mi escritorio.

Compruebo el reloj que hay en la esquina de la pantalla de mi ordenador y veo que aún faltan dos horas para que llegue oficialmente el descanso para el almuerzo, así que no me va a quedar otra que esperar impaciente hasta ese momento. Para matar un poco el tiempo, miro mi teléfono, pero no he recibido ningún mensaje nuevo. Considero la idea de mandarle un mensaje a mi madre para contarle mis intenciones con respecto a lo del préstamo, pero pienso que quizá le parezca una mala idea e intente disuadirme. Podría decirme que es demasiado dinero, y aunque es cierto, sé muy bien lo que me hago. Kyle podrá devolverlo y, mientras tanto, no tendremos problemas para estar al día con los intereses. En el peor de los escenarios, tengo el dinero que me dejó mi padre, que puede servir para algo. Pero no creo que haga falta, porque tarde o temprano el cliente de Kyle terminará pagando; para entonces, el préstamo será cosa del pasado y el negocio estará salvado.

A mí me parece que estoy haciendo lo que cualquier mujer haría, que es ayudar a su marido. Además, tengo la total seguridad de que él haría lo mismo por mí si la situación fuera al revés.

Guardo mi teléfono. Sé que todo va a salir bien. Estoy deseando tener ya ese dinero para que Kyle deje de estar tan preocupado. Vuelvo a concentrarme en el trabajo con energías renovadas, contenta porque he dejado de pensar en Harvey durante un rato. También me alegro de no haberle mandado un mensaje a mi madre.

No hace falta que lo sepa todo.

Soy perfectamente capaz de tomar decisiones adultas por mí misma.

Ya tiene bastante con sus propios problemas.

Por desgracia, en ese momento no tenía ni idea de hasta qué punto esto último era cierto.

CAPÍTULO 21

DAWN

Qué tonta soy. Qué ingenua. Qué estúpida.

Pensaba que yo era la lista, que tenía mucha experiencia, que la vida me había machacado ya lo suficiente como para no dejarme engañar por nadie. Ellie aún conserva en gran medida la inocencia propia de la juventud. De hecho, a veces pienso que esa puede ser la razón por la que cae continuamente en las mentiras de otras personas y acaba sufriendo por ello. Pero yo no. Yo creía que era capaz de calar a la gente con malas intenciones.

Supongo que antes era así.

Pero se ve que ya no.

Soy muy consciente de que me la han jugado porque en estos momentos me encuentro sentada en la alfombra del salón de un piso muy modesto y tengo las muñecas amarradas a la base del radiador que hay detrás de mí, atadas con fuerza con una de las corbatas que presumiblemente viste Kyle cuando finge que va a trabajar. Acaban de atacarme, y estoy retenida por la fuerza. Solo puedo hacer dos cosas en este instante.

Una, seguir maldiciéndome en silencio por mi estupidez.

Y la otra, mirar a la mujer que me tiene presa y desearle que le pase todo lo malo que le pueda pasar.

Al sentir mis ojos clavados en los suyos, mi captora sale por un instante de la habitación, seguramente porque le resulta más fácil

tenerme aquí retenida si no tiene que estar a mi lado todo el tiempo. Pero, como no quiero facilitarle las cosas, chillo para que me escuche mientras se va, recordándole que se acaba de meter en un buen lío y que terminará lamentándose por lo que ha hecho. Así, no tendrá un respiro en la habitación a la que se haya ido. Vuelve enseguida, que es justo lo que yo pretendía, aunque lo que tiene en las manos no es lo que más me gustaría ver en estos momentos. Sigue empuñando un cuchillo, la misma arma que lleva blandiendo desde que me quedó claro que me acababa de meter en un lío gordo. Pero ahora, además, también viene con un paño de cocina, que claramente quiere usar para mantenerme en silencio.

—Te lo voy a repetir una vez más —me dice Julia, colocándose a mi lado, aún de pie—. Si intentas hacerme algo, gritar o cualquier otra cosa que provoque que Kyle o yo salgamos perjudicados, jamás volverás a ver a tu hija. ¿Te queda claro?

Una amenaza así es sin duda suficiente para hacer que cualquier madre obedezca. Pero, antes de que me imposibilite hablar, quiero hacerle una pregunta, la misma que ya le he hecho en varias ocasiones desde que me encuentro en esta situación.

—Por favor, solo dime qué quieres. Yo te ayudo a conseguirlo, pero deja a Ellie en paz. Ella no se lo merece. ¿De qué va esto? ¿Qué es lo que pretendes?

Sin embargo, al igual que las otras veces que le he implorado que me explicara sus motivos, Julia me ignora, me muestra una vez más el cuchillo y me rodea la cabeza con el paño de cocina, asegurándose de que la parte delantera del mismo quede dentro de mi boca, lo que ahogará cualquier ruido que intente hacer a partir de ahora.

Me retuerzo para dejar claro que desprecio la forma en la que me está tratando, pero no lucho con todas las fuerzas con las que podría hacerlo. Sobre todo, porque sé que no hay forma humana de que

me escape, pero también porque no puedo arriesgarme a que Julia use el cuchillo contra mí o a que Ellie termine herida solo porque yo me rebele.

Cuando Julia termina de atar el paño, da un paso atrás y se queda contemplando su trabajo. Parece satisfecha por haber mejorado un poco su posición de dominio sobre su prisionera.

Porque eso es lo que soy ahora.

Una prisionera.

¿Cómo he podido permitir que esto sucediera?

Por desgracia, conozco muy bien la respuesta a esa pregunta. Sé muy bien que todo es culpa mía por haber caído de lleno en la trampa de mi captora. Con haber gestionado la situación de forma ligerísimamente diferente habría bastado para que esta situación que sufro ahora fuera casi inviable, pero lo hice todo mal y ahora estoy pagando el precio por ello.

Nunca debí salir del coche después de ver a Kyle abandonar el piso. Tenía guardada en mi móvil una prueba de que había besado a esta mujer, y con eso bastaba. Al mostrárselo a Ellie, lo hundiría y acabaría con la farsa de su matrimonio. Podría haberme marchado en el coche en ese momento y todo habría acabado. Pero no lo hice. Imprudentemente, opté por salir del coche cuando Kyle se marchó porque me consumía la ira, y fui a decirle a la mujer que había visto en la puerta que el hombre con el que estaba liada estaba a su vez comprometido con otra mujer. Lo iba a hacer por vengarme de Kyle, para poner fin a su relación con mi hija y también con su amante, dejándolo solo, sin nadie.

Pero cometí un error.

Tras descubrir que la amante en cuestión era Julia, la mujer para la cual había llegado correspondencia en el domicilio actual de Kyle, le dije que ese hombre tan mentiroso debía mantenerse alejado de mi hija. Luego me di la vuelta y me dirigí hacia mi coche, con una

sensación de ira que me recorría todo el cuerpo. Iba concienciándome de que a continuación tenía que ir a charlar con mi hija, a romperle corazón con la mala noticia de lo que su marido estaba haciendo a sus espaldas. Pero no llegué muy lejos, porque Julia me llamó y fue detrás de mí, rogándome que le explicara a qué me refería. Me agarró del brazo y tiró de mí hacia ella.

Cuando me di la vuelta, no me pareció que la persona que me estaba mirando fuera una mujer inteligente y calculadora. Vi a una mujer confundida, nerviosa y asustada, que parecía no tener la más mínima idea de lo que estaba sucediendo. Tenía el mismo aspecto que supuse que tendría Ellie en cuanto le contara que Kyle estaba teniendo una aventura. Julia me suplicó que le dijera a qué me refería, porque no entendía a qué había ido a su piso o por qué estaba tan enfadada con Kyle.

Así que se lo conté. Le dije que Kyle se había casado con mi hija y que claramente le estaba mintiendo, lo cual fue una novedad para Julia, o al menos eso creí en ese momento, porque se llevó las manos a la boca y puso cara de desolación. Incluso llamó a Kyle «rata mentirosa», lo cual provocó que afianzara la idea de que ambas estábamos en el mismo barco. De esa forma, bajé aún más la guardia.

«*Qué estúpida, qué tía más estúpida"*, me repito una y otra vez, recordando cómo me la jugó, aunque ya no me sirva de nada.

Una Julia mortificada insistía delante de mí en que ella no era la mala de la película y que no tenía la menor idea de que Kyle estaba casado con otra mujer. Pensé que estaba siendo sincera conmigo, aunque no me sirviera para compensar el dolor que mi hija iba a sentir en breve. Pero entonces el *shock* que sufrió Julia al oír la noticia pareció ir apagándose. Por el contrario, noté cómo nacía en ella una rabia enorme. Me dijo que, si Kyle también le había estado mintiendo a ella, quería ayudarme a hundirlo en la miseria. Yo

estaba segura de que lo decía en serio, aunque no sabía exactamente a qué se refería. Luego me dijo que tenía que enseñarme algo y, a continuación, entró en su piso, explicándome que enseguida me iba a demostrar lo mala persona que había sido Kyle.

La vi desaparecer por la puerta de la casa y esperé un momento a que volviera, con la cabeza dando vueltas pensando en muchas posibilidades acerca de lo que estaba a punto de enseñarme. Sé que podría haberme marchado en ese momento y haber renunciado a ver lo que Julia quería mostrarme, pero, estando allí de pie en la entrada de la casa, reflexionaba en que, dentro de muy poco tiempo, mi hija iba a estar metida de lleno en un proceso de divorcio. Esas cosas pueden ser complicadas y no siempre justas, y Kyle podría ponerle el panorama muy feo. Por lo tanto, si había algo que me pudiera enseñar que mejorara la posición de Ellie y la convirtiera en una víctima de la situación, debilitando al mismo tiempo la de Kyle durante el proceso, sentía que era necesario que lo viera.

Llamé a Julia a viva voz porque después de un minuto aún no había vuelto, pero no me respondió, lo cual comenzó a preocuparme. Decidí por tanto atravesar la puerta para decirle que lo dejara, que prefería irme ya y que, si era necesario, siempre podría volver en algún momento una vez que mi hija fuera ya consciente de esta situación tan surrealista. Pero, cuando me asomé a la puerta, vi a Julia de rodillas llorando desconsolada, con todo el cuerpo temblando. Me dio una pena enorme verla así, pues yo había provocado que la vida de esa mujer hubiera dado un vuelco cuando decidí ir a verla esta mañana.

El instinto maternal se apoderó enseguida de mí y entré en la casa para tratar de consolarla. Le repetí que el único culpable era Kyle y que se sentiría mejor una vez que lo hubiéramos desenmascarado

como el mentiroso que siempre ha sido. Pero, en cuanto me acerqué a ella, Julia me demostró que ella también había estado mintiendo. Me di cuenta demasiado tarde de que sus lágrimas habían sido completamente falsas.

Se abalanzó sobre mí, me golpeó en la cabeza y me dejó aturdida, haciéndome retroceder medio mareada. De inmediato, volvió a atacarme, esta vez empujándome contra el suelo, y cerró la puerta de su casa de un portazo. Luego, cuando fui a levantarme, me enseñó el cuchillo y me dijo que tanto mi vida como la de mi hija dependían de cómo me comportara a continuación.

El dolor y el *shock* residual que me produjo el golpe en la cabeza que sufrí, así como el hecho de que tenía miedo de que me matara primero a mí y después a Ellie, me hicieron no moverme, y no lo hice hasta que Julia me ordenó que me sentara junto al radiador. Me ató a él mientras yo le suplicaba que me explicara qué estaba sucediendo.

Desde que ocurrió todo eso no han pasado muchas cosas, más allá de que ahora estoy amordazada y que sigo atada de manos. Mientras veo a Julia dar vueltas delante de mí, no dejo de preguntarme cuáles son sus intenciones. No lo sé, pero lo que sí me parece muy evidente es que está igual de frustrada que yo ante esta situación. Está claro que detesta la idea de tener una prisionera en su casa tanto como yo odio la idea de serlo. Puedo confirmar ese extremo enseguida, porque llama por teléfono y, cuando le contestan, comienza a despotricarle a la persona con la que acaba de comenzar a hablar.

—¡Te han seguido, idiota! —grita Julia, saliendo de la habitación, pero es tal volumen de su voz que aún puedo oírla hablar, o mejor dicho, gritar, a pesar de la distancia.

Supongo que debe estar hablando con Kyle, porque esa es la persona a la que he seguido para llegar hasta aquí. Es otra prueba,

si es que me hiciera falta alguna más, de que esta mujer está de su parte y no de la mía y la de Ellie.

—¡La madre de Ellie! —continúa Julia—. Ha venido a mi piso y te ha visto. ¡Nos ha visto!

Me pregunto cómo estará reaccionando Kyle ante esta noticia, ya que, sea cual sea el plan que haya elaborado meticulosamente, está empezando a desmoronarse.

—¡Deberías haber tenido más cuidado! ¿Por qué te ha seguido? ¿Qué error has cometido?

Julia le hace preguntas en voz alta a Kyle. Ignoro si tiene alguna respuesta o si está sorprendido de que yo sospechara tanto de él como para ponerme a seguirlo por la ciudad. Quizá se acuerde de la carta que recibió en casa, por la que le pregunté específicamente, o tal vez caiga en la cuenta de que ayer me presenté de forma un tanto extraña en su calle y piense que ya me figuraba que estaba tramando algo. O puede que no tenga ni idea de lo que está ocurriendo. Es posible que se quede aún más confundido cuando escuche lo que Julia le dice a continuación.

—Está aquí. ¡La tengo atada en el piso! —grita Julia. Luego hace una breve pausa, pero enseguida estalla de nuevo—. ¡Porque no me quedaba otra! Iba a contarle a Ellie que la estabas engañando, ¡y entonces nuestro plan se habría ido a la mierda!

¿Nuestro plan?

Esas dos palabras provocan que un escalofrío me recorra todo el cuerpo, así que empiezo a retorcerme desesperadamente para tratar de liberarme de las ataduras antes de que Julia vuelva a la habitación y me vea. Pero la mujer regresa solo un momento después, todavía con el teléfono en la oreja. Por alguna razón, ya no está enfadada ni frustrada. De manera desconcertante, parece muy contenta. En ese momento, después de decirle a Kyle que se dé prisa y que termine ya de una vez para que los dos puedan salir por

fin de esta ciudad de mala muerte, se despide de él y cuelga. Deja el teléfono sobre la mesa, me mira y sonríe.

—Has estado cerca, pero has llegado demasiado tarde —me dice Julia con tranquilidad—. En estos momentos Ellie está haciendo lo que queríamos que hiciera, y no puedes impedirlo. Pero no te preocupes, todo acabará pronto.

Julia se sienta junto a la mesa con una sonrisilla en los labios, dejándome con el temor de que mi hija esté en apuros y yo no pueda hacer absolutamente nada para ayudarla.

CAPÍTULO 22

ELLIE

Mi madre siempre me dice que, antes, los bancos de las calles más comerciales de la ciudad estaban siempre muy concurridos, y que la gente hacía cola varias veces por semana para retirar dinero en efectivo, pagar cheques o incluso, simplemente, preguntar por el saldo de su cuenta bancaria. Pero es difícil imaginarse algo así hoy en día. Me dispongo a entrar en el único banco que queda en la calle más transitada de la ciudad, ya que los demás cerraron hace años, después de que el rápido auge de la banca digital y la disminución del uso de dinero en efectivo en la sociedad dejaran obsoletos a la gran mayoría.

La buena noticia, por tanto, es que no tengo que hacer mucha cola porque aquí no hay nadie, o casi nadie. Veo a una mujer mayor hablando a través de la ventanilla con un empleado del banco, pero, al margen de ella, no hay ningún otro cliente. Eso quiere decir que supongo que no tardaré mucho en realizar las gestiones y podré llamar pronto a Kyle para darle las buenas noticias en cuanto termine.

Mientras espero a que me atiendan, se me ponen un poco los pelos de punta al recordar que, hace ahora más o menos diez años, cuando era aún muy joven y no tenía ni idea de lo que realmente quería hacer con mi vida, mi madre me sugirió que intentara encontrar trabajo en un banco porque siempre había sido una opción

profesional segura y estable. Ya no parece que lo sea en absoluto; de hecho, me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que este empleado que hay detrás del mostrador se quede sin trabajo y termine en la calle, junto con todos los demás empleados que ya han desaparecido del banco.

Hice bien en no seguir aquel consejo de mi madre.

Sonrío para mis adentros al pensar en ello, porque no ha habido muchas ocasiones en las que yo tuviera razón en algo y mi madre estuviera equivocada. Cuando la clienta que tengo delante termina sus gestiones y se aleja del puesto del empleado, doy un paso al frente, aún con la sonrisa en la cara, y el trabajador me pregunta en qué puede ayudarme.

—Me gustaría saber con quién tengo que hablar para gestionar lo del préstamo, por favor —le digo—. He llamado hará una hora y me dijeron que alguien me daría más información al respecto con mucho gusto.

—Ah, sí, claro, espere un segundo —me dice el empleado, que se levanta de su sillón y desaparece en una sala que hay detrás de él. Cuando vuelve, me dice que el director estará conmigo enseguida.

Le doy las gracias, miro la hora y compruebo que aún me quedan cincuenta minutos de mi descanso para el almuerzo, así que supongo que van a ser suficientes. Sé que Kyle está pendiente de que le dé noticias; estará mirando su teléfono cada dos por tres. Espero que el director del banco sea tan resolutivo como lo ha sido su empleado.

Resulta serlo, porque me recibe muy amablemente, me ofrece una taza de café, me lleva hasta una sala de reuniones y nos ponemos manos a la obra. Pedir el préstamo es una tarea bastante sencilla. Al ser clienta de este banco desde hace tanto tiempo, el director puede ver con detalle mi historial financiero. Me pregunta por qué necesito el préstamo, así que le ofrezco la razón que Kyle me sugirió: quiero

comprarme un coche mejor que el que tengo, cogerme unas buenas vacaciones y, en la medida de lo posible, montar mi negocio personal. Aunque parece que la cuantía del préstamo es demasiado excesiva para esas cosas, gran parte del riesgo se puede compensar con la excelente puntuación de crédito que tengo, los ahorros que me dejó mi padre, el hecho de que tenga un trabajo estable que me permite hacer frente a los pagos mensuales y también con que, en la actualidad, no tengo ninguna deuda. El director puede comprobar todos esos datos y, además, ver que nunca he gestionado mal mi dinero, y por eso todo el proceso de solicitud del préstamo va sobre ruedas. Pero hay un momento en el que el hombre se pone serio.

—Forma parte de mi trabajo y es mi obligación preguntarle si la solicitud de préstamo que está haciendo aquí y ahora de alguna manera forma parte de una estafa o algún tipo de fraude.

—¿Qué? No, claro que no.

—¿Existe alguna persona que la haya coaccionado o sometido a alguna presión indebida para pedir este préstamo?

No considero que nadie me haya coaccionado, así que también respondo que no a eso. Kyle no me ha presionado para que lo haga; de hecho, fui yo quien se lo sugirió, y él lo rechazó de primeras y solo lo aceptó cuando se lo repetí.

—¿Está segura de que las razones que la han conducido a pedir este préstamo son auténticas y honestas? —me pregunta a continuación. Resulta obvio que no es más que un trámite por el que debe pasar el director para cumplir con el papeleo; solo está siguiendo el procedimiento estándar por si alguna vez alguien le exige alguna explicación en el futuro.

Yo le respondo que sí y que podemos continuar el proceso. Supongo que es positivo que te hagan estas preguntas, porque estoy segura de que a lo largo de los años han estafado a algunos clientes. He leído historias horribles en las noticias sobre personas

mayores que han sido víctimas de individuos sin escrúpulos que les han estafado y les han hecho perder los ahorros de toda su vida, o los han instado a pedir préstamos para desaparecer después con el dinero. Por muy terrible que sea, soy consciente de que ocurren cosas así, aunque esto es muy diferente. A mí no me ha convencido un constructor sospechoso, un familiar turbio o un amigo con malas intenciones; yo lo estoy haciendo para ayudar a mi marido.

«En la riqueza y en la pobreza».

En este momento, estamos en la pobreza.

Pero, con una firmita de este director, seremos mucho más ricos.

—Por último, pero no por ello menos importante, tengo que recordarle que está legalmente obligada a efectuar los pagos de este préstamo en las fechas especificadas en este contrato —me advierte —. No hacerlo puede dar lugar no solo a sanciones económicas sino, potencialmente, a acciones judiciales en caso de que el préstamo o las razones por las que lo solicita se pongan en entredicho.

Le digo que estoy de acuerdo, aunque tragando un poco de saliva al hacerlo porque, técnicamente, le he dicho una mentirijilla con respecto a los usos que voy a hacer del dinero. Pero no pasa nada, porque vamos a devolverlo todo dentro de poco, en cuanto el cliente de Kyle pague lo que le debe, y entonces su negocio volverá a prosperar.

En el momento en el que acepto el bolígrafo del director para firmar los documentos, estoy más emocionada que nerviosa. Me siento así porque me parece que me estoy comportando como una buena esposa. Podría haber permitido que Daryl se cargara mi vida para siempre, convirtiéndome en una mujer paranoica y desconfiada que se mantuviera permanentemente lejos de otros hombres y de la posibilidad de mantener relaciones felices con ellos. Pero esto demuestra que no he dejado que aquel hombre me influya de esa forma. Soy capaz de confiar, de amar y de mucho más. Cuando

firmo el contrato, el director parece satisfecho, al igual que yo.

Terminamos la reunión, y yo tengo en la cabeza la idea de que, quizá, la felicidad que aparenta en estos momentos el director se debe a que ya no es nada frecuente recibir este tipo de clientes una tarde entre semana. Puede que la necesidad de los bancos tradicionales esté disminuyendo, pero la gente que pide préstamos como este ayuda a mantenerlos vivos, gracias a los buenos tipos de interés que conllevan.

—El dinero estará en su cuenta mañana, aproximadamente a esta hora —me dice el director mientras me estrecha la mano.

Le agradezco lo servicial que ha sido y salgo del banco; en cuanto lo hago, saco el móvil y llamo a Kyle para darle la buena noticia.

—¿Ya está hecho? —me pregunta como respuesta; yo le confirmo que sí—. Muchísimas gracias. Me has salvado la vida —me dice, y yo sonrío porque lo noto muy aliviado.

Miro la hora y me doy cuenta de que debo estar de vuelta en el trabajo en apenas un par de minutos, así que le digo a Kyle que tengo que darme prisa y que hablamos más tarde. Pero, antes de colgar, le cuento que a lo mejor me paso por casa de mi madre de camino a la nuestra para verla, porque llevamos unos días en los que casi no hemos hablado.

—¿Tienes que ir esta noche? Estaba pensando que podríamos salir a tomar unas copas, para celebrar el hecho de que acabas de ayudarme a salvar mi negocio y brindar por los días que están por venir, que sin duda van a ser mejores.

La sugerencia de Kyle me resulta atractiva; la perspectiva de champán y una noche estupenda con mi marido supera por mucho la de ir a casa de mi madre a tomarme un té, así que me quedo con la invitación de Kyle. Me sugiere un sitio y una hora a la que quedar, y yo acepto el plan encantada; luego, regreso a la oficina para continuar con mi jornada laboral.

Por suerte, el tiempo se me pasa volando. Sin duda, contribuye a ello el hecho de que Kyle me envía un montón de mensajes diciéndome que soy increíble y que nunca olvidará que lo haya ayudado de esta forma. Intercambio mensajes con él y, entremedias, le envío uno a mi madre preguntándole qué tal le va el día. Sin embargo, cuando termino de trabajar, aún no me ha contestado. Supongo que estará ocupada, pero yo también lo estoy. Salgo a toda prisa de la oficina y entro en el bar donde Kyle quería quedar esta noche. Encuentro a mi marido ya sentado en una mesa, con una botella de champán que se mantiene fría en una cubitera.

—¡Por fin has llegado! ¡Mi maravillosa mujer! —dice, levantándose de la mesa para darme la bienvenida, y me da un abrazo muy fuerte.

Nos sentamos y Kyle me sirve una copa. Me dice que me quiere y, cuando brindamos nada más sentarnos, lo hacemos por un futuro emocionante, que suena aún mejor cuando Kyle suelta una indirecta sobre que algún día formaremos una familia de tres.

Tengo la sensación de que no podría más feliz de lo que soy en este momento. Bebo un sorbo de mi copa de champán y, según se me suben las burbujas directamente a la cabeza, me siento radiante en mi propia burbuja, una de felicidad. Pero, incluso en unas circunstancias como estas, me detengo un momento a pensar en mi madre, que todavía no me ha contestado. Sin embargo, no me he acordado de ella porque hoy no tenga aún noticias suyas, sino por el hecho de que yo me encuentre aquí brindando por la buena vida que me espera con un hombre increíble a mi lado mientras ella ha tenido que luchar sin parar y sufrir tanto a lo largo de toda su vida.

—Ojalá mi madre pudiera tener algo así —digo, mirando alrededor del bar—. Champán una noche cualquiera entre semana. Unas buenas vacaciones. Alguien que la acompañe para ir a cenar y beber un buen vino. Se merece ser tan feliz como yo lo soy ahora.

Kyle lo entiende y me dice que está de acuerdo. Continúo hablando.

—He estado pensando sobre eso —le explico a mi marido, que se está sirviendo ya otra copa de champán—. Cuando hayamos resuelto todo este jaleo con el negocio y las cosas vuelvan a ir bien, quizá, en algún momento, podríamos darle algo de dinero a mi madre, para que pueda jubilarse un poco antes, ¿no?

Kyle no dice nada al respecto, pero está claro que está concentrado en lo que le estoy explicando, así que sigo hablándole.

—Es que ella lleva toda la vida trabajando durísimo para poder mantenerme. Mil años de turnos eternos en el supermercado. Me parece que ya ha sido suficiente. Se merece un descanso o, al menos, dedicarse a algo que sea menos exigente para su cuerpo. Quizá podrías contratarla para tu empresa cuando haya crecido un poco. Podría dedicarse a algún trabajo administrativo, de contabilidad o algo por el estilo. Podríamos pagarle un buen sueldo y así podría disfrutar un poco más de la vida, como lo hacemos nosotros. ¿Qué te parece?

Kyle lo sopesa por un momento y después sonríe.

—Creo que es una gran idea —dice—. Y creo que tu madre tiene mucha suerte de tenerte como hija.

—Lo único que quiero es devolverle todos los sacrificios que ha hecho por mí —insisto—. Y, por supuesto, yo no estaría aquí ahora si no fuera porque me salvó de Daryl.

Quizá sea el champán, pero, de repente, me han entrado ganas de llorar. Por eso Kyle me coge la mano y me la aprieta.

—Tu madre y tú sois increíbles, y por supuesto que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla —dice, antes de proponer otro brindis.

Levanto mi copa, él levanta la suya y me lanza una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Por nosotros! —dice, aún con esa amplia sonrisa en el rostro—. ¡Y por tu madre!

CAPÍTULO 23

DAWN

—¡Salud!

Así de innecesariamente se dirige Julia a mí mientras levanta una copa de vino tinto en mi dirección y le da un largo trago.

Mi captora, sentada junto a una mesa que tengo enfrente, está bebiendo de la botella de vino que acaba de abrir, como si estuviera tan tranquila y relajada que no hubiera ningún motivo por el que no beber durante esta noche. Porque ya es de noche, como lo atestigua la ausencia de la luz del sol que ha dejado de entrar por la ventana. Eso quiere decir que llevo aquí atada todo el día.

¿Habrá alguien que me esté echando de menos? Ellie, tal vez. ¿Quizá alguna de mis amigas? Puede que me hayan mandado un mensaje o llamado para ver qué tal estoy. Pero bueno, lo más probable es que supongan que estoy ocupada y que pronto les responderé.

¿Llegaré a tener la oportunidad de hacerlo?

¿O estoy aquí atrapada para siempre?

Mientras observo a Julia seguir dándole al vino, tengo la sensación de que, más que por regodearse con mi posición, está bebiendo porque está aburrida y quiere entretenerse y matar el tiempo de alguna forma. Después de haberla oído hablar con Kyle por teléfono y de que me dijera que todo esto se iba a acabar pronto, me imagino que estará esperando a que ese hombre regrese para dar

los siguientes pasos, aunque no tengo ni idea de lo que esos pasos pueden significar tanto para mí como para mi hija.

Una vez más, intento hablar, pero mi voz sigue ahogada por culpa de la mordaza que me ha puesto. Pero, al menos, mi intención sirve para recuperar la atención de Julia, que se acaba de servir otra copa de vino.

—Supongo que te estarás preguntando de qué va todo esto —me dice, mientras pasa un dedo por el borde de la copa, lo empapa con unas gotas de vino y después lo lame—. Debes tener muchas preguntas. ¿Quién soy yo? ¿Quién es Kyle? ¿Qué es lo que queremos? ¿Por qué os hemos elegido a tu hija y a ti?

Julia se ríe para sus adentros y da otro trago. Está claro que tiene intención de beberse la botella entera, aunque, si pretende emborracharse y, por tanto, descuidar un poco la situación, puede que me venga bien.

—No te preocupes, no eres la primera persona a la que le hacemos esto —dice de forma engreída—. Puede que creas que eres especial, pero la verdad es que no. Nos dedicamos a realizar estafas a largo plazo, engañando a la gente durante varios meses. Kyle y yo ya les hemos hecho esto a otras personas con anterioridad, aunque he de admitir que tú eres la única que ha estado a punto de pillarnos antes de que consiguiéramos nuestro objetivo.

Hablando así, casi parecería que me respeta un poco. Pero claro, tal vez *respeto* no sea la palabra adecuada para definirlo, porque me está mirando como si yo fuera un animal herido encadenado en su casa mientras ella se deleita con su bebida favorita.

—Kyle y yo nos vamos turnando para seducir a alguien —continúa —. La vez anterior me tocó a mí, y ahora es él quien lo ha hecho con Ellie. Lo que hacemos es conseguir que otra persona se enamore de uno de nosotros hasta el punto de ser capaz de hacer algo estúpido. Algo como entregarnos todos sus ahorros o, como en el caso de

Ellie, pedir un préstamo bancario por una cantidad más que considerable con el que podemos desaparecer del mapa, sin tener la intención de devolverlo nunca.

¿Un préstamo bancario?

—Te estás preguntando a qué me refiero con eso del préstamo, ¿a que sí? —me dice Julia.

Si no era lo bastante frustrante estar aquí atada en su casa, lo es más todavía que parezca tener la capacidad de leerme la mente con tanta facilidad.

—Hoy mismo, tu hija ha pedido un préstamo de cien mil libras —me explica Julia con una sonrisa de satisfacción—. Lo ha hecho porque cree que el dinero es para ayudar a la empresa de su marido a superar algunos problemas de liquidez. Principalmente, lo ha hecho porque es una esposa leal y maravillosa, o al menos eso es lo que ella se cree. Pero no es más que una tonta, y ya sabes lo que dicen de las personas poco inteligentes y el dinero: no duran mucho juntos.

No me puedo creer lo que acaba de contarme. Ellie ha pedido un préstamo de cien mil libras. *¿Se ha vuelto loca?*

De nuevo, vuelvo a intentar hablar, pero Julia suspira y es ella la que sigue haciéndolo.

—Una vez que el dinero llegue a la cuenta de Ellie, cosa que debería suceder mañana aproximadamente a la hora del almuerzo, lo va a transferir a la cuenta que Kyle le ha dicho, y entonces se habrá acabado todo. Tendremos el dinero y nos quitaremos de en medio. Nunca más nos veréis el pelo, y tu hija será la que le deba al banco una pequeña fortuna. Es fácil, ¿verdad?

Muerdo la mordaza para tratar de reprimir la rabia que me produce lo que estoy oyendo.

—Luego nos gastaremos una buena parte del dinero disfrutando la vida, viajando y viviendo como un rey y una reina hasta que

encontremos otro objetivo. Cuando lo hagamos, me tocará a mí hacer lo mismo que acaba de hacer Kyle en estos meses; de hecho, estoy deseando que llegue ese momento, porque esa es siempre la parte más divertida del trabajo. Es más aburrido que te toque esperar sentada a que el otro termine de gestionar su parte.

Pues sí, está claro que tenía razón en lo que pensaba, que esta mujer está completamente aburrida, tal y como me acaba de confirmar. Quizá podría usar eso en su contra. Pero antes de que pueda plantearme siquiera hacerlo, continúa hablando.

—Todo lo que crees saber sobre Kyle es una ilusión —explica—. Ya estabas empezando a sospecharlo por ti misma, lo que quiere decir que Kyle ha sido un poco descuidado. Tendré que tener unas palabras con él sobre eso. Aunque yo también cometí un error. Aquella carta que llegó a la casa de Kyle y Ellie a mi nombre debería haber llegado a esta. Por accidente, me equivoqué de dirección cuando estaba haciendo una gestión una noche que estaba un poco borracha. ¡Upssss!

La mujer mira su copa de vino y se encoge de hombros.

—Pero, aun así, sigues sin conocer ni la mitad de la historia, igual que Ellie tampoco tiene ni idea. Si lo sospechara mínimamente, es obvio que no estaría ahora mismo sentada en un restaurante bebiendo champán con Kyle y brindando por su futuro juntos.

Julia se ríe, se levanta de su asiento y camina hacia mí para enseñarme una foto en su móvil. Veo una imagen de Ellie sonriente, sosteniendo una copa de champán. Aunque parece más feliz de lo que recuerdo haberla visto nunca, lo está porque no se imagina por nada del mundo que están jugando con ella.

—¿No es una ricura? —exclama Julia—. De hecho, la verdad es que es bastante guapa.

La mujer vuelve a encogerse de hombros y se guarda el teléfono en el bolsillo. Antes de que pueda volver a alejarse de mí, empiezo a

hacer todo el ruido que puedo, tratando de indicarle que tengo que decirle algo.

Tal vez se le haya nublado un poco el juicio por todo el vino que lleva bebido desde que empezó a explicarme el retorcido plan que ha tramado junto a Kyle, pero, para mi alivio, Julia me quita la mordaza por las buenas y sin pensárselo. Eso sí, no sin antes decirme que, si grito, volverá a ponérmela y ya no me la quitará nunca más.

Yo no pienso gritar. Además de que sé que es inútil hacerlo, porque no me serviría para nada, la realidad es que he de decirle algo. Tengo preguntas que hacerle, muchas, y necesito respuestas, aunque solo sea para que algún día pueda explicárselo todo a Ellie cuando necesite saber cómo y por qué le ha podido pasar algo así.

—No entiendo cómo creéis que podréis saliros con la vuestra —digo, con la garganta seca y ronca de tanto forzarla y por la falta de agua—. Kyle y Ellie están casados. No puede desaparecer así, sin más.

—Ah, ¿sí? ¿Están casados?

No me gusta un pelo el tono mitad sarcástico, mitad chulesco con el que ha dicho eso.

—¿Qué quieres decir? —le grito—. ¡Sí, claro que se casaron! ¡Yo estuve en la boda! Son marido y mujer, lo que significa que él no puede escapar y desaparecer. Tienen un vínculo legal. La policía lo acabará pillando.

—No, no lo harán, porque no conocen su nombre verdadero, igual que tampoco saben el mío. ¿De verdad crees que yo me llamo Julia y él, Kyle? Son solo alias. Nombres ficticios que encarnamos durante un tiempo, pero que, en realidad, no significan nada.

—Pero ¿cómo pudo casarse Kyle con un nombre falso? No lo entiendo —le digo, incapaz de asimilar toda esta situación.

—¡Ay, Dawn, la boda no fue legal! Todo fue una pantomima.

—¡¿Qué?!

—¿Por qué te crees que Kyle sugirió que se casaran en el extranjero en lugar de hacerlo en Inglaterra? No fue porque les saliera más barato, sino porque allí es mucho más fácil hacer lo que pretendíamos hacer. Sí, la ceremonia fue preciosa y los novios se intercambiaron los votos durante la misma. Pero no tenían validez legal, al menos no en Turquía. Ellie y Kyle no son realmente marido y mujer; todo es una farsa.

—Pero ¿qué hay de los invitados que Kyle llevó a la boda?

—¡Eran actores! Kyle pagó a unos cuantos turistas cien euros a cada uno para que aparecieran por allí y fingieran un poco. Fácil.

Ahora empiezo a darme cuenta del verdadero drama que supone esto. Lo que más me preocupa no son las consecuencias económicas de esta situación para mi hija. Estoy más preocupada por las emocionales. ¿Cómo coño va a reaccionar cuando se entere de que el día de su boda, que pareció tan increíble, no fue más que una farsa? Me temo que nunca se recuperará de una traición de este calibre.

«*¿Habrá más mentiras?», me pregunto, antes de seguir hablando.*

—¿Existe siquiera su negocio? —trato de averiguar a continuación, refiriéndome a la historia que nos ha contado de que se dedica a la logística.

—Sí, pero desde luego no es el que os ha explicado —responde Julia con una sonrisa de suficiencia—. Su negocio, y el mío, es estafar a personas tan ingenuas como tu hija. Todas las veces que ha fingido estar hablando por teléfono con clientes, en realidad, estaba hablando conmigo, contándome cada novedad.

—Eres una hija de puta —digo, con la voz cargada de veneno—. Te voy a matar, a ti y luego también a él. Os voy a matar a los dos por lo que habéis hecho.

Puede parecer que mi amenaza es un poco exagerada, pero, en

este momento, mis palabras van totalmente en serio.

—Sí, ya, ya. Lo que tú quieras —responde Julia, moviendo la cabeza de lado a lado. Parece estar tan aburrida de mí como de tener que estar en este piso mientras Kyle está por ahí divirtiéndose.

Echo un vistazo a la propiedad e intento entender qué es este lugar. De nuevo, Julia parece adivinar lo que estoy pensando y me regala una respuesta sin que tenga que llegar a pedírsela.

—Esto es solo un sitio barato que alquilamos como base de operaciones —explica—. Alquilamos la casa en la que Kyle vive ahora con Ellie. Pagamos ese alquiler en efectivo y, obviamente, usamos una identificación falsa. La idea era que él se presentara como un empresario de mucho éxito para que Ellie no sospechara de él cuando le contara que estaba pasando por algunos problemas económicos después de haberse «casado» con ella.

Julia se asegura de subrayar mucho lo de «casado», para enfatizar que el matrimonio no tenía nada de real.

—Es un timo de lo más sencillo. De verdad, es increíblemente fácil. Como te he dicho, entre los dos se lo hemos hecho a mucha gente a lo largo de los años —continúa—. Calculo que hemos ganado más de un millón de libras en total con nuestras diversas estafas, lo cual es un gran logro. Pero los dos tenemos gustos muy caros y nos lo gastamos todo casi tan rápido como entra.

Julia regresa a la mesa para volver a coger la botella de vino y me explica que le ha costado más de cien libras. Luego me recuerda que, con el dineral que van a recibir mañana, el dinero desde luego no es ningún problema.

Todo me suena muy oscuro y deprimente. Siento que estoy a punto de echarme a llorar, aunque si lo hago será más bien por mi hija, no por mí. Antes de ceder a mis emociones y terminar dándole a Julia aún más satisfacciones, me arriesgo a tratar de estropear un poco su euforia e intento hacerla recapacitar sobre su decisión y la de su

compañero de haber elegido como objetivo a mi pobre Ellie.

—No sois los primeros que os interponéis en la vida de mi hija y en la mía —le digo, desafiante—. Hubo otra pareja antes que vosotros. Un padre y un hijo, y al final las cosas no les salieron bien. Uno de ellos murió y el otro terminó en la cárcel. Créeme cuando te digo que, cuando esto acabe, a vosotros os habrá pasado alguna de esas dos cosas.

Espero que esas palabras tengan algún tipo de impacto en Julia; tenía esa esperanza al comenzar a decirlas. Sin embargo, me siento decepcionada porque la mujer que tengo frente a mí simplemente vuelve a sentarse para coger otra vez la botella de vino y explicarme por qué no está preocupada en absoluto.

—No nos vas a matar, porque no vas a tener la oportunidad de hacerlo —dice de forma bastante sencilla—. Y si, por la razón que sea, Kyle o yo acabamos algún día en la cárcel por nuestros delitos, será una pena. Pero ¿sabes qué es lo bueno de la cárcel? Que al final dejan salir a casi todo el mundo de ella.

Julia continúa bebiendo, y yo pienso en que tiene razón en lo que acaba de decir. Y lo odio.

Permiten salir de la cárcel a gente que ha hecho cosas incluso peores que las que ha hecho ella.

Gente como Harvey.

CAPÍTULO 24

HARVEY

Durante muchos momentos de este viaje me he temido que no acabara tal y como yo quería. Por ejemplo, cuando la furgoneta iba avanzando en la cola para entrar en el ferri, porque tenía miedo de que la policía seleccionara el vehículo para un registro aleatorio, momento en el que nos podrían descubrir tanto a mí como al otro polizón que viajaba conmigo detrás de todas las neveras y nos detendrían de inmediato, tanto a nosotros como al conductor, que probablemente fingiría que no tenía ni idea de que nos habíamos colado en su furgoneta. O, por ejemplo, también cuando me imaginé que estábamos ya en el ferri porque nos estábamos balanceando; podía oír el rugido de los motores del barco bajo nuestra posición, y también las voces de los guardias de seguridad, que parecían estar realizando un barrido de la zona acotada para los vehículos durante el viaje. Pero, sobre todo, temí que me pillaran cuando el barco se detuvo y la furgoneta se puso de nuevo en marcha, porque pude oír con total nitidez las voces de los agentes de aduanas en el exterior del vehículo, interrogando a nuestro conductor sobre su motivo para encontrarse en el Reino Unido.

Saber que habíamos llegado a Inglaterra fue emocionante, pero también me hizo sentir ansiedad, ya que escuché al conductor explicarles a los agentes que tan solo iba a entregar unos frigoríficos a un cliente en nombre de su empresa. Me imaginé que habría

falsificado documentos para respaldar esa afirmación, y así debía ser, porque los funcionarios de aduanas acabaron de interrogarle y le permitieron seguir su camino.

Mientras la furgoneta avanzaba, dejando atrás el ferri y entrando oficialmente en Inglaterra, el polizón que tenía a mi lado no fue capaz de contener su emoción, algo que a esas alturas ya me esperaba.

A pesar de que el conductor que nos traía de forma ilegal hasta este país nos dejó claro a los dos que teníamos que permanecer callados durante todo el viaje, el hombre que venía escondido conmigo en la parte trasera de esta furgoneta ha hablado unas cuantas veces, incluso cuando le he pedido que se callara. Me ha dicho cómo se llama, Grigor, y me también me ha contado de dónde es, aunque ya he olvidado el nombre de su ciudad porque, la verdad, no me parecía importante. El motivo por el que huyó de su tierra y trataba de llegar a Inglaterra tampoco me pareció importante, pero me lo contó. Me explicó que andaba metido en líos gordos con gente peligrosa y que tenía que huir antes de que fueran a por él.

En un momento dado, Grigor me preguntó por qué trataba yo de entrar en Inglaterra de esta forma tan ilegal y secreta. Yo me limité a hacer un gesto negativo con la cabeza y permanecí callado, no solo porque no quería que nadie nos oyera hablar, sino porque, básicamente, no era asunto suyo. La misión que tengo es personal, nadie tiene por qué conocerla. Así ha sido hasta ahora, y parece que las cosas no van mal.

Llevamos ya un buen rato en marcha desde que abandonamos el barco; me pregunto si vamos a parar en algún momento para que nos dejen salir. La cosa se llega a poner tan fea que, en un momento dado, Grigor, ese molesto pasajero, empieza a preocuparse ante la posibilidad de que nos hayan engañado y de que vayamos a acabar

esclavizados a las órdenes de ese tipo de gente peligrosa de la que ha intentado huir en su país. No tengo paciencia para escuchar sus preocupaciones, aunque por desgracia sí que tengo tiempo, porque tampoco puedo hacer mucho más. Por ello, me mentalizo para aguantar su cháchara un rato más, pero, de repente, la furgoneta se detiene.

Grigor se calla de inmediato, y ambos escuchamos cómo se apaga el motor, se abre una puerta y se cierra de golpe. Acto seguido, oímos unos pasos que se dirigen hacia la parte trasera de la furgoneta. Ambos miramos a través de la oscuridad hacia las puertas traseras, sin estar seguros de lo que vamos a encontrarnos en el momento en el que se abran.

Cuando por fin lo hacen, no es que la furgoneta se inunde precisamente de luz, porque fuera está completamente oscuro, aunque los dos entrecerramos los ojos de todas formas para intentar adaptarnos al cambio repentino.

—Salid —nos dice el conductor con voz áspera.

Grigor y yo nos miramos el uno al otro y lo obedecemos. Pasamos por encima de los frigoríficos que nos bloquean el paso hacia las puertas y saltamos desde la parte trasera de la furgoneta hacia el exterior. Al tocar el asfalto, aterrizamos en suelo inglés, hecho que nos confirma el conductor cuando le pregunto dónde nos encontramos.

—Estáis a unos treinta kilómetros de Felixstowe —explica el conductor mientras cierra las puertas de la furgoneta, que parece estar dispuesto a ponerse de nuevo al volante y marcharse.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta nervioso Grigor, mientras observa a su alrededor la carretera comarcal oscura y desierta en la que nos encontramos.

—Lo que os dé la gana —responde el conductor, que hace justo lo que yo me figuraba: vuelve a subirse a la furgoneta, arranca y se

marcha.

Grigor le grita cuando se empieza a alejar, como si esperara que el servicio contratado fuera mejor que este, pero a mí me da igual, me parece suficiente. Sé que Felixstowe está en Suffolk, es el mismo condado en el que viven Dawn y Ellie, así que soy muy consciente de que ya no estoy a un millón de kilómetros de ellas.

Al mirar hacia delante, observo una señal de tráfico que me indica que el próximo pueblo está a unos ocho kilómetros, así que me pongo a caminar en esa dirección, y Grigor me pregunta a dónde voy.

—Piérdete por ahí y disfruta de Inglaterra —le respondo sin mirar atrás, alejándome y esperando que en algún punto de mi ruta pueda encontrarme con otro vehículo cuyo conductor esté dispuesto a aceptar llevarme, para estar así más cerca de mi destino final.

Pero, si eso no ocurre, tampoco será un problema. Caminaré hasta allí si tengo que hacerlo.

Me pasaré la noche andando para llegar hasta donde quiero llegar.

Espero ver a Dawn, y también a su hija, antes del amanecer.

Ya no hay nada que pueda detenerme.

CAPÍTULO 25

ELLIE

He bebido demasiado champán para ser una noche entre semana. Sé que mañana por la mañana lo voy a pagar caro: me levantaré con un buen dolor de cabeza y con la garganta seca. Pero siempre es mejor vivir pensando en el presente, o al menos eso es lo que me digo a mí misma mientras Kyle y yo nos bajamos del taxi que nos acaba de dejar en casa.

Nada más salir del mismo, casi tropiezo y me doy un buen golpe, pero, por suerte, mi marido tiene más equilibrio que yo y me agarra del brazo antes de que me caiga al suelo. El taxi se aleja. Le doy las gracias a mi hombre por haber impedido que me cayera; Kyle se limita a guiñarme un ojo y a sacar las llaves de casa del bolsillo. Aunque, demostrándome que no es completamente inmune a los efectos de todo el alcohol que nos hemos pimplado esta noche, se le acaban cayendo las llaves al suelo y tiene que arrodillarse con mucho cuidado para recogerlas de nuevo.

—¡Míranos, cómo estamos! —exclamo, riéndome a un volumen demasiado alto y posiblemente cabreando a algunos de nuestros vecinos, que a estas alturas de la noche estarán ya acostados. Pero no puedo evitarlo. Controlar el volumen de mi voz nunca me ha resultado sencillo si he bebido algo. Cuando celebro por todo lo alto que Kyle haya sido capaz de coger las llaves que se habían caído en el asfalto, observo que una cortina se mueve tras la ventana de una

casa al otro lado de la calle.

En lugar de cortarme un poco, quedarme callada y entrar tímidamente en la casa, saludo con la mano a la vecina que está mirando hacia fuera para ver qué es todo ese alboroto que está escuchando. Kyle, riéndose nervioso, me dice que pare y que entre ya en casa.

—Mmm, ¿mi machote, dándome órdenes? —le susurro, mientras estiro un brazo y lo atraigo hacia mí, plantándole a continuación un beso apasionado en los labios. Aunque tengo los ojos cerrados al hacerlo, me aseguro luego de abrir uno de ellos y echar un vistazo a la casa de enfrente para ver si nos siguen vigilando. No es el caso, y probablemente sea lo mejor, aunque habría sido gracioso que la mujer siguiera mirando, al menos para mí.

Pasamos junto al coche de Kyle, que está aparcado en la entrada de la casa, mientras nos dirigimos hacia la puerta. Mi marido ha dejado su vehículo aquí y ha cogido un taxi para quedar conmigo en la ciudad. Mi coche sigue en la oficina; parece que últimamente tengo la costumbre de dejarlo en el trabajo para irme de copas después.

Pienso en la idea de que, no tardando mucho, quiero empezar a limpiarme un poco el cuerpo. Eso sí, empezando «el lunes que viene» por supuesto, como cualquier buen propósito de ese tipo. Antes de preocuparme por eso, lo primero que tengo que hacer ahora mismo es conseguir entrar en mi casa, al igual que mi marido, que en estos momentos parece que está intentando recordar cómo se usa una llave para abrir una puerta.

Tarda más de lo normal en meter la llave en la cerradura, pero al final lo consigue. No es que yo haya contribuido a ello, porque no paro de pellizcarle el culo y susurrarle estupideces al oído mientras trata de lograr el objetivo. Por fin estamos en casa y, nada más atravesar la puerta de entrada, mis labios vuelven a estar sobre los

de mi marido. Aunque esta vez no pienso permitir que se separe de mí.

Impulsada por una poderosa combinación del champán que he bebido, el préstamo gigante que he pedido en la mañana de hoy y todas las aventuras emocionantes que Kyle y yo nos hemos pasado la noche vislumbrando para el futuro, arrastro a mi marido hasta el dormitorio y hacemos el amor.

Es mucho más intenso de lo que nunca había sido; Kyle parece mucho más entregado a mí que de costumbre, como si estuviera disfrutando de mi cuerpo por primera vez. Desde luego, no va a ser la última vez que lo hagamos. Pero, esta noche, con una vez basta. Nos tumbamos en la cama uno al lado del otro, sin aliento y casi flotando en el aire de pura felicidad; los dos coincidimos en que nos lo acabamos de pasar muy bien.

—Tenemos que beber champán más a menudo —digo, y Kyle asiente. Luego, bromeo con que, en vez de invertir el préstamo que he pedido en su negocio, deberíamos irnos al aeropuerto, coger un vuelo a algún lugar lejano, cálido y soleado y gastarnos allí todo el dinero, sin preocuparnos por devolverlo nunca.

Es una broma, claro, pero a Kyle no le hace tanta gracia como yo esperaba. Me da la impresión de que hay algo que podría preocuparle, porque se levanta de la cama y va al baño.

—¿Está todo bien? —le pregunto, levantándome también, y lo sigo hasta el interior del baño, tras haberme puesto una bata para sustituir toda la ropa que hace poco rato me he quitado a toda prisa.

—Sí, sí —responde Kyle, que pone un poco de pasta de dientes en su cepillo y abre el grifo—. ¿Te importaría echarle un vistazo a la cuenta para ver si ha llegado ya el dinero?

—No creo que haya llegado. Dijeron que lo haría mañana.

—Lo sé, pero a veces es más rápido. No cuesta nada comprobarlo —me sugiere. Se lleva el cepillo a la boca y trata de enjuagarse los

restos del champán que ha bebido hoy.

Acepto que no me cuesta ningún trabajo echarle un ojo, así que cojo el móvil del bolso y abro la aplicación del banco, aunque cuando lo hago veo que el dinero aún no ha entrado, como sospechaba.

—Nada, aún no ha llegado —le digo. Kyle asiente, escupe un poco de agua y continúa cepillándose—. Paciencia, maridito mío —añado con una sonrisa en la boca.

Me tumbo en la cama con el móvil aún en la mano, porque quiero echar un vistazo a mis mensajes. Al hacerlo, observo que mi madre aún no me ha contestado. Teniendo en cuenta lo tarde que es, dudo mucho que lo vaya a hacer hoy.

—Mmm, qué raro... —le digo a Kyle cuando regresa al dormitorio.

—¿Qué ocurre? —me pregunta, mientras se pone una camiseta vieja para dormir con ella.

—Mi madre todavía no me ha devuelto el mensaje. ¿Crees que estará bien?

—Seguro que sí. A lo mejor no lo ha visto.

—Sí, creo que no lo ha visto —aseguro, mientras compruebo el mensaje y veo que, aunque se ha entregado, el destinatario ni lo ha abierto ni lo ha leído—. A ver si ha perdido el teléfono en algún sitio.

—A lo mejor. ¿Le ha pasado alguna vez?

—No, creo que no. Se le suele dar bien cuidar sus cosas.

—Lo que quieres decir es que no se le da tan mal como a ti, ¿verdad? —se burla Kyle. Yo le pongo cara de ofendida, y él se une a mí en la cama—. Deja ya el móvil y vamos a dormir —me sugiere, cosa que me parece una buena idea, así que le hago caso y nos metemos juntos bajo el edredón.

Kyle apaga la lámpara de la mesilla de noche, y yo pongo el móvil a cargar, aunque me aseguro de no dejarlo en silencio, por si acaso mi madre me mandara un mensaje o me llamara en algún momento de

la noche para contarme que le ha sucedido algo. Es curioso, porque normalmente son los padres los que están pendientes de que sus hijos se encuentren bien, pero en este caso se han invertido los papeles. Tampoco es del todo extraño, porque, a medida que me voy haciendo mayor, cada vez me preocupo más por mi madre, mucho más que cuando era joven. Lo que sí que es raro es que ni siquiera haya leído mi mensaje. Aunque Kyle se acurruca junto a mí y me dice que intente dormir bien, soy incapaz de relajarme.

—Ojalá no estuviera borracha —afirmo.

—¿Por qué?

—Porque así podría ir a casa de mi madre y comprobar que está bien —le respondo, y vuelvo a coger el teléfono—. No sé si llamarla, a ver si me contesta.

Voy a hacerlo, pero Kyle me detiene.

—No seas tonta. Es muy tarde y lo más probable es que esté durmiendo. O puede que esté haciendo un turno extra en el supermercado, ¿no? A veces lo hace por la noche, ¿verdad? Puede que por eso no haya mirado el teléfono. Estará liada en el trabajo.

—Puede ser —le digo. Sin embargo, aunque esa explicación tendría sentido y me dejaría más tranquila, casi preferiría que no estuviera haciendo horas extra, porque eso sería una prueba de que anda justa de dinero, y no me gustaría que fuera así. Le dije que no se gastara una fortuna en el vestido de mi boda, pero no me hizo ni caso. Aunque era un vestido precioso, seguro que no merecía la pena si ahora tiene que trabajar sin parar para poder pagarlo.

—Que duermas bien —me desea Kyle, antes de darse la vuelta.

Yo hago lo mismo, intentando conseguirlo. Antes de dormirme, sin embargo, tengo tiempo de hacer una búsqueda rápida y paranoica en Internet, para ver si hay más noticias acerca de Harvey.

No las hay.

¿Será eso bueno?

Supongo que sí.
Nada de lo que preocuparse con respecto a eso.
Tampoco con respecto a mi madre.
Al menos, eso espero.

CAPÍTULO 26

DAWN

Ya debe ser muy tarde, me imagino que estaremos a mitad de la madrugada más o menos, una hora en la que la mayoría de la gente está durmiendo. Sé que Julia también lo está haciendo, porque desde aquí puedo oír sus ronquidos, que provienen del dormitorio. Su respiración suena fuerte, la escucho resoplar; quizá sea consecuencia de esa botella de tinto que se ha ventilado entera antes de irse a la cama. Pero no tengo ni gota de sueño. Sé que para mí las posibilidades de dormir no son muy altas, no ya porque esté en una posición extremadamente incómoda en el suelo de este piso con las manos atadas y una mordaza en la boca, sino porque voy a ser incapaz de pegar ojo sin tener la certeza de que mi hija Ellie está fuera de peligro.

Ahora debe estar con Kyle, probablemente durmiendo a pierna suelta a su lado y disfrutando del amor y el confort que te da el saber que tienes junto a ti a tu compañero de vida. Apuesto a que está durmiendo como una reina, inconsciente del enorme problema que la está acechado y de la tristeza y el dolor que la esperan. En parte, casi desearía que mi hija no tuviera que despertarse para no tener que enfrentarse a la realidad y descubrir que Kyle le ha estado mintiendo en todo: ha provocado un problema económico de dimensiones gigantescas en su vida, y, sobre todo, la ha engañado y no está ni siquiera casada con él, a pesar de haber ido juntos al altar

con su vestido blanco y haberse intercambiado los votos matrimoniales.

Qué desastre.

Ay, Ellie, ¿cómo ha podido suceder algo así?

Aunque no puedo culpar a mi hija por haberse dejado engañar por un hombre encantador y tan atractivo como Kyle —una persona que, además, es muy inteligente y se ha mostrado muy calculadora a la hora de elaborar mentiras para cada ocasión—, sí que la culpo por haber cometido la estupidez de pedir un préstamo de esa cuantía para él. No me puedo creer que el banco haya accedido a darle tanto dinero, pero, sobre todo, no me puedo creer que haya sido tan estúpida como para pensar que era una gran idea endeudarse hasta las cejas solo porque se lo pidiera otra persona. Sí, sé que confía en Kyle y que piensa que él está enamorado de ella, pero no debería haber estado tan cegada por ese amor como para asumir una carga financiera de ese calibre. La consecuencia es que Kyle y su despreciable compañera en el crimen van a huir mañana en cuanto tengan en sus manos ese dinero, y al parecer no hay nada que ni mi hija ni yo podamos hacer para evitarlo.

Antes de acostarse, Julia, que iba bastante achispada, me contó lo que se disponían a hacer una vez que tuvieran el dinero y desaparecieran del mapa. Me aseguró que me iban a dejar atada hasta que estuvieran bastante lejos de aquí. Luego, Kyle le enviará un mensaje a Ellie y le dará la dirección en la que me encuentro, para que pueda venir a rescatarme. Ese será el último mensaje que Kyle le mande. Luego, se deshará de su teléfono y se evaporará junto a Julia. Nadie volverá a verlos; al menos, nosotras seguro que no. Reaparecerán en algún momento, muy probablemente a muchos kilómetros de este lugar. Cuando lo hagan, será para tratar de quedarse con el dinero de algún otro pobre desgraciado.

Así que, por lo que sé ya a estas alturas, se puede decir que mi hija

ha tenido relaciones con un asesino y con un artista del engaño.

Sí, señora. Ellie, eres una maestra eligiendo hombres.

Aunque debería llorar, me da por reír al pensar en eso. Ese humor negro que se me viene a la cabeza hace que la sacuda con incredulidad. Sigo aquí sentada en este oscuro salón del piso, preguntándome cuántas horas faltarán para que salga el sol y mi vida y la de mi hija se compliquen aún más.

Sin embargo, al mirar a mi alrededor y analizar un poco el lugar en el que estoy atrapada, se me ocurre una idea que hasta ahora no se me había pasado por la cabeza. Veo la silla en la que estaba sentada Julia; está justo al lado de la mesa sobre la que reposa la botella de vino, ya vacía.

La mejor oportunidad que tengo de escaparme de aquí es cortar las ataduras; podría conseguirlo con la botella de vino.

Necesitaría romperla para crear esquirlas afiladas; después, tendría que alcanzar alguna de ellas, tenerla en mis manos.

¿Cómo podría hacerlo?

Estiro la pierna izquierda todo lo que puedo y compruebo que la punta del pie casi llega a tocar la silla. Me tomo unos segundos para intentar visualizar el plan en mi mente. Se me ocurre algo que, después de reflexionar, podría ser la única opción que tengo, dada mi situación, aunque dudo que vaya a salir bien.

¿Y si le doy una patada a la silla para que choque con la mesa, y que así la botella termine cayendo y chocando con el suelo?

Si lograra hacerlo, la botella se rompería en cuanto chocara, de eso no hay dudas. Puede que tenga la posibilidad de arrastrar con los pies una de las esquirlas afiladas hacia mí, cogerla luego con las manos y usarla para cortar la corbata que me ata las muñecas.

Un problema evidente adicional —si es que lo anterior llegara a salirme bien— es que la botella haría mucho ruido al romperse y despertaría a Julia, que entraría en un santiamén al salón, vería lo

que he hecho y me detendría antes de que pudiera ir a ninguna parte. Pero ¿qué otra cosa puedo intentar hacer? No se me ocurre ninguna otra forma de escapar. Si esta es mi única opción para detener a estas personas antes de que desaparezcan después de haberle destrozado la vida a Ellie, entonces tengo que aprovecharla.

Así que... allá vamos.

Le doy una patada a la pata de la silla, veo cómo golpea la mesa e, inmediatamente, la botella de vino empieza a tambalearse.

—Vamos —susurro, deseando que la gravedad juegue su papel. Y sí, eso es lo que sucede, pues la botella cae sobre la mesa y rueda sobre ella hasta el borde.

Me preparo para el ruido que está a punto de producirse. En un instante, el golpe del cristal contra el suelo suena como un gran estruendo, dado el silencio reinante en el piso a estas horas de la noche. Tengo demasiado poco tiempo como para preocuparse por eso; de inmediato, me pongo manos a la obra y trato de atraer hacia mí uno de los trozos de cristal más grandes.

Puedo elegir entre muchos, porque la ruptura de la botella de vino ha provocado un verdadero desastre: hay trozos por todas partes. Si consigo salir de aquí, debo tener cuidado de no cortarme por el camino. Aún no estoy libre, pero soy capaz de hacer un movimiento para acercar un fragmento grande de cristal hasta que se encuentra justo al lado de mi cuerpo.

Voy retorciéndome como puedo y maniobrando con el cuerpo, y con el muslo termino empujando aún más el cristal hasta tenerlo casi al alcance de los dedos. Logro cogerlo finalmente mientras emito un leve quejido, fruto del esfuerzo que he hecho estirando el cuerpo al máximo.

Por fin, tras mucho sufrimiento, tengo el trozo de cristal en las manos y empiezo a usarlo para intentar cortar la corbata.

Lo primero que me corto es la piel. Enseguida brota sangre de la

palma de una de mis manos, porque la esquirla me atraviesa a mí casi tanto como lo hace con la corbata. Pero me niego a detenerme y sigo trabajando con desesperación, porque me imagino que Julia podría haberse despertado y quizá esté a punto de entrar aquí de un momento a otro. Eso le pondría fin a mi plan de fuga.

—Vamos —me repito con desesperación, esta vez con un tono de voz un poco más alto. Percibo que el cristal está haciendo bien su trabajo y las ataduras se van debilitando cada vez más.

Finalmente, escucho un chasquido y las cuerdas se rompen. No me lo puedo creer.

¡Soy libre!

Me pongo de pie todo lo rápido que puedo, me quito la mordaza y me examino la palma de la mano para evaluar los daños que me ha causado el cristal. Está ensangrentada, pero no es más que una herida superficial, así que ese es ahora el menor de mis problemas. Tengo que centrarme en salir de aquí lo antes posible para no encontrarme con más obstáculos.

Me alegro de llevar zapatos, porque uno de los obstáculos con los que me podría haber topado eran los cristales que hay por todas partes en el suelo, desde la posición en la que estoy hasta la puerta. Estoy a punto de pasar fácilmente por encima de todos los fragmentos y salir corriendo del salón cuando ocurre la catástrofe.

Julia está despierta y acaba de entrar.

Está tan sorprendida por verme a mí de pie como yo de verla a ella en la puerta, bloqueando mi salida. Durante un segundo ninguna de los dos habla; nuestras mentes tratan de analizar con rapidez cuál es el siguiente movimiento que tenemos que hacer. Julia entra en acción primero y sale corriendo hacia mí; parece obvio por su reacción que confía en sus posibilidades de vencerme si se produce un enfrentamiento entre las dos. Pero, en cuanto inicia su carrera, deja escapar un alarido de dolor y se cae al suelo. Cuando miro

hacia abajo, comprendo lo que ha ocurrido.

Va descalza. Acaba de pisar un montón de trozos de cristal yendo descalza.

No me hace falta oírla gritar ni ver toda la sangre que le sale de las plantas de los pies para comprender que ha tenido que dolerle indescriptiblemente. Julia intenta recuperarse de lo que le ha ocurrido, pero yo me pongo en acción.

Decido no salir corriendo a toda la velocidad hacia la puerta. En ese momento, podría escapar fácilmente, pero no me serviría de gran cosa porque Julia está despierta y sabría que he logrado huir. Siendo así, podría ponerse en contacto con Kyle y decirle que el plan que ambos elaboraron vuelve a estar en peligro. Tampoco me gusta la idea de que pueda perseguirme, así que tomo la decisión de asegurarme de que no pueda hacer ninguna de esas cosas.

La agarro por el pelo, la arrastro hacia el mismo radiador al que me tenía amarrada y le ato a la cabeza el paño de cocina, asegurándome de que la parte frontal tape su boca y acalle así sus gritos, lo mismo que ella me hizo a mí. Luego empiezo a atarle las muñecas con uno de los trozos de la corbata. Intenta golpearme y detenerme varias veces, pero estoy demasiado cabreada y llena de rabia como para permitir que me derrote.

La adrenalina te da mucho poder. Es, sin duda, lo que me está alimentando mientras inmovilizo a Julia, convirtiendo a mi captora en prisionera. Cuando he terminado de atarla, me aseguro muy bien de apartar, de una patada, todos los fragmentos de cristal, para que estén lo bastante lejos de ella como para que no sea capaz de escapar de la misma forma en la que lo he hecho yo.

—¡Vuelve aquí! —me grita Julia, mientras estoy saliendo ya del salón, pero no tengo intención de hacerlo. Sin embargo, aún no me dirijo hacia la puerta de salida, sino que entro en el dormitorio para buscar el teléfono de la que hasta hace poco era mi captora y

llevármelo conmigo. No quiero que tenga la opción de llamar a Kyle para advertirle de lo que ha pasado si consigue liberarse de alguna forma. Encuentro también mi teléfono, y veo en él un mensaje que Ellie me envió hace varias horas. Muy pronto entenderá por qué no le he contestado todavía.

Cuando miro por última vez a Julia, veo el miedo y la frustración en su rostro. Es un espectáculo digno de contemplar, no tiene desperdicio hacerlo, pues recuerdo muy bien lo satisfecha que estaba mientras me describía su sucia maquinación. La veo forcejear, aunque no consigue hacer grandes progresos. Si se liberara, podría intentar perseguirme, pero, con las heridas que tiene en los pies, dudo mucho que pudiera llegar muy lejos.

Así, salgo corriendo ya hacia el exterior, donde encuentro mi coche aparcado en el mismo lugar en el que lo dejé. Me pongo al volante, arranco y salgo a toda velocidad, contenta de que el estado de las calles, vacías a estas horas, me ayude a llegar lo antes posible a mi destino.

Tengo que ir a casa de mi hija.

Pero mi plan es llevar refuerzos.

Es hora de llamar la policía.

Es hora de acabar con esto.

CAPÍTULO 27

HARVEY

Aunque me podría haber conformado con el plan de caminar durante gran parte de la noche con tal de llegar hasta casa de Dawn, a veces los planes cambian y no tiene sentido no aprovechar una oportunidad mejor cuando se presenta. Eso es lo que hice cuando un coche se detuvo a mi lado y el conductor me preguntó a dónde iba.

Fue evidente que le sorprendió ver a alguien caminando a una hora tan intempestiva, sobre todo porque había empezado a llover un poco, y me preguntó si estaba bien. Le respondí que sí porque no tenía sentido alguno complicarme la vida. Sin embargo, en lugar de seguir conduciendo y dejarme a mi aire sin más, el conductor se ofreció a llevarme.

Observé que tenía distintivos de taxi en su vehículo y al principio supuse que querría sacarme algo de dinero, pero enseguida me dejó claro que no era el caso, pues me explicó que no me iba a cobrar nada porque ya había terminado su turno y tan solo iba en la misma dirección que yo mientras conducía de regreso a casa. En ese instante, me preguntó a dónde iba en concreto, y le di el nombre de la localidad en la que residen Dawn y Ellie, pensando que sería mejor ofrecerle un destino más general y no su dirección exacta, por si acaso la reconocía de las noticias que aparecieron en los medios de comunicación cuando sucedió todo.

—Puedo llevarle allí si quiere —se ofreció el conductor, añadiendo que no se tenía que desviar demasiado de su ruta de camino a casa y que le vendría bien tener un poco de compañía durante la última parte de su viaje.

Durante unos instantes, me planteé si aceptar o no su amable oferta. Pensé en que a veces puede ser mala idea que una persona acepte montarse en el coche de un completo desconocido, sobre todo en las circunstancias en las que ese desconocido me había encontrado a mí, en un arcén oscuro de una carretera en medio de ninguna parte. He leído todo tipo de historias sobre personas que hacen autostop, que se suben a un vehículo con una persona que parece simpática, pero que luego termina siendo muy peligrosa, y lo siguiente que sucede es que otra persona que está paseando a su perro encuentra un cadáver al borde de la carretera: el del autostopista muerto, asesinado simplemente por confiar en alguien en quien no debía.

¿De verdad es necesario correr el riesgo de que me pase algo así? Por supuesto que no. Sin embargo, luego pensé que, en este ejemplo, había muy pocas posibilidades de que el conductor terminara siendo más peligroso que yo. En mi caso, sería el conductor el que se pondría inconscientemente en una situación peligrosa para él, porque era yo el asesino —que, además, se dispone a cometer otro delito grave—, así que estuve seguro de que podía jugármela con él. Por eso acepté su oferta, y tras sentarme junto a él en el asiento del copiloto, el amable taxista comenzó a conducir en dirección al lugar en el que residen Dawn y Ellie.

Han pasado más de cuarenta minutos desde que me recogió del arcén por el que iba caminando. En el transcurso de ese tiempo, el conductor y yo hemos charlado de varias cosas, desde el tiempo que hace a los pros y los contras del coche en el que nos encontramos, pasando por los beneficios de estar despierto a estas horas de la

noche mientras todo el mundo duerme. Pero no nos hemos limitado a hablar de temas banales como esos durante todo el trayecto, sino que hemos tocado otros mucho más profundos de lo que cabría esperar de dos hombres. Quizá haya sido por la casualidad de nuestro encuentro, o tal vez se deba al hecho de que ambos somos conscientes de que no nos volveremos a ver. Sea por la razón que sea, el caso es que nos hemos abierto el uno al otro mientras avanzábamos por oscuras carreteras rurales.

El conductor me ha confesado que perdió a su mujer hace poco tiempo y que, en lugar de pasarse noche tras noche junto a su almohada vacía rememorando el pasado y recordando lo que ha perdido, decidió comenzar a hacer sus turnos como taxista por la noche. Me ha contado que antes trabajaba solo de día, pero que las noches le resultaban difíciles ahora que encontraba vacía su casa cuando regresaba, así que cambió sus pautas de trabajo y ahora se dedica a dormir durante todo el día y a conducir por la noche. Me ha admitido que ha descubierto que, tras la puesta de sol, se respira una calma que le apetece experimentar. Aunque dice que es obvio que lo ha hecho solo para intentar superar el dolor de quedarse viudo, al parecer le está viniendo bien. Su sinceridad conmigo ha provocado que me apetezca hablar a mí también de mi pérdida.

Hablar sobre Daryl nunca me ha resultado nada fácil; rara vez lo he hecho de verdad, sobre todo porque siempre me ha costado un mundo reprimir la rabia que me produce el hecho de que la vida de mi hijo fuera segada de una forma tan cruel: una inglesa lo golpeó en la cabeza con una piedra. Pero me ha resultado mucho más fácil mantenerme sereno hablando sobre la pérdida en sí, posiblemente debido al ambiente relajado que se respiraba en el coche, o tal vez porque he sido consciente en todo momento de que cada minuto que pasaba estábamos más o menos un kilómetro más cerca de vengarme de las responsables de la muerte de mi hijo.

Obviamente no he entrado en detalles sobre cómo perdió la vida Daryl, porque el conductor seguramente se habría acordado del caso casi de inmediato. En vez de eso, he sido impreciso acerca de los detalles de su muerte, aunque sí que he sido mucho más explícito cuando le he hablado de lo que se siente sabiendo que mi hijo se ha ido para siempre.

Le he hablado de los sentimientos de pérdida, vergüenza, arrepentimiento, negación y miedo que he ido experimentando desde entonces, llegando a tener que contener las lágrimas en un momento dado y provocando que el conductor me dijera que las cosas nunca llegan a ser más fáciles, pero que nosotros sí que nos hacemos más fuertes. Se lo he agradecido mucho, como también agradezco haber podido colarle mi drama como una tapadera que explique por qué yo, un hombre americano, estaba deambulando por el somnoliento Suffolk a esa hora tan extraña.

Le he contado al taxista que, tras la muerte de mi hijo, sentí la necesidad de vivir aventuras y que desde entonces he viajado un montón, y que el último de mis viajes ha sido este. Le he dicho que hace poco he llegado a Inglaterra y me he puesto a explorar. Al hombre le ha encantado ese concepto y me ha dicho que entendía que una persona en duelo necesitara cambiar de aires, aunque ha admitido que él no es tan valiente como yo y que no se veía yendo a Estados Unidos y desplazándose por allí sin rumbo fijo.

He disfrutado bastante de nuestra charla durante todo el trayecto, pero, en cuanto he visto una señal de tráfico con el nombre de la localidad de Dawn y Ellie, he vuelto a centrarme en mi objetivo. El taxista me ha preguntado de nuevo si me bastaba con que me dejara en la calle principal. Tras confirmarle que sí, el coche se ha detenido.

—Ha sido un placer conocerle —me dice al bajarme.

Yo le respondo que igualmente, y, antes de alejarme, el hombre me

pregunta cuál es mi próximo plan.

—Ya veré a dónde me lleva la vida —respondo con una sonrisa alegre.

Al conductor parece encantarle la respuesta. Se marcha y me vuelve a dejar solo, esta vez en la acera de una calle. Estoy seguro de que no habría disfrutado tanto de este trayecto conmigo de haber conocido mis intenciones, pero supongo que muy pronto se enterará. Va a salir en la televisión en todas las noticias, y también en todos los periódicos en cuestión de veinticuatro horas, más o menos. No me cabe duda de que el taxista sufrirá ciertos remordimientos cuando se dé cuenta de que, de forma inconsciente, ha ayudado a un asesino a llegar con mucha rapidez al lugar en el que se encontraban sus víctimas.

Ya soy libre para vagar por una ciudad en la que todos los habitantes están todavía metidos en sus camas. Meto la mano en la mochila y saco unos trozos de papel doblados, en los que aparecen las indicaciones de Google Maps para llegar exactamente a la dirección de Dawn. Resulta un poco anticuado utilizar impresiones sacadas de Internet en lugar de una aplicación del móvil, pero supongo que no tan antiguo como utilizar un mapa de los de toda la vida.

Busco señales de tráfico y voy orientándome hasta que consigo averiguar qué camino debo tomar; cuando lo hago, empiezo a andar. Justo antes de hacerlo, vuelvo a comprobar en la mochila que otra de las herramientas necesarias para el día de hoy sigue ahí, cosa que confirmo al palpar la hoja del cuchillo que llevo en ella. Está ahí, fácilmente accesible y listo para ser utilizado cuando lo necesite.

Sigo las indicaciones y soy consciente de que ya me encuentro muy cerca de mi destino, pero, según me acerco a la calle de Dawn, paso por otro lugar que quería visitar en esta localidad. No va a resultarme nada agradable detenerme en este sitio, pero siento que

debo hacerlo.

Entro en el parque donde mi hijo perdió la vida. No voy a ser tan morboso como para buscar el punto exacto donde Dawn lo mató. No estoy muy seguro de dónde ocurrió y, además, todo está completamente oscuro; no sería capaz de encontrarlo incluso si tuviera la intención de hacerlo. Pero sí que quería detenerme en las inmediaciones y tomarme un momento para hablar con el alma de mi hijo, de forma muy similar a lo que hice junto a su tumba hace apenas unos días. Quizá este sea el mejor escenario para hacerlo, porque, aunque sus huesos descansen ahora en el cementerio de Los Ángeles, este parque es el verdadero lugar en el que su alma abandonó su cuerpo.

—Estoy a punto de hacer justicia por ti, hijo —digo en voz alta, contemplando las siluetas oscuras de todos los árboles que me rodean y oyendo el crujido de una rama mecida por el viento—. Dawn y Ellie van a morir esta noche, y cuando lo hagan, por fin podrás descansar. Voy a acabar con esto. Te lo prometo.

Me doy la vuelta y salgo a gran velocidad del parque en dirección al resplandor de las farolas. Otro rápido vistazo al mapa de papel que tengo en la mano me indica que solo me queda doblar una esquina para llegar a mi destino.

El corazón me late en el pecho cuando lo hago y veo el letrero de la calle que lleva el nombre que me resulta tan familiar. Esta calle fue objeto de numerosos reportajes y, al ver la hilera de casas que hay a ambos lados de la misma, las reconozco como el decorado de los muchos reporteros que informaron desde aquí en directo de los surrealistas sucesos en los que se vieron envueltas dos de las residentes de esta calle.

Entonces veo por fin la casa a la que he venido a hacer una visita.

La reconozco, tanto por las noticias como por todas las veces que la he estudiado en Google Street View, tratando de orientarme para

conocer bien el terreno cuando llegara el momento de plantarme aquí en persona. Compruebo hasta dos veces el número de la puerta, porque no puedo permitirme equivocarme de casa.

Si mi idea es matar a las residentes, más me vale asegurarme de que voy a entrar en la vivienda correcta.

Pero sí, sin duda es esta, así que me dirijo con rapidez hasta la parte trasera de la propiedad, levanto el pestillo de la puerta lateral y me cuelo en el jardín de atrás. Intento abrir la puerta trasera de la casa, pero está cerrada, como era de esperar. Sin embargo, hay una ventana cerca de ella. Busco un objeto adecuado con el que romper el cristal, y encuentro una maceta bastante pesada, que termino utilizando con ese propósito.

La maceta rompe el cristal. Trepo a toda velocidad y entro en la casa. Al hacerlo, mis botas crujen sobre los cristales rotos que hay en el suelo de la cocina. De inmediato, busco el cuchillo en mi mochila.

En cuanto lo tengo en mis manos, comienzo a caminar a la caza de cualquier persona que esté en la vivienda, dirigiéndome rápidamente hacia las escaleras, porque espero encontrar a las habitantes de esta casa durmiendo en sus camas en la planta de arriba. Estoy impaciente por ver la cara de Dawn cuando me vea entrar en su dormitorio con un arma mortal; voy a concederle algo de tiempo para que grite y pida clemencia antes de asestarle unos cuantos golpes demoledores.

Tras pasar junto a un cuarto de baño, encuentro primero un dormitorio vacío y luego observo una puerta cerrada al final del pasillo. Dawn debe estar al otro lado de esa puerta, y me preparo para atacarla, sosteniendo el cuchillo en posición elevada con una mano mientras uso la otra para girar el pomo y entrar tan rápido como puedo.

Al hacerlo, enciendo las luces, dispuesto a que mi mirada se

encuentre con la de la mujer que mató a mi hijo.

Pero no está aquí.

La cama está vacía.

No, esto no puede estar pasando.

Me desplazo a toda prisa por el resto de la casa, intentando desesperadamente encontrarla a ella o a su hija, pero aquí no hay nadie. Sin embargo, sé que estoy en la vivienda correcta por todas las fotos familiares que hay en varias paredes y en la repisa de la chimenea. Incluso veo un imán en la nevera en el que aparecen Dawn, Ellie y una persona que supongo que será Sean.

Justo mientras observo el imán, me fijo en otra cosa.

Es una invitación para la boda de Ellie y un chico llamado Kyle.

La despego del frigorífico, contemplo la cara sonriente de la exnovia de mi hijo y le doy la vuelta para leerla. El texto del reverso menciona una ceremonia en Turquía que, a juzgar por la fecha, tuvo lugar hace tan solo unos días. ¿Es esa la razón por la que Dawn no está aquí? ¿Estará en Turquía? ¿Estará Ellie allí también? De ser así, ¿cómo afectará todo eso a mi plan?

En ese momento veo la dirección a la que la gente tiene que confirmar su asistencia a la boda; supongo que será ahí donde deben vivir Ellie y su nueva pareja, Kyle.

Le echo un vistazo al plano de la ciudad que llevo impreso y busco el nombre de la calle. Cuando doy con ella, tengo la sensación de que está un poco lejos de aquí, pero, si empiezo a caminar ya, llegaré pronto, sin duda antes de que amanezca.

Pues ya está resuelto, ¿no?

Es hora de hacerle una visita a Ellie.

CAPÍTULO 28

ELLIE

Nunca he sido capaz de dormir bien después de beber alcohol por la noche. Esa es la razón principal por la que estoy aún despierta, contemplando los números rojos que resplandecen en el despertador de mi mesilla de noche. Marca las cuatro y diecisiete de la madrugada, algo nada alentador para mí porque debería estar profundamente dormida, pues en apenas tres horas me sonará la alarma. Sin embargo, estoy despierta. No paro de dar vueltas en la cama, y no consigo dormirme.

Pienso en ir al baño, pero temo que eso me haga espabilarme aún más, así que decido quedarme calentita y cómoda bajo el edredón. No soy la única que disfruta de esa posición reconfortante; Kyle está a mi lado roncando, durmiendo como un tronco. Me da un poco de envidia que esté recobrando energías de esa forma mientras yo corro el riesgo de levantarme muerta mañana para ir a trabajar.

Me doy la vuelta otra vez, me fuerzo a cerrar los ojos e intento dormirme de nuevo. Con ese objetivo, se me ocurre iniciar una cuenta atrás desde cien. Será aburrido, pero es la mejor idea que tengo. Sin embargo, apenas he llegado al noventa y uno cuando oigo un ruido en el exterior de la ventana de la habitación.

Abro los ojos y miro hacia allí, pero solo veo las cortinas cerradas. Sin embargo, estoy segura de haber oído algo.

Parecía que había algo ahí afuera.

O alguien.

Me digo que puede ser un gato o un zorro merodeando en busca de comida. Pero, si era un animal, ¿por qué me ha parecido más bien el sonido de una bota arrastrándose, como si una persona se estuviera desplazando justo al otro lado de la ventana?

Presto mucha atención por si escucho algún otro ruido, esperando no volver a hacerlo, pero temerosa por si acaso, porque siempre cabe la posibilidad de que se trate de un ladrón. Ese es el problema de vivir en una casa tan bonita: atrae cierto interés, pero no siempre del bueno. ¿Y si hubiera un delincuente acechando ahí fuera, buscando algún punto débil en el exterior de la casa para colarse en ella e intentar robar algunas cosas? No creo que hayamos dejado ninguna ventana abierta, y estoy convencida de que hemos cerrado todas las puertas con llave.

Pero siempre existe la posibilidad de que se nos haya escapado algo.

Caigo en que anoche, cuando llegamos, Kyle y yo estábamos bastante borrachos, y empiezo a volverme paranoica con la idea de que hayamos podido cometer algún desliz y hayamos provocado que nuestra casa sea vulnerable para la entrada de algún intruso. No aseguré la puerta de entrada con el pestillo suponiendo que Kyle lo había hecho, pero ¿y si él creyó que lo había hecho yo? Me estaba dedicando a besarlo y, por tanto, estaba demasiado entretenida como para pensar en eso. ¿Puede ser que él también se dejara llevar por la situación y se olvidara por completo de hacerlo? Sin embargo, el coche de Kyle está aparcado en la entrada de la casa, así que eso debe ser suficiente para indicar que hay alguien dentro y disuadir a cualquier posible ladrón.

A menos que estén fisgoneando para ver si pueden hacerse con las llaves del coche de mi marido.

No, relájate, Ellie. Seguro que solo ha sido un animal; seguro que

la puerta está asegurada, te estás montando una película.

No hay de qué preocuparse.

No habrías escuchado ese sonido si hubieras estado dormida, que es como deberías estar.

Así que venga, inténtalo.

Cierra los ojos.

Vuelve a dormirte.

Estoy a punto de tratar de relajarme de nuevo cuando oigo un ruido que me hace dar un respingo y sentarme de golpe en la cama.

Escucho el sonido de cristales rompiéndose; ya no tengo dudas de que lo que había ahí fuera no era un animal.

Hay alguien intentando entrar en la casa.

Por lo que parece, ha tenido éxito.

—¡Kyle! ¡Despierta! —exclamo con una voz apresurada pero a bajo volumen, desesperada porque me oiga mi marido, pero no la persona que, al parecer, acaba de infiltrarse en nuestra casa en plena noche.

Pero Kyle no reacciona fácilmente. Está claro que se encuentra en un sueño profundo inducido por el champán, lo que significa que tengo que sacudirlo varias veces para conseguir que recupere la consciencia.

Cuando vuelve a la vida, quejándose y dándose la vuelta para ver por qué acabo de interrumpir su sueño, le doy una noticia alarmante, una que nadie quiere oír cuando acaba de despertarse abruptamente.

—¡Creo que alguien ha entrado en la casa!

Mi susurro de pánico provoca la reacción que yo esperaba en mi marido, que se sienta en la cama con rapidez y se une a mi estado de nerviosismo.

—¡¿Qué?!

—He oído cómo rompían una ventana. ¡Alguien está intentando

entrar!

—¿Estás segura?

—¡Sí! He oído un ruido afuera y, poco después, he escuchado cristales rompiéndose. Creo que podría ser en la cocina. ¡Puede que hayan entrado por la puerta de atrás!

Es desconcertante mantener una conversación así de estresante mediante susurros, pero es peor aún pensar que podría haber un hombre o una mujer desconocidos moviéndose sigilosamente al otro lado de la puerta de nuestro dormitorio.

—No oigo nada —susurra Kyle, lo cual es una mierda porque, si hubiera escuchado lo mismo que yo, tendría el mismo nivel de preocupación.

—¡Te juro que he oído entrar a alguien! —le respondo, pero no hace falta que intente convencerlo porque, apenas un segundo después, escuchamos otro ruido.

Está claro que hay alguien dentro de la casa.

A pesar de la oscuridad que domina la habitación, veo la angustia en el rostro de mi marido cuando entiende la situación en la que nos encontramos. Ahora estamos juntos en esta pesadilla.

—¡Voy a llamar a la policía! —exclamo, y me levanto a por mi teléfono, pero, justo antes de que pueda cogerlo, Kyle me detiene.

—No, espera —me dice, aunque no entiendo por qué.

—¿Qué? Tenemos que llamar a emergencias. ¡Alguien ha entrado en casa, podría hacernos algo! —le digo. Mi voz ya es algo más que un susurro, temo que el intruso me haya oído.

—Voy a echar un vistazo —me responde Kyle, retirando el edredón, y pone los pies descalzos sobre la alfombra.

—¡No! ¡Es muy peligroso! —le advierto, tirando de él hacia la cama, aterrorizada ante la idea de que mi marido esté a punto de salir del dormitorio y ponerse a sí mismo en una situación de mucho riesgo.

—Tranquila, no va a pasar nada —trata de tranquilizarme.

Como no tengo la menor idea de en qué se basa para hacer una suposición así, vuelvo a suplicarle que me deje llamar a la policía para que vengan de inmediato. Con un poco de suerte, podrían atrapar al intruso, o este se irá sin llegar a entrar en el dormitorio. Mientras nosotros estemos bien, me da igual que se lleve cualquier cosa que se encuentre por el camino. Pero es evidente que Kyle no quiere que meta a la policía en esto, cosa que no entiendo. Se aparta de mí y se acerca a la puerta.

—¡Kyle! —le vuelvo a susurrar, levantándome yo también de la cama. Aunque me insta a quedarme donde estoy, no le hago caso y me uno a él a la altura de la puerta, escudándome tras su cuerpo, pero tratando de permanecer cerca de mi marido, porque yo también quiero intentar protegerlo.

Kyle coge el pomo de la puerta y lo gira con suavidad. Casi siento que puedo oír los latidos de su corazón, y también del mío, cuando la puerta se abre y nos asomamos al pasillo oscuro que hay al otro lado de la puerta del dormitorio. Antes de avanzar, me vuelve a decir que me quede en la habitación.

—No, quiero ir contigo —le respondo, pero él hace un gesto negativo con la cabeza y me repite que no me mueva del dormitorio.

Supongo que es la naturaleza protectora del hombre de la casa la que trata de imponerse, porque está claro que quiere ir solo, así que al final decido obedecerlo y vuelvo al interior.

Ver a Kyle alejarse sigilosamente por el pasillo es desconcertante. E igual de tenso es escucharlo gritarle a quienquiera que haya entrado en nuestra casa que hemos llamado a la policía y que es mejor que se largue de aquí antes de que se meta en problemas. Pero mi marido no recibe respuesta.

El intruso permanece callado.

Demasiado callado.

Kyle vuelve a chillar, diciendo que sabe que hay alguien en la casa

y que tiene diez segundos para salir de aquí o se va a arrepentir. Pero, de nuevo, no se escucha ninguna respuesta.

¿Se habrá largado ya?

¿O estará al acecho entre las sombras, esperando el momento para atacar?

—Kyle —le susurro a mi marido, pero él no contesta. Está concentrado en avanzar y no en volver a retroceder. Lo pierdo de vista cuando dobla la esquina para dirigirse hacia las escaleras. Cuando desaparece de mi campo de visión, me pongo aún más nerviosa.

—¿Kyle? —susurro de nuevo, pero no me contesta, y no sé qué hacer. De repente, lo escucho gritar, y me parece que es un alarido de dolor.

—¡KYLE! —grito, y salgo corriendo del dormitorio. Ya no me da ningún miedo enfrentarme a cualquier tipo de peligro, porque tengo que comprobar que mi marido está bien. Cuando doblo la esquina y miro escaleras abajo, tengo la oportunidad de averiguarlo, aunque lo que me encuentro no es precisamente lo que yo deseaba.

—¡Kyle! ¡No! —exclamo, horrorizada, al ver al hombre a quien quiero tendido en los escalones que tengo ante mí, con las manos apretadas contra el abdomen, la camiseta empapada en sangre y los ojos ya cerrados.

Es ahora cuando veo a la persona que acaba de apuñalarlo.

Está de pie junto a su cuerpo, con un cuchillo en una mano y una sonrisa maliciosa en la cara.

No es un intruso cualquiera.

Conozco a este hombre.

Y él también me conoce a mí.

—Hola, Ellie —me saluda Harvey, mientras el cuchillo ensangrentado resplandece a la luz de la luna que entra por la ventana del pasillo—. Cuánto tiempo, ¿verdad?

CAPÍTULO 29

DAWN

La llamada telefónica desesperada que le hice a la policía de camino a casa de Ellie parece haber dado sus frutos, porque nada más llegar a su calle veo unas luces azules intermitentes que se unen a mí.

Tras marcar el número de emergencias y contarle al operador que mi hija ha sido víctima de un par de delincuentes que no solo han sido capaces de estafarla a ella, sino también de secuestrarme a mí, le imploré que enviara algunos coches patrulla a la dirección de Kyle. Supuse que yo llegaría antes que ellos, pero subestimé el tiempo de respuesta de la policía local y, en el momento en el que estoy saliendo de mi coche, veo ya tres coches de policía aparcando cerca del mío.

Sin duda, el hecho de que le dijera a la operadora que pensaba que la vida de mi hija podía estar en peligro ha debido ayudar a agilizar la respuesta policial. Me alegro mucho de que estén aquí, porque puede que esté en lo cierto y que Kyle, al margen del daño económico que le ha hecho a Ellie, también le provoque un daño físico.

—Esta es la casa —digo, señalando hacia la puerta de entrada mientras avanzo en esa dirección. Aunque el primer policía que me alcanza me pide que me tranquilice, no hago tal cosa.

—¡Entrad ya y arrestad a Kyle! —exclamo—. Hacedlo ya, antes de que sea demasiado tarde.

Estoy a punto de abrir yo misma la puerta, pero otro agente me indica que ellos toman el control de la situación desde ese momento y me aparta a un lado. Otros dos agentes llaman a la puerta para comprobar si hay alguien dentro. Pero yo tengo la sensación de que se están tomando todo con demasiada parsimonia.

—¡Tirad la puerta de una patada! —les grito—. ¡El hombre que está ahí dentro con mi hija es peligroso!

Mientras exijo eso con gran contundencia, me pregunto si alguno de los agentes que ha acudido a la casa de mi hija me reconocerá de la última vez que me vi envuelta en un caso dramático en esta misma población. De ser así, podrían pensar que estoy teniendo algún tipo de *flashback* de aquella época y exagerando la situación una enormidad, o que incluso me esté inventando esta nueva historia. Pero tienen la obligación de comprobar cualquier denuncia de un posible delito, y eso es lo que están haciendo, aunque seguramente no con la suficiente rapidez.

Veo a dos agentes rodear la casa para llegar hasta la parte de atrás. Estoy desesperada porque alguien actúe ya de una vez y decida entrar, pero, un momento después, oigo por las radios que hay indicios de que han forzado la entrada por detrás.

¿Han forzado la entrada?

Esa parece ser la señal para que los policías que hay junto a la puerta delantera decidan entrar, cosa que hacen por la fuerza, dándole una patada a la puerta y anunciando a toda voz su llegada cuando se adentran en el vestíbulo.

Me ordenan que espere fuera con un agente que no se separa de mí. Rezo por ver a Ellie salir en cualquier momento vestida con un pijama, confundida y exigiendo saber qué está pasando, lo cual le explicaré de inmediato en cuanto la vea. También muero de ganas por ver salir a Kyle esposado, pasando a mi lado camino del asiento trasero de un coche patrulla. Cuando eso ocurra, estaré encantada

de soltarle unos cuantos improperios para que no le quede ninguna duda de lo que pienso de él y de su despreciable compañera, que pronto estará también bajo custodia policial.

Pero no sale nadie de la casa, y lo único que oigo son las radios de los policías que me rodean. De repente, es como si la tensión aumentara entre todos ellos. Otros dos agentes entran en la casa a toda velocidad, y oigo a otro pedir más ayuda por radio. Es en ese instante cuando empiezo a sentir pánico ante la posibilidad de que hayamos llegado demasiado tarde.

¿Le habrá hecho Kyle algo a Ellie una vez que tenía en sus manos el dinero que ella le ha conseguido?

¿Habrá desaparecido del mapa?

¿Y mi hija? ¿Estará muerta?

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando? —grito a viva voz. Intento llegar hasta la puerta de entrada, pero un agente me retiene y me dice que se está trabajando en la escena de un crimen y que no puedo entrar.

—¡Mi hija está ahí dentro! ¿Está bien? —imploro saber, pero no obtengo respuesta, algo que me parece muy revelador.

Dios mío. Algo horrible le ha tenido que ocurrir a Ellie. Otra vez le ha sucedido algo y, a diferencia de la anterior ocasión, hoy no estaba ahí cuando me necesitaba para salvarla.

Noto cómo pierdo las fuerzas en las piernas, sintiendo que podría colapsar en la entrada de la casa y pasarme aquí días llorando. Antes de que me llegue a caer, un oficial de policía sale de la casa y me ofrece algunas novedades.

—No hay rastro de ninguna mujer en la propiedad —me dice.

—¡¿Qué?! ¿Dónde está mi hija? —le pregunto, pero el agente no parece saberlo. Sin embargo, tampoco parece relajado, lo que me indica que, aunque no haya ni rastro de Ellie ahí dentro, sí que han encontrado algo.

—¿Dónde está Kyle? —le pregunto—. ¡El marido de mi hija! ¡O el supuesto marido, o lo que quiera que sea! ¿Está ahí dentro?

El agente intercambia una mirada de preocupación con un compañero y después ambos me piden que retroceda, que deje trabajar a la policía.

—¿Qué está pasando? —vuelvo a implorar. No consigo que nadie me dé ninguna pista. Entretanto, la calle está cada vez más concurrida.

Al principio, veo que todos los vecinos van encendiendo algunas luces; después, algunos de ellos abren las puertas de sus casas y salen en bata, deseosos de saber a qué se debe tanto alboroto.

Pero no es la aparición de los vecinos lo que me hace más difícil asimilar la escena.

Es la irrupción de una ambulancia, junto con una furgoneta blanca grande, de la que emergen varios forenses con monos blancos.

—¡Por favor, que alguien me diga qué está pasando! —suplico, con lágrimas corriendo por ya mis mejillas, mientras veo a los sanitarios entrar en la casa. Aunque un agente me ha asegurado que no hay mujeres dentro de la propiedad, está claro que aquí ha ocurrido algo terrible. La presencia del equipo forense me hace suponer que se trata de una muerte.

Quizá hayan encontrado el cadáver de Ellie y no quieran contármelo todavía porque les dificultaría muchísimo el trabajo. Puede que un agente me pida que vaya a comisaría dentro un rato, y tal vez allí por fin sean sinceros conmigo y me cuenten que encontraron a Ellie en la casa y que, por desgracia, no pudieron hacer nada por ella.

Pero, si se trata de una noticia tan terrible como esa, da exactamente igual dónde me la cuenten. Algo así se cargaría mi vida para siempre, y lo mismo da enterarme aquí, de pie en una fría calle, o sentada en una sala de reuniones de una comisaría. Por eso

insisto una y otra vez para ver si alguien por fin me escucha y me cuenta qué está sucediendo. Transcurre más de una hora sin que obtenga ninguna respuesta; ya puedo ver cómo el sol empieza a despuntar en el horizonte por encima de todas las casas que tengo delante.

Por fin, cuando el cielo ya ha pasado de un negro oscuro a un azul muy claro, consigo que alguien lo bastante competente —o simplemente cualificado— me dé una respuesta.

—Al entrar en la propiedad, los agentes han descubierto el cadáver de un hombre en la escalera —me explica con tono sombrío—. Era la única persona que había dentro de la casa, por lo que, de momento, no sabemos dónde está su hija.

¿El cadáver de un hombre?

—¿Es Kyle? —pregunto, confundida, sin tener ni idea de cómo pudo terminar siendo la víctima, si yo pensaba que era Ellie.

—Creemos que sí —me responde. Acto seguido, me pregunta si sé en qué otro lugar podría estar mi hija.

—¡No, pero tenéis que encontrarla, porque ella también podría estar herida! —exclamo. Para mi sorpresa, la policía no parece pensar lo mismo que yo.

—¿Es posible que su hija haya podido herir a su pareja? —me pregunta a continuación.

—¿Cómo?

—Nos ha contado que un hombre que su hija creía que era su marido la estaba engañando con respecto a varios asuntos. ¿Es posible que se enterara de ello y tomara represalias?

—¿Creéis que Ellie ha matado a Kyle? No, ella no haría algo así —respondo. En ese preciso momento, sale de la casa una bolsa que contiene un cadáver, y eso interrumpe nuestra acalorada conversación.

Miro fijamente esa bolsa blanca cuando los forenses que la

transportan pasan por mi lado. La cargan en la parte trasera de la furgoneta, y, cuando cierran las puertas de la furgoneta, veo cómo varios de los vecinos que están en la calle se llevan las manos a la boca en un gesto de estupor.

Están incrédulos.

Están confundidos.

Aunque solo sienten una mínima parte de lo que siento yo, intentando encontrarle un sentido a lo que ha sucedido.

Kyle está muerto, pero ¿cómo ha pasado? He escuchado que existen signos de una entrada forzada. ¿Significará eso que un intruso ha provocado que termine en esa bolsa para cadáveres? O, como ha parecido sugerir el agente de policía con el que acabo de hablar, ¿habrá sido mi hija quien lo ha matado?

Me gustaría pensar que no, o que al menos ella no le habría hecho ningún daño a no ser que fuera en defensa propia, porque su propia vida estuviera en peligro. Aunque, de haber sido así, seguramente habría llamado a la policía para informar de lo sucedido. Sin embargo, ahora parece estar desaparecida. Y una persona inocente no abandona la escena de un crimen, ¿verdad? Se queda y explica lo ha pasado porque pretende colaborar.

Sin embargo, Ellie no aparece por ninguna parte.

¿Será mi hija inocente? ¿O habrá hecho lo que yo tuve tantas ganas de hacer estando atada en el piso de Julia? ¿Habrá matado a Kyle nada más enterarse de que era un desgraciado?

No lo sé.

Ni la policía ni ninguno de estos vecinos parece saberlo tampoco.

La única persona que lo sabe es la propia Ellie.

Pero ¿dónde está?

CAPÍTULO 30

ELLIE

Solo han pasado diez minutos desde que vi el cuerpo de Kyle en las escaleras de nuestra casa y me di cuenta de que mi marido estaba muerto. En tan breve espacio de tiempo, siento como si cuerpo hubiera vaciado su depósito de lágrimas y ya no fuera capaz de producir más.

Me puse de rodillas y lloré desconsoladamente, tratando de devolver a Kyle a la vida, y continué llorando incluso cuando me resultó obvio que no había forma de salvarlo. Seguí llorando mientras Harvey me agarraba y me arrastraba hasta el final de las escaleras. Me costó mucho responderle, entre lágrimas, cuando me dijo que tenía que cooperar con él o, de lo contrario, sufriría las consecuencias.

Entre sollozos, lo escuché decirme que iba a pagar por lo que le había ocurrido a su hijo, y aún seguía llorando cuando me ordenó que le diera las llaves del coche de Kyle para poder alejarnos de aquel lugar. Después de que Harvey me amenazara con apuñalarme con el mismo cuchillo con el que había asesinado a Kyle, terminé dándole las llaves del coche. Luego me arrastró hasta la puerta, y también lloraba mientras avanzaba hacia ella porque, aunque mi pobre marido ya estaba muerto, yo no quería dejar atrás su cadáver.

Pero, cuando me metió a empujones en el asiento del copiloto del coche, las lágrimas cesaron. Harvey arrancó y comenzó a alejarse de

la casa, y yo empecé a sentir mucho frío. Supuse que estaría entrando en estado de *shock*; eso sería lo único que podría explicar el frío relajante que me invadió. Debió ser la forma en la que mi cabeza trató de prepararme para sobrevivir a los siguientes minutos que estaban por venir.

Era casi como si estuviera tratando de borrar de mi mente lo que acababa de suceder porque no podía procesar una cosa como esa tan rápidamente, habría de hacerlo más adelante. En ese instante me quedé callada y quieta, y así he estado desde entonces mientras Harvey continuaba conduciendo. Pronto me di cuenta de que nos dirigíamos a casa de mi madre.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto al americano letal junto al que estoy sentada, con pavor a escuchar la respuesta, porque quizá ella haya sufrido el mismo destino que Kyle y yo no haya perdido solo a un ser querido en el transcurso de esta noche.

—Me alegro mucho de volver a verte, Ellie —me responde Harvey, ignorando mi pregunta mientras toma una curva—. No te haces una idea del tiempo que llevo visualizando en la cárcel tu cara y la de tu madre, esperando pacientemente para poder daros una sorpresa como esta.

—¿Dónde está mi madre? —le grito.

Pero Harvey se limita a responder con la fría insensibilidad que, sin duda, transmitió a su hijo, si analizamos cómo este último intentó matarme aquella noche en el parque que está aquí al lado.

—Haz lo que te digo y la volverás a ver —me explica—. Pero, si no me haces caso, atente a las consecuencias.

Me está advirtiendo de forma bien clara que no intente resistirme, que no me escape del coche tratando de abrir alguna puerta y echando a correr. La verdad es que no podría hacerlo aunque quisiera, no solo porque estoy preocupada por mi madre y quiero comprobar si está bien, sino sobre todo porque me siento demasiado

débil para emprender una huida, con el trauma que acabo de sufrir.

Mi marido ha muerto. Mi marido, con el que me casé hace solo unos días. Se suponía que íbamos a estar juntos durante el resto de nuestras vidas. Felices para siempre.

Pero ahora soy viuda.

Como mi madre.

Recuerdo que no ha contestado a mi mensaje ni me ha llamado en todo el día, y ahora entiendo la razón. Harvey debe haber ido a por ella antes que a por mí y la ha debido silenciar. ¿Estará atada en casa? ¿Sufriendo algún tipo de dolor? ¿Estará aferrándose a la vida o quizá esté ya muerta? No tengo ni idea, y no lo voy a saber hasta que lleguemos a su casa.

Continúo en un estado de aturdimiento absoluto mientras Harvey maniobra para aparcar junto a la casa de mi madre, pero empiezo a luchar de nuevo cuando me dice que salga del coche.

—No —le respondo. Ahora que hemos llegado, siento que esta podría ser la última fase del plan de Harvey para torturarme. Me va a meter en casa de mi madre, me va a enseñar su cadáver y, cuando esté totalmente rota por el dolor, va a acabar con mi vida para ponerle la guinda a su venganza. Si esa es su idea, yo prefiero que me mate aquí mismo.

—No puedo —digo después de que Harvey me haya vuelto a ordenar que salga del coche.

—¡Sí puedes, claro que puedes! —me grita, frustrado. Corre por el exterior del coche hacia mi puerta, la abre y me saca a rastras. Luego, a empujones, me desplaza hasta la parte de atrás de la casa. Mientras avanzamos, veo algo que me da esperanzas de que mi madre no esté aquí dentro, herida o muerta.

Su coche no está en la entrada de la casa.

Si Harvey hubiera venido aquí primero y le hubiera hecho daño, seguramente habría usado su coche para ir a buscarme a mí. Pero le

hicieron falta las llaves del coche de Kyle para volver hasta aquí conmigo, así que quizá aún no haya dado con mi madre.

Si es así, tal vez pueda intentar escapar.

Me doy la vuelta e intento correr, aterrorizada ante la idea de sentir un cuchillo penetrando en mi piel si fracaso en el intento de huir a toda velocidad. Aunque no siento que me claven un cuchillo, sí que noto que las fuertes manos de Harvey me agarran de un brazo y me empujan hacia él. Después, continúa arrastrándome por el lateral de la casa hasta que llegamos al jardín trasero. Veo entonces que Harvey saca una llave y abre con ella la puerta de atrás de la casa, cosa que indica que ya debe haber estado aquí con anterioridad. Cuando veo una ventana rota, confirmo esa idea.

—¿Qué pretendes hacer? —le pregunto a Harvey cuando entramos.

Me responde que me siente en una de las sillas de la cocina, pero enseguida me vuelve a ignorar y se dispone a cerrar de nuevo la puerta trasera de la casa. Comienza a rebuscar en algunos de los armarios de la cocina. Es evidente que está buscando algo concreto, aunque no sé de qué podría tratarse.

—¿Dónde está mi madre? Su coche no está en la entrada. No está aquí, ¿verdad? ¿Dónde está?

Mis preguntas siguen frustrando a mi secuestrador. Como no me responde, decido seguir cuestionándole sobre más cosas.

—¿Por qué has matado a mi marido? Él no os conocía, ni a ti ni a tu hijo. Si pretendes vengarte de mi madre y de mí, ¿por qué has tenido que matarlo a él?

—¡Cállate! —grita Harvey, que obviamente se está hartando de mí, lo que podría ser tanto positivo como negativo. Puede que sea una buena señal que se ponga un poco nervioso, porque quizá quiera decir que no tiene la situación tan controlada como yo pensé en un principio. Pero su hartazgo también podría suponer que termine clavándome el cuchillo en el estómago para que me calle de una

vez.

Así que lo mejor será que le haga caso.

Me quedo, pues, observándolo en silencio. Me ordena que no me mueva de donde estoy si quiero volver a ver a mi madre y, a continuación, sale un momento de la cocina, cruzando la puerta que da al garaje. Me he quedado sola, y me parece una buena oportunidad para intentar huir otra vez.

Vi que Harvey cerró con llave la puerta trasera, pero puedo intentar forzarla o correr hasta la puerta de entrada de la casa e intentar salir por ahí. Decida lo que decida, tengo que actuar ya, así que me levanto y cruzo toda la cocina corriendo, rezando para que, por algún motivo, mi madre no haya asegurado con llave la puerta de entrada. Pero no se abre y, apenas un segundo después, tengo otra vez encima las manos de Harvey, que me arrastra hasta la cocina. Allí, me recuerda que, si no hago lo que me dice, voy a morir.

No me queda otra que sentarme de nuevo en la silla después de que me haya vuelto a enseñar el cuchillo para acompañar su amenaza, y al hacerlo veo que en sus manos también hay otra cosa. *Cuerdas.* Sería eso lo que estaba buscando; ahora que las ha encontrado en el garaje, las va a usar para atarme a esta silla.

Cuando me tiene inmovilizada, Harvey se relaja por fin. Mete la llave de la puerta trasera en la cerradura, presumiblemente para no perderla en caso de que necesite salir de aquí a toda prisa, y se sienta frente a mí.

—Bueno, pues vamos a esperar aquí hasta que tu madre llegue a casa —dice—. ¿Sabes dónde está?

Eso significa que está bien. Aún no le ha hecho nada.

—¡No, no lo sé, pero no te vas a salir con la tuya, basura humana! —le grito—. Es muchísimo más lista que tú, igual que fue demasiado lista para tu hijo. Por eso él está muerto, y tú también vas a morir.

Igual no ha sido el comentario más brillante que he hecho en mi

vida, pero tenía la necesidad de desahogarme. Y vaya si lo he hecho, me he sentido fenomenal. Lo más frustrante, sin embargo, es que Harvey no parece inmutarse en absoluto ante mi arrebato, probablemente porque, por ahora, sigue teniendo las de ganar en esta situación.

Pero ¿por cuánto tiempo?

CAPÍTULO 31

DAWN

Desde que me trajeron a comisaría después de todo el drama acontecido en casa de Kyle y Ellie, me han interrogado acerca de varias cosas. Me han preguntado si quería algo caliente de beber. También, si tengo alguna idea de lo que podría haber pasado en la escena del crimen en la que acabábamos de estar. Y, lo más importante, me han preguntado si se me ocurre dónde podría estar mi hija.

Pero he respondido a todas las preguntas con la misma palabra.

No.

La respuesta al ofrecimiento de la bebida fue acogida con total indiferencia, pero no se podría decir lo mismo de las otras dos. La policía está desesperada por saber qué ha sucedido en esa casa y cómo Kyle terminó siendo apuñalado hasta la muerte en las escaleras. Yo estoy igual que ellos.

Yo también quiero entender qué coño ha pasado.

Y quiero dejarles claro que ni mi hija ni yo hemos tenido nada que ver.

—Estoy segura de que Ellie no le ha apuñalado —digo, negando con la cabeza ante la detective que tengo sentada frente a mí—. Ella lo quería. Era su marido. Hacía poco que se habían casado.

—Pero usted nos ha contado que Kyle era un estafador que la engañó para que pidiera un préstamo bancario muy cuantioso con el

que planeaba fugarse —responde la detective, con aparente tranquilidad.

—¡Sí, pero Ellie no tenía ni idea de nada! —exclamo con un grito—. Yo estaba yendo a su casa para decírselo. ¡Mi hija no se podía imaginar que le estaban mintiendo! ¡Yo me enteré ayer!

—Eso es lo que dice usted —responde la detective, mientras revisa sus notas—. Asegura que siguió a Kyle hasta un piso, lo vio con otra mujer y, en cuanto pudo, se acercó a ella. Luego, la mujer la atacó y la mantuvo prisionera durante varias horas hasta que logró escapar.

—Así es. Sabe que fue eso lo que sucedió. Les expliqué a dónde ir para encontrar el piso y a la mujer que había en él. ¡Julia! Me tenía atada, pero pude escaparme. Si no lo hubiera hecho, ¡quién sabe lo que me habría ocurrido!

—Nuestros agentes han ido a ese piso y hemos encontrado a Julia —me explica la detective—. Estaba atada.

—¡Claro, ya lo sé! La maniaté yo, ¡pero porque ella me hizo lo mismo a mí antes!

—Había mucha sangre de la mujer por el suelo del piso.

—Echó a correr hacia mí y pisó un montón de cristales rotos —detallo antes de que a la detective se le ocurra pensar que fui yo quien provocó que la sangre de Julia estuviera por todas partes—. Fue ella la que me atacó a mí. ¡Lo único que yo hice fue escaparme!

—Es curioso, porque Julia nos ha contado que fue usted quien la atacó a ella —dice la detective. Su afirmación me deja de piedra.

—¡¿Qué?!

—Verá, estamos ante dos versiones muy diferentes de la historia, así que, ahora mismo, no sé a quién creer.

—¡Tiene que creerme a mí, porque yo soy la que le está diciendo la verdad! Julia y Kyle estaban trabajando en equipo para engañar a mi hija y que les consiguiera una enorme cantidad de dinero. Por lo que Julia me contó, el plan había salido a la perfección. Podrá

comprobarlo con el banco. Miren la cuantía del préstamo que mi hija solicitó ayer. Van a ver que son cien mil libras. Ellie le consiguió ese dinero a Kyle porque pensó que su negocio estaba en problemas, pero la intención de ese hombre era huir con la pasta y dejar a mi hija con la deuda. Son criminales, y ya han estafado a otras personas con anterioridad. Ellie no ha sido la primera.

—Vaya relato me acaba de detallar —dice la detective, casi impresionada por la historia que le he contado.

—¡Es la verdad! —respondo, exasperada—. Le juro que le estoy contando la verdad. ¿Dónde está Julia ahora? ¿La están interrogando?

—Sí, claro que lo estamos haciendo. Vamos a llegar al fondo del asunto, téngalo por seguro.

—Perfecto, pero tienen que hacerlo lo más rápido posible, porque mi hija está desaparecida, y es probable que quien mató a Kyle la tenga ahora retenida en algún lugar. Vieron signos de que habían forzado la entrada de la casa, ¿verdad? Quien haya entrado debe haber apuñalado a Kyle y luego se ha llevado a Ellie a algún lado.

—¿Quién podría hacer algo así?

—No lo sé. Tal vez alguien a quien Kyle estafó en el pasado. Puede que lo hayan encontrado y hayan decidido vengarse de él.

Está claro que esa no es la respuesta que la detective deseaba escuchar. Quizá solo le sirve para confirmar lo que ella sospecha: esta no es una trama descabellada que haya que desentrañar, sino un caso muy sencillo de una esposa vengativa que ha matado a su marido mentiroso.

—Ellie no es una asesina —digo en voz baja, completamente convencida de que mi hija es incapaz de hacer daño a otro ser humano.

—Pero usted sí que lo es —responde la detective.

Ay, no. Ya estamos otra vez. De nuevo, ese pasado que tanto

quiero olvidar está a punto de resurgir.

—Tengo entendido que su hija y usted estuvieron implicadas en un incidente hace poco más de cinco años en el que un joven perdió la vida —me dice la detective, sin mirar ya sus notas, porque es evidente que lo sabe todo acerca de aquel caso.

—Un joven que estaba intentando matar a mi hija —le respondo. Yo tampoco necesito mirar ninguna nota, porque no pasa una noche sin que vea en mis sueños ese parque tenebroso, el cuerpo sin vida de Daryl tendido a mis pies y una roca ensangrentada en mis manos —. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Lo que quiero decirle es que no es la primera vez que usted y su familia tienen algo que ver con un cadáver o se ven involucradas en una investigación policial. ¿Ha seguido su hija su ejemplo y ha sido ella la que ha matado en esta ocasión? ¿O se ha repetido la historia y ha sido usted quien ha acabado con la vida de Kyle? ¿Deberíamos considerarla sospechosa?

—¡Esto es ridículo!

—Ah, ¿sí? ¿De verdad espera que me crea que no es más que una simple coincidencia que una madre y una hija normales, de clase media, hayan acabado siendo protagonistas en dos de los mayores crímenes que jamás hayan ocurrido en esta población?

—¡Sí!

—O sea, que usted cree en las coincidencias, ¿verdad?

—Sí. Bueno, a ver, no. Yo qué sé, no estoy segura.

—Yo no creo en ellas. ¿Sabe en lo que sí creo? En los patrones. En la historia. En los hábitos. En que lo que ocurre en el pasado suele repetirse en el presente. Esos son indicadores mucho más importantes de lo que realmente ha sucedido, y no cualquier idea extravagante y caprichosa que tenga que ver con la mala suerte y la desgracia. Ideas como, por ejemplo, que dos personas como usted y su hija hayan vuelto a estar en el lugar equivocado en el momento

equivocado, sin más.

Pienso en defenderme de nuevo de los ataques de la detective, pero me parece inútil hacerlo. Reflexiono sobre lo que acaba de decirme; aunque no me ayuda en nada, sé que en gran parte tiene razón. El pasado suele predecir el futuro mucho mejor que cualquier otra cosa.

El pasado...

Daryl...

Harvey.

—¡Dios mío de mi vida! —grito, levantándome de golpe de la silla, sorprendiendo a la detective con ese repentino movimiento—. ¿Y si esto no tuviera nada que ver con Kyle y Julia? ¿Y si esto está relacionado con el caso anterior?

—¿A qué se refiere?

—¿Y si el padre de Daryl ha vuelto para vengarse y es él quien tiene a Ellie en estos momentos?

Tardo unos minutos en conseguir que la detective entienda a qué me refiero. Cuando le cuento que Harvey ha salido recientemente de la cárcel y ha viajado a Europa nada más hacerlo, le sugiero que podría haber encontrado la manera de entrar en Inglaterra y localizar a mi hija.

—¡Puede que haya forzado la entrada de su casa y matado a Kyle al enfrentarse a él! —le grito—. Y quizá, después, se ha llevado a Ellie. ¡Eso explicaría por qué no podemos encontrarla!

—Y, si es él quien la tiene, ¿dónde podrían estar?

Pienso en un posible paradero, y no tardo mucho en encontrar una respuesta. Si Harvey ha venido a por Ellie, es imposible que no quisiera ir a por mí también. Después de todo, fui yo quien le dio a su hijo el golpe mortal.

—En mi casa —contesto—. Están en mi casa.

—Un momento, no puedo dar crédito a estas teorías descabelladas

cuando tenemos sobre la mesa un crimen que investigar —dice la detective, pero yo le aseguro que estoy convencida de estar en lo cierto. Le doy una razón para que me dé al menos una oportunidad.

—Si estoy equivocada, entonces puede hacer conmigo lo que quiera. Arrésteme. Acúsenme por la muerte de Kyle. Haga lo que le dé la gana, me da igual. Pero, si estoy en lo cierto, tenemos que ir a mi casa de inmediato, porque mi hija estará allí, ¡y estará en peligro!

Puede que se deba a mis súplicas apasionadas, o quizá sea que, simplemente, la detective carece de mejores opciones en este momento, pero ha accedido a hacer lo que les he pedido. Dos minutos más tarde, me encuentro en un coche patrulla que se dirige hacia mi casa a toda velocidad, junto con varios coches más, en uno de los cuales se encuentra la detective.

Todo depende de este momento.

¿Estaré equivocada?

¿O habrá logrado Harvey llegar hasta mi hija?

De ser así, quizá este sea su turno. Puede que sea él quien me regale ahora un final amargo.

CAPÍTULO 32

ELLIE

Es extraño sentir tanto miedo e impotencia en la casa en la que me crie.
Esta es la casa de mi familia.

Debería sentirme protegida aquí. Fuerte. Más segura que en cualquier otra parte del mundo.

Es el lugar en el que jugaba cuando era pequeña, donde me leían cuentos antes de acostarme, veía dibujos animados y correteaba haciendo un montón de ruido por el simple hecho de ser joven y sentir todo tipo de emociones. También es el sitio en el que me sentaba a comer con mis padres y los escuchaba hablar de su día, de los planes para el fin de semana, de lo cansados que se sentían por culpa del trabajo o de que ya solo faltaban unas semanas para volver a irnos todos juntos de vacaciones. He abrazado a mi madre y a mi padre en todas y cada una de las habitaciones de esta casa. Dentro de estas paredes hay mucho amor y calor que nunca desaparecerán, por mucho tiempo que pase.

Claro que también ha habido momentos malos, como cuando lloraba por haberme caído y hecho daño, o aquellas veces que me negaba a comer alguna verdura y me obligaban a quedarme en la mesa hasta que me acabara el plato. Esas noches eternas en las que repasaba para los exámenes, en las que a menudo sentía que no era lo bastante lista como para aprobarlos, o las ocasiones en las que

me tumbaba en la cama a esperar a que un chico que me gustaba me contestara y me iba a dormir triste, sintiéndome sola porque no lo hacía. Luego, por supuesto, estuvieron los momentos terribles, cuando papá enfermó y yo veía cómo se iba debilitando, sin poder hacer las cosas que solía hacer. Aquel día en el que mi madre y yo volvimos a casa después del funeral y nos dimos cuenta de que ya siempre seríamos dos en vez de tres. Y, después de eso, la cantidad de veces que discutí con ella, no porque nos odiáramos, sino porque las dos estábamos tan tristes que simplemente intentábamos que la otra se sintiera peor para sentirnos nosotras un poco mejor. Pero, a pesar de todos esos malos momentos, este seguía siendo mi hogar. Aquí siempre me he sentido segura, jamás he tenido miedo. Puede que a veces me aburriera de estas cuatro paredes o que anhelara estar en otro sitio, pero siempre supe que, de todos los lugares del mundo, este era en el que mejor encajaba, me gustara o no en un momento concreto.

Pues esta noche, estando atada a la silla en la que estoy sentada mirando al hombre que tiene un cuchillo en la mano, siento algo diferente.

Este hogar ya no es un lugar seguro ni para mí ni para mi madre.

Esta casa ahora es peligrosa.

—Parece que hoy va a hacer un buen día —dice Harvey, señalando con la cabeza hacia la luz del sol que se cuela por la ventana rota de la cocina, aunque no me giro para comprobar lo que dice, porque el tiempo que haga hoy no va a influir mucho en mi situación—. Creía que en Inglaterra llovía a todas horas, pero supongo que no es cierto.

Harvey se echa un poco más hacia atrás en su silla, haciéndola crujir. Al oír ese ruido, me vienen recuerdos de cuando mi padre compartía esta misma mesa conmigo y se sentaba en la silla de la misma manera que lo está haciendo él. Ojalá estuviera aquí ahora.

Me protegería. Se desharía de este hombre. Jamás permitiría que ni mi madre ni yo nos sintiéramos amenazadas en nuestra propia casa.

—La verdad es que tu madre trabaja muchas horas, ¿no? —dice Harvey, casi con tono respetuoso—. Es curioso, porque estoy seguro de que estará deseando volver a casa, pero, en realidad, cuanto más tiempo permanezca lejos de aquí, más segura estará.

Comprueba el reloj y deja escapar un suspiro. Está claro que, aunque intenta aparentar que está tranquilo, en realidad está impaciente por seguir con su plan. Sin embargo, parece que se va a cuidar mucho de hacer nada hasta que llegue mi madre para que sea testigo de ello.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunto—. ¿Vas a matarme delante de mi madre? ¿Y luego qué? ¿La matarás a ella? ¿Saldrás por la puerta y volverás a Los Ángeles? ¿Pretendes salir impune de todo ello? ¿De verdad te crees que va a ser así de fácil?

—Yo no he dicho nada de volver a Los Ángeles ni de salir impune —contesta Harvey.

Su respuesta me deja petrificada.

—¿Así que te parece bien pasarte el resto de tu vida en la cárcel? ¿No acabas de salir de allí? Supongo que no estará tan mal como dice la gente si no te importa volver a entrar tan rápido.

—Oh, no, sí que está mal —me dice Harvey con una expresión en la cara que evidencia que vio cosas muy duras durante el tiempo que pasó siendo un recluso—. Pero prefiero estar ahí dentro sabiendo que hice lo que tenía que hacer por mi hijo que estar aquí fuera y sentir que le he fallado.

—Es que le fallaste —le ataco; Harvey no se esperaba esa respuesta—. No estuviste presente el día en el que murió, no fuiste capaz de ayudarlo, y nada de lo que puedas hacer ahora va a cambiar ese hecho. Lo único que vas a hacer aquí es agravar tu propia desgracia.

—¡Cállate! —me grita Harvey, levantándose de su asiento con el cuchillo en la mano.

Pero yo sigo provocándolo para ver si al menos consigo que haga algo que no sea esperar a que vuelva mi madre.

—Tu hijo necesitaba a su padre el día en el que murió, y tú no estabas allí —continúo—. Ahora él está en el infierno, pero no pasa nada, porque te vas a reunir con él bien pronto. Vas a estar a su lado, porque ¿sabes qué? Mi madre es mejor como madre de lo que tú fuiste como padre y no va a permitir que yo termine igual que Daryl. Va a luchar por mí, me va a salvar la vida. ¡Yo sobreviviré, y Daryl seguirá muerto!

Me arrepiento al instante de haberlo desafiado de esa forma. Harvey se abalanza sobre mí, deteniéndose cuando la hoja del cuchillo está a un par de centímetros de mi garganta.

—Di una palabra más —me reta—. Di una palabra más sobre mi hijo y verás lo que pasa.

Este es el momento en el que comprendo que sería mejor permanecer en silencio, o no voy a vivir para ver a mi madre volver a casa e intentar salvarme, así que obedezco y me callo.

—Ya decía yo —se burla Harvey, que aparta el cuchillo de mi garganta y vuelve a dirigirse hacia la silla. Pero, justo antes de que vuelva a sentarse, escuchamos el ruido de un coche aparcando fuera. Cuando oímos el sonido de una puerta de coche que se abre y se cierra, ambos pensamos lo mismo.

—Parece que alguien ha vuelto a casa —dice Harvey con una sonrisa, y sale disparado hacia la parte delantera de la casa para echar un vistazo. Sin embargo, no han pasado ni diez segundos desde que ha salido cuando vuelve a entrar corriendo a la cocina y comprueba dos veces la cerradura de la puerta trasera, probando el pomo y asegurándose de que no se puede abrir.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, pero Harvey parece

distraído, casi como si no me hubiera oído.

—¿Harvey? —intento de nuevo; esta vez, me escucha.

—La policía está aquí —me dice.

En este instante, creo que es la mejor frase que he escuchado en toda mi vida.

—¡Se acabó! —le digo—. O sales pitando tan rápido como puedas, o te van a coger —le grito. Rezo para que se vaya sin más, pero soy consciente de que el hecho de que se asegure de que la puerta está bien cerrada es un indicador de que se está atrincherando, y no de que tenga la intención de huir.

—¿Cómo? —murmura Harvey en voz baja. Luego, respira hondo y se acerca de nuevo a mí—. Supongo que tendré que adaptarme a las circunstancias —dice.

No he entendido la intención de esas palabras, pero en un abrir y cerrar de ojos vuelvo a sentir el filo frío de la hoja del cuchillo en la garganta. Se coloca detrás de mí y me dice que no me mueva mientras me desata. Por un momento pienso que me está soltando, pero estoy muy equivocada porque, cuando se pone en pie, mantiene el cuchillo sobre mi tráquea.

Ambos oímos girar una llave en la puerta de entrada y, un momento después, escucho la voz de mi madre, que resuena por toda la casa.

—¿Ellie? ¿Estás aquí?

—¡Mamá! —grito instintivamente. En cuanto lo hago, la hoja me aprieta aún más la garganta.

Harvey me susurra al oído que me hará pedazos si no me callo.

—¿Ellie? —vuelve a gritar mi madre, que creo que ya me ha oído.

Yo no estoy en condiciones de volver a responderle, pero no me hace falta hacerlo, porque tanto mi madre como dos agentes de policía entran en la cocina.

Se quedan congelados al instante al ver el escenario de rehenes

con el que acaban de toparse. Harvey les expone rápidamente los hechos para que no haya confusión.

—Si dais un paso más, la degüello —amenaza, con voz fuerte y penetrante que me suena muy potente al estar tan cerca de mi oído derecho—. ¿Me habéis oído? No os acerquéis.

Mi madre y los agentes le hacen caso y permanecen junto a la puerta. Acto seguido, Harvey les da otra instrucción.

—Dawn se queda aquí. ¡Todos los demás, fuera!

—Harvey, cálmate. Todo va a salir bien —dice mi madre para intentar tranquilizarlo, pero la única reacción de Harvey es agarrarme con más fuerza y dejar claro que no está de humor para negociar.

—¡He dicho que todo el mundo fuera! —responde, y aparta brevemente el cuchillo de mi garganta para apuntar con el extremo a mi madre—. Excepto tú.

Los agentes de policía obviamente se muestran reacios a dejar a dos civiles en una posición tan peligrosa, pero mi madre les dice que se vayan. Los agentes también reciben instrucciones de otra persona que entra en la cocina, una mujer con traje que debe estar al mando. Mientras los oficiales comienzan a salir, la del traje le dice a Harvey que se comunicarán con él en breve, pero le pide que, hasta que eso suceda, no cometa ninguna estupidez. Sin embargo, Harvey tiene todo el poder en esta situación. La policía es muy consciente de que, si hacen un movimiento en falso, serán responsables de mi muerte, así que al final todos hacen lo que Harvey les ha pedido y salen de la cocina.

Ahora solo estamos él, mi madre y yo en esta casa.

Estamos completamente rodeados desde el exterior.

Pero a Harvey eso no parece molestarle demasiado.

Quizá porque sabe que ninguno de los tres va a salir vivo de aquí.

CAPÍTULO 33

DAWN

¿Es este el escenario más aterrador ante el que puede encontrarse una madre?

En estos momentos, estoy contemplando cómo retienen a mi hija con un cuchillo amenazando su garganta en mi propia casa, y no puedo hacer nada al respecto. Y no solo eso, sino que no es un hombre cualquiera el que la tiene inmovilizada. La cosa sería un poco menos grave si se tratara de un intruso cualquiera que simplemente quisiera saber en qué lugar guardo mis objetos de valor. Yo se los entregaría con mucho gusto con tal de mantener a Ellie a salvo. Pero esto es peor, porque no se trata de dinero.

Esto va de venganza.

Y eso significa que es probable que las cosas solo puedan terminar de una manera.

Ya he intentado que Harvey baje el cuchillo que sostiene, pero hasta ahora se ha negado una y otra vez, insistiendo en que me mantenga alejada de él y también de Ellie. Me he visto obligada a hacerle caso; la mesa de la cocina se interpone entre mi hija y yo. Lo único que quiero es correr hacia ella, apartarla de ese criminal peligroso, abrazarla fuerte y decirle que todo va a salir bien hasta que la policía irrumpa con fuerza. Pero puede que no sea capaz de hacerlo. La idea de fallarle a mi hija estando aún viva me aterroriza tanto como tener que lidiar con su cadáver, si todo esto sale como

es obvio que Harvey desea.

—Estás rodeado. No tienes a dónde ir —le recuerdo a Harvey—. Ya has visto a la policía. Están aquí. Están por todas partes. No vas a poder salir de esta, así que baja el cuchillo y no hagas que las cosas se pongan más feas para ti.

—¿Más feas? ¡Eso es imposible! ¡Acabo de pasar los últimos cinco años de mi vida en prisión, y mi hijo está muerto! ¿Crees que me importa aunque sea un poquito que esté aquí la policía?

Esa respuesta me da mucho miedo; significa que Harvey piensa que no tiene nada que perder y puede que le dé lo mismo salir de aquí muerto que vivo. Pero a mí no me da igual, y a mi hija tampoco; prueba de ello son las lágrimas que corren por sus mejillas.

—Todo va a ir bien, cariño —le digo, intentando calmarla, pero Harvey se burla de eso.

—No es agradable, ¿verdad? —me pregunta—. Saber que tu hijo está en peligro y que no hay nada que puedas hacer al respecto. Así me sentí yo cuando mi hijo murió aquí, cuando tú lo mataste y yo estaba en Estados Unidos, desamparado, sin poder ayudarlo.

—Sabes muy bien la razón por la que tuve que hacerlo —me defiendo—. ¡Estaba a punto de matar a Ellie! Yo jamás le habría puesto una mano encima si él no hubiera sido una persona violenta.

Harvey mueve la cabeza de lado a lado. Es obvio que no va a comprender la explicación que yo pueda darle acerca de las razones que me obligaron a matar a Daryl. Noto movimiento a través de la ventana rota que hay tras él. Veo agentes de policía rondando por ahí, asegurándose de que todas las salidas están cubiertas, aunque por el momento eso no está ayudando a solucionar el problema que persiste dentro de la casa. Harvey los ve y les grita que se alejen, cosa que hacen, retirándose hasta que quedan fuera de nuestro campo de visión.

—¡Ha matado a Kyle! —me dice Ellie, con la voz rota por el dolor. En ese momento, recuerdo que por ahora mi hija no tiene ni idea de quién era en realidad su supuesto marido ni tampoco es consciente de todas las mentiras que le contó. ¿Debería decírselo ahora mismo? ¿Ayudaría eso a aliviar en parte su dolor o la haría sentir aún peor al enterarse de algo así en una situación en la que se encuentra sometida a tanta presión?

Quizá debería dejarlo para más tarde.

Si es que existe ese más tarde.

—Harvey, por favor. Deja ir a Ellie. Me quieres a mí. Yo soy la que mató a tu hijo — le digo, dispuesta a sacrificarme por mi hija. Por supuesto que aceptaría hacerlo; mejor yo que ella. Pero a Ellie no le gusta la idea y quiere que nos permita irnos a las dos. ¿Y qué será lo que quiere Harvey?

—Quieres dar tu vida para salvar a tu hija —dice. El cuchillo que amenaza en todo momento la garganta de Ellie brilla un segundo al captar un rayo de sol matutino que se filtra por la ventana que hay detrás de él—. Muy valiente por tu parte, pero también muy obvio. Cualquier padre haría ese sacrificio. Yo lo habría hecho de haber podido, pero nunca tuve la oportunidad, y ahora ya es demasiado tarde.

—Harvey, por favor...

—No, Dawn. Ya va siendo hora de que te calles y me escuches —continúa Harvey—. Ha llegado el momento de que puedas entender el dolor que yo he tenido que sentir, procedente de perder a la persona que más quieres en el mundo. Ese sentimiento de impotencia. Quiero que tú también lo sufras, porque te lo mereces. Me quitaste a mi hijo, y no me importan las circunstancias en las que lo hiciste. Lo mataste, y ha llegado el momento de que yo recupere mi vida.

Veo que la hoja del cuchillo empieza a moverse y Ellie grita, así que

me lanzo hacia delante e intento agarrar el brazo de Harvey antes de que pueda hacerle un daño irreparable. De repente, gira el cuchillo hacia la dirección de la que provengo; tengo que detenerme en seco para que no me atraviese con él.

—¡Atrás! —me grita Harvey. Veo más policías a través de la ventana, pero hasta ahora ninguno de ellos me ha sido de ayuda.

Cuando Harvey comienza a alejarse de la ventana y se dirige hacia la puerta trasera que da al jardín, temo que él también pueda ver a los agentes de policía, pero se esconden a toda prisa al ver que el sospechoso se está desplazando por el interior de la casa.

Harvey camina lentamente alrededor de la mesa de la cocina con Ellie aún agarrada, y yo lo imito, comenzando a moverme en círculos igual de despacio que él, siguiendo sus instrucciones y, por tanto, manteniendo las distancias. Al rodear la mesa, paso por delante del frigorífico y veo la foto de Sean. Un rápido vistazo a su imagen me llena de fuerzas para no rendirme todavía.

—¿De qué te va a servir hacerle daño a Ellie? —le pregunto a Harvey—. Eso no va a hacer que recuperes a Daryl. Solo va a empeorarlo todo.

—Para ti —me contesta. Sigue moviéndose muy pausadamente alrededor de la mesa y, en una de estas, mira por la ventana, divisa a un par de agentes y se pone aún más nervioso al verlos allí.

—No, para todo el mundo —le digo—. ¿Por qué no bajas el cuchillo y dejas que Ellie se vaya? Si quieres que yo me quede aquí contigo, me parece bien. Me quedo y me dices lo que te dé la gana. Puedes usar el cuchillo contra mí si te apetece. Quizá ninguno de los dos salga vivo de esta cocina. Pero deja que Ellie se vaya. Vamos, Harvey, tú sabes que ella es inocente, y además ya ha perdido a su marido. Va a sufrir toda la vida por culpa de eso, créeme, yo lo sé muy bien. Ya ha tenido suficiente. Déjala ir. Que esto sea solo entre tú y yo. Ya no se trata de nuestros hijos, ¿eh? Se trata de ti y de mí.

Harvey parece estar escuchando lo que digo y acepta que sí, que la cosa ya va de nosotros, pero todavía no ha separado el cuchillo de la garganta de Ellie. Cuando se acerca a la nevera, mira por un instante la foto en la que salgo con mi difunto marido. Mientras lo hace, llego a la altura de la puerta de atrás y veo que la llave está puesta en la cerradura. También observo las siluetas de varios policías al otro lado del cristal esmerilado.

Están deseando entrar.

Quizá pueda facilitarles las cosas.

—Mira esa foto —le digo a Harvey, con la intención de que mantenga la vista en la nevera y no en mí mientras me acerco a la puerta, de espaldas a ella—. Mira a ese hombre sonriente que aparece junto a Ellie y a mí en la foto; sabes muy bien que yo ya he perdido a alguien muy importante para mí. No es una sensación nueva para mí. ¿Quieres que sepa lo que es el dolor? Yo ya lo sé. Créeme que lo sé.

Harvey sigue mirando la foto, moviéndose alrededor de la mesa igual de despacio que antes. Aprovecho la ocasión para estirar la mano y girar rápidamente la llave, abriendo la cerradura de la puerta, aunque esta sigue cerrada por el momento. Harvey no se ha dado cuenta de mi movimiento sigiloso y astuto. Sin embargo, cuando deja por fin el frigorífico atrás en el desplazamiento circular que continúa haciendo, arrastrando siempre a Ellie con él, vuelve a mirarme.

—Puedes decir lo que quieras —me dice—, pero yo no he venido hasta aquí para dejar a medias lo que empecé. O lo que empezó mi hijo, que para el caso es lo mismo. Él quería que Ellie muriera. Esa fue su decisión. Él no pudo matarla, pero yo sí que lo voy a hacer. Cuando me haya encargado de eso, voy a tener piedad de ti, Dawn, y te mataré también, para que no sufras más. ¿Cómo lo ves?

Me quedo donde estoy junto a la puerta trasera, pero Harvey me

dice que me mueva, utilizando el cuchillo para indicarme hacia dónde quiere que me dirija. Empiezo a caminar otra vez alrededor de la mesa de la cocina, dejándole algo de espacio. Él se va acercando hasta la puerta trasera, sin imaginarse siquiera que ahora está abierta. Hay muy poco espacio entre los policías preparados para intervenir en el exterior y su posición actual junto a la puerta.

Por fin, Harvey deja de dar vueltas y se detiene, sujetando a Ellie con más fuerza que nunca. Clava la mirada en mis ojos para decirme que todo se ha acabado ya. Estoy segura de que espera que le implore clemencia, que no mate a mi hija.

Pero no lo hago.

Me limito a decirle que está en lo cierto.

—Tienes razón —le digo, con seguridad—. Se ha acabado. Pero para ti.

Harvey se queda confundido ante esa afirmación, pero se imagina a lo que me refiero apenas un segundo después, cuando lanzo un grito ensordecedor.

—¡La puerta está abierta! ¡Cogedlo!

La puerta se abre de inmediato. Harvey se da la vuelta con la cara desencajada, pero no tiene tiempo de reaccionar cuando un oficial de policía fornido le aborda con rapidez y le arranca el cuchillo de la mano. Ellie huye de su abrazo y se dirige hacia mí.

Atraigo a mi hija hacia mi cuerpo sin tener intención de soltarla jamás. Veo cómo esposan a Harvey en el suelo de mi cocina, lo ponen de pie y lo arrastran hasta el exterior de la casa. Terminará en un sitio que ya conoce muy bien.

Una celda de la cárcel.

Por suerte, una vez que esto ha terminado, el resultado de lo que ha ocurrido no va a implicar que tenga que volver aún más a menudo a un lugar con el que estoy bien familiarizada. Ellie ha sobrevivido, lo que significa que no tendré más razones para visitar

el cementerio de mi localidad. Con la lápida de mi marido ya es más que suficiente.

Mi hija está a salvo.

Yo la he vuelto a salvar.

Mientras nos abrazamos, vislumbro la cara sonriente de Sean en la foto de la nevera que tenemos justo al lado.

CAPÍTULO 34

ELLIE

Recuerdo cuando empezaba mi adolescencia y mi padre bromeaba sobre lo que iba a hacer cuando llegara a la edad en que la que viniera a recogerme algún novio a casa para salir con él.

Me decía que los examinaría a todos con lupa, que se aseguraría de que fueran los candidatos perfectos para salir con su hija y que no les quitaría el ojo de encima para cerciorarse de que no me ocurriera nada malo. Esas rutinas de padre sobreprotector seguramente sucederán en todos los hogares entre cualquier padre y su hija. Aunque para mis adentros me daba pavor la idea de que mi padre hiciera la vida imposible a cualquiera de mis parejas, era consciente de que lo único que pretendía era que yo fuera feliz, y que acogería a cualquier chico que me tratara con el mismo cariño con el que me trataba él.

También sabía muy bien que haría la vida imposible a cualquier hombre que me tratara mal.

Teniendo eso en cuenta, puede que no haya sido tan terrible que no haya tenido la oportunidad de conocer a algunas de las parejas que he tenido, porque sin duda le habría causado un estrés descomunal. Por las circunstancias de la vida, ha sido mi madre la que ha tenido que sufrir toda esa ansiedad, y de alguna manera ha salido victoriosa.

Pero ¿qué se podría decir de mí?

¿Cuánta mala suerte en el amor puede tener una mujer?

Es extraño, pero, a medida que ha pasado el tiempo desde la situación dramática que vivimos con Harvey, siento que las cosas podrían haber salido incluso peor. Perder a Kyle me pareció lo peor que me podía pasar en el mundo cuando sucedió, porque claro, en aquel momento pensaba que estaba perdiendo a mi marido, que me quería de corazón. Sin embargo, cuando todo se calmó un poco y mi madre me contó quién era en realidad y que ni siquiera estábamos legalmente casados, no me sentí tan mal como me habría sentido si me hubiera convertido en una viuda destrozada. No es lo mismo pensar que el hombre que había muerto era el amor de mi vida que enterarte de que no era más que un vulgar delincuente que vivía para contar mentiras y no mostró la más mínima compasión por mí.

Me dolió enormemente aceptar la verdad: Kyle me había elegido para engañarme y que me enamorara de él, antes de ir un paso más allá y volver a mentirme para conseguir que pidiera un préstamo bancario enorme con el que había planeado desaparecer. También me sentí muy herida cuando supe de la existencia de su cómplice, Julia, su amor verdadero, y de cómo ambos habían conspirado en varias ocasiones con anterioridad para engañar a otras personas igual de inocentes que yo. En cambio, la policía sí que se alegró bastante: dieron con una pareja de estafadores a la que llevaban tiempo persiguiendo. Buscaban a unos timadores que llevaban años sacándoles fortunas a varias personas.

Kyle ya estaba muerto, pero Julia seguía viva y podría recibir su castigo. Y vaya si lo va a recibir, porque actualmente reside en una celda de la cárcel a la espera de juicio, acusada de cometer numerosos delitos. Hay una larga fila de testigos esperando su oportunidad para testificar contra ella, y mi madre y yo estaremos allí en el banquillo de los testigos cuando llegue el momento de dar nuestra versión de los hechos.

Me muero de ganas.

En cuanto al préstamo que pedí, como no se había gastado ni un céntimo antes de que se descubriera el plan de Kyle y Julia, y como además resultó que yo no era más que una simple víctima de un delito, no sufrí ninguna consecuencia. El dinero fue devuelto al banco, lo que significa que no he contraído ninguna deuda, algo que habría sido completamente diferente si el plan de Kyle y Julia hubiera tenido éxito. Además, el banco se disculpó conmigo y admitió que deberían haber realizado comprobaciones más estrictas en el momento en el que solicité el préstamo, contemplando la posibilidad de que podría estar siendo una víctima en lugar de fiarse de mi palabra de que simplemente necesitaba cien mil libras, como si se tratara de una transacción sencilla que los clientes hacen todos los días. Para demostrar que estaban arrepentidos, o más bien porque necesitaban cambiar la opinión general negativa que estaban recibiendo por haber entregado una cantidad tan significativa de dinero que, además, iba a ser utilizado con fines delictivos, el banco me propuso un gesto de buena voluntad para poner fin a todo aquel desafortunado asunto.

Me ofrecieron cinco mil libras a cambio de que hiciera público ese gesto y de que hablara con un periodista para asegurar que el banco se portaba muy bien con sus clientes y que ese tipo de cosas eran infrecuentes y extraordinarias, lo que contribuyó en gran medida a restablecer la confianza en la institución financiera comprometida.

¿En qué me voy a gastar ese dinero? Digamos que tengo una idea, o más bien fue idea de mi madre, pero en fin, eso queda entre ella y yo.

Bueno, y a todo esto, ¿cómo está mi madre después de que tuviera que vivir otra situación dramática por mi culpa? La verdad es que bastante bien, como demuestra el hecho de que en estos momentos se esté preparando para una cita.

Estoy tumbada en el sofá de mi casa de toda la vida, devorando patatas fritas y viendo la televisión, pero interrumpiendo de vez en cuando esa actividad relajada para juzgar los diferentes conjuntos que me enseña mi madre cada vez que entra en el salón.

—¿Qué te parece este? —me pregunta, mientras gira sobre sí misma enfrente de mí. Observo con admiración el vestido azul de flores y le digo que me parece que hemos encontrado el definitivo.

Es un alivio, porque lleva una hora probándose vestidos de todo tipo y desfilando con ellos para que le dé mi opinión crítica, pero por fin parece que hemos avanzado algo. Y menos mal, justo a tiempo, porque su cita es dentro de apenas una hora.

—Vale, pues venga, voy a maquillarme. No quiero espantar a mi cita en los primeros segundos —me dice. Su humor a costa de sí misma me hace sonreír. Sale del salón, y yo continúo comiendo las patatas fritas.

¿Me siento mal porque sea ella la que va a salir a divertirse con un tipo guapo mientras yo me quedo en casa sin ningún sitio al que ir y sin nadie que me invite a tomar unas copas de vino y a cenar?

No, para nada.

Mi madre se lo merece.

Y yo me merezco un descanso de los hombres.

Con una vida amorosa tan complicada como la mía, es casi un milagro no tener cámaras siguiéndome todo el día, con lo que da de sí mi vida sentimental en comparación con la de otras parejas que suelen salir en la tele. Necesito que pase un poco de tiempo hasta que vuelva a dejar que otro hombre se acerque a mí, aunque le he prometido a mi madre, y también a mí misma, que me niego a permitir que mis experiencias anteriores me hagan cerrarme a la oportunidad de disfrutar del amor en el futuro. Soy consciente de que nada de lo que sucedió en el pasado fue culpa mía. Yo no pedí ser el objetivo de un hombre peligroso con segundas intenciones.

Solo soy una mujer normal que busca cosas normales. Amor. Seguridad. Pasión. Estoy segura de que algún día encontraré todo eso y, cuando lo haga, por fin tendré lo que me merezco.

La próxima vez, me casaré de verdad, tendré una casa real y, después de eso, quizá tenga mi propia hija.

Solo entonces podré llegar a comprender de verdad lo que mi madre ha tenido que sufrir por mí durante toda su vida.

De momento, voy a relajarme y a dejar que la vida siga su curso sin forzar absolutamente nada. También pretendo aprovechar al máximo estar en esta casa mientras pueda hacerlo, porque muy pronto va a estar habitada por otras personas. Después de lo que ocurrió con Harvey, mi madre tomó la decisión de vender la casa en la que crecí, porque, aunque guardaba muchos recuerdos felices, también nos hacía rememorar cosas horribles, y pensó que era el momento adecuado para cambiar un poco de aires. Creía que comenzar de nuevo en otro sitio le vendría bien, y a mí también. Yo estuve de acuerdo con ella, por eso no protesté en absoluto cuando me contó que planeaba poner la casa en venta.

Aunque no me va a suponer un gran problema alejarme de este lugar y de los recuerdos de los individuos sin escrúpulos que han pisado la casa, como Daryl, Harvey y Kyle, sí que será más difícil alejarse de los recuerdos del único hombre verdaderamente bueno que una vez la ocupó. Pero, como dice mi madre, llevamos el recuerdo de mi padre con nosotras en nuestros corazones, no en una casa. Me acordaré de eso cada vez que piense en este lugar, al que antes llamaba mi hogar.

Estoy orgullosa de mi madre por ser capaz de dar ese paso e intentar seguir adelante con su vida. Eso es justo lo que está haciendo. Su cita de esta noche es prueba de ello.

Espero que le vaya bien.

Se merece la felicidad.

Me pregunto si la encontrará esta noche.

CAPÍTULO 35

DAWN

Ya no tengo más tiempo para hacer el tonto. Me he probado varios vestidos y le he pedido opinión a mi hija sobre todos ellos. Me he peinado de varias formas diferentes y me he decidido por la que creo que resalta mejor mi rostro. Y me he maquillado tanto que, al verme reflejada en el espejo, casi tengo que frotarme los ojos porque no reconozco a la mujer tan joven que me devuelve la mirada. Aunque, la verdad, nada de todo eso importará cuando comience mi cita de esta noche: por mucho que mi aspecto sea espectacular, lo importante va a ser cómo me sienta.

¿Me gustará el tipo con el que mi amiga Maggie me ha concertado una cita?

Y, teniendo en cuenta mi pasado convulso, ¿le gustaré yo a él?

Una vez terminadas las cortesías iniciales y pedidas nuestras primeras copas, mi cita de esta noche, Chris, me ha causado una buena primera impresión. Es educado, va bien vestido y, tal y como me advirtió Maggie, es guapísimo. Intento no darle demasiadas vueltas a lo que él pueda estar pensando de mí. Hablamos durante unos minutos sobre nuestra amiga común, comentamos el hecho de que haya conseguido que estemos aquí juntos esta noche y ambos acordamos que, pase lo que pase, no cotillearemos demasiado con ella cuando nos pida detalles de la cita. A continuación, empezamos a hablar de nuestros trabajos, un tema de conversación muy

cómodo para una primera cita. Por muy bien que todo esté yendo hasta el momento, no puedo evitar pensar en eso que podría hacer que todo se torciera.

Chris es conocedor de los asuntos que he tenido que sufrir en el pasado, sabe de la existencia de Daryl, Kyle y Harvey, y es consciente de las situaciones dramáticas a las que he tenido que enfrentarme. Mi pasado estropeó mi última cita, y yo no dejo de preguntarme si esta vez sucederá lo mismo o no. ¿Se sentirá Chris incómodo de repente y se largará de aquí como hizo John? ¿Fingirá cortesía y hará como que le da igual, pero se dará cuenta después de que, en realidad, sí que le importa y le dirá a Maggie que no quiere volver a ver a su amiga nunca más?

Entonces, sorprendiéndome, Chris aborda el tema evidente.

—Mira, no tiene sentido que finja que no sé que eres una de las mujeres más famosas de esta localidad —afirma con una sonrisa—. Eres algo así como la mayor celebridad de la zona, y he percibido que la gente te mira, me he dado cuenta durante toda la noche.

Echo un vistazo a las demás mesas y veo que Chris está en lo cierto. Unas cuantas personas miran en mi dirección, aunque todas intentan disimular cuando los sorprendo observándome.

—Pero quiero que sepas que a mí todo eso me da igual —continúa Chris, con una sonrisa cada vez más cálida—. Sé que nada de lo que sucedió fue culpa tuya o de tu hija. Fue mala suerte, sin más, simple y llanamente. Igual que fue mala suerte que yo pisara un charco sin darme cuenta cuando salí de casa de camino de nuestra cita, y que ahora note que mi calcetín está completamente empapado.

Me río, y Chris continúa hablando.

—No me importa lo que haya dicho de ti ningún periodista o cualquier otra persona de esta población, porque ninguna de esas personas te conoce de verdad. Sin embargo, sí que le doy importancia a lo que Maggie me ha contado de ti, porque es una de

tus mejores amigas, así que tiene derecho a tener una opinión. Y su opinión es que eres una de las personas más decentes, honestas y amables que ha conocido en su vida, así que con eso me basta y me sobra.

Estoy muy agradecida por todo lo que ha dicho Chris. Antes de que pueda darle las gracias, sigue con su monólogo.

—Por cierto, estoy seguro de que eres consciente de que una mujer que ha matado a un hombre, ha desenmascarado a un estafador y ha evitado que una situación con rehenes en su propia casa terminara mal podría intimidar a algunos hombres, pero, créeme, yo no me siento intimidado en absoluto. Lo que has hecho en tu vida es poco menos que heroico, y deberías estar orgullosa de ti misma todos los días por haber sido capaz de proteger a tu hija tan ferozmente y con tanto éxito. En mi opinión, no hay una cualidad más atractiva en una mujer que ser una buena madre.

Chris me guiña un ojo cuando termina de hablar. Entre eso, su atractivo físico y la confianza que debe tener en sí mismo para haber soltado un discursito como este, me ha hecho sonrojar, pero de una forma muy agradable.

—Gracias —le contesto, apreciando enormemente cada palabra que acaba de decirme y sintiendo que mi propia confianza también se fortalece, porque ahora ya estoy segura de que no estoy perdiendo el tiempo esta noche con otro hombre que no es capaz de aceptar mi pasado. Puede que John se sintiera inseguro conmigo y que por eso saliera huyendo de nuestra cita. Pero la persona que tengo hoy enfrente ha dejado claro que él no tiene tales inseguridades. Ahora que hemos superado el obstáculo que podría suponer mi pasado, los dos podemos disfrutar con tranquilidad del resto de la velada.

Según va discurriendo la noche, me doy cuenta enseguida de que, por primera vez desde que falleció mi marido, estoy considerando seriamente la posibilidad de haber conocido a un hombre que podría

llenar de alguna manera ese vacío en mi vida. Sé que solo hubo un Sean y que nadie podrá hacerme sentir como lo hizo él, pero merezco darle la oportunidad a otra persona, me merezco intentarlo. Ellie me ha dicho justo eso, y me ha deseado suerte antes de salir de casa esta noche para venir a esta cita. Me deseó que todo saliera bien, me dijo que se moría ganas porque se lo contara todo cuando llegara a casa y, por último, pero no por ello menos importante, añadió que me merecía ser feliz.

Es curioso, pero, después de tantos años preocupándome por mi hija, siento que, para variar, me estoy poniendo a mí por delante de ella; de momento, la cosa no marcha mal. Confirmo ese extremo cuando, al concluir nuestra cita —que lo ha hecho solo porque Chris y yo nos hemos quedado hasta tan tarde juntos que el bar en el que estamos ya está cerrando—, el amigo de Maggie me pregunta si me gustaría que nos volviéramos a ver.

—Por supuesto que sí —le respondo.

Al poco, llega mi taxi, y Chris me abre la puerta como un auténtico caballero.

—Estupendo entonces —me dice con una sonrisa. Me asegura que se pondrá en contacto conmigo, y yo le digo que estoy deseando que lo haga.

Cuando estoy a punto de subirme al taxi, Chris se inclina un poco para darme un beso. Me sorprendo un poco a mí misma devolviéndoselo. Es un beso suave, pero suficiente para hacerle saber que sus sentimientos son correspondidos.

Este romance incipiente parece estar tomando cuerpo.

Me imagino que Maggie va a estar encantada cuando se entere.

Cuando el taxi avanza y saludo a Chris con la mano antes de que desaparezca de mi vista, soy consciente de que a Ellie no le va a costar averiguar que las cosas me han ido estupendamente, dada la sonrisa que no se me quita de la cara. Pero me parece bien, estoy

deseando contárselo todo, y sé que se alegrará de que yo sea feliz.

En cuanto a mi hija y a su vida sentimental, lo único que puedo hacer es desear con todas mis fuerzas que a la tercera vaya la vencida en lo que respecta a sus relaciones serias. Aunque ha tenido muchos novios antes, los dos hombres más importantes en su vida, Daryl y Kyle, han resultado ser unos desgraciados. Se merece que la tercera vez sea diferente. Otra persona que podría estar pensando en una tercera oportunidad es Harvey, el hombre que actualmente está encerrado en una prisión a algo más de cien kilómetros de aquí. Lleva allí recluido desde que lo detuvieron y lo condenaron por el asesinato de Kyle y el secuestro de Ellie.

Soy muy consciente de que el americano estará pensando en cómo pudo escaparse Ellie de sus garras después de haberse escapado de las de su hijo. Tal vez se pregunte si alguna vez en la vida llegará a tener una tercera oportunidad de hacerle daño a mi hija y, por consiguiente, a mí. Lo más probable es que la idea de poder vengarse algún día sea lo único que lo ayude a sobrellevar los días eternos que lo esperan en una celda minúscula, sin más compañía que la de sus propios pensamientos incontrolables.

Sé que el plan es que cumpla su larguísima condena por los delitos que cometió en Inglaterra y que luego lo deporten a Estados Unidos.

Pero ¿será ese el plan de Harvey?

¿O tendrá otras ideas?

De ser así, ¿qué podríamos hacer Ellie y yo al respecto?

EPÍLOGO

HARVEY

Hay unas cuantas diferencias entre las cárceles británicas y las estadounidenses, pero el objetivo principal de todas ellas es el mismo: mantener encerrados a los delincuentes, dándoles muy poco que hacer hasta que se les considere aptos para ser devueltos a la sociedad. En realidad, da igual a qué lado del Atlántico esté recluido, porque el resultado es el mismo: me encuentro encerrado en una celda diminuta, y lo único que ocupa mi mente son los pensamientos de venganza.

¡Qué cerca estuve de conseguir que Dawn y Ellie pagaran por haber matado a Daryl! Tuve mis opciones de acabar con ellas, y debería haberlas aprovechado. Podría haber matado fácilmente a Ellie; en ese caso, aunque Dawn hubiera sido más lista que yo y hubiera conseguido me arrestaran, habría logrado que esa mujer sufriera por la pérdida de su hija. Pero no llegué a completar mi plan, y dejar cosas sin resolver nunca es positivo para una persona. Al menos, esa sensación de tener que lograr algo en el futuro me da la energía necesaria para levantarme de la cama cada mañana y enfrentarme a otro día de mierda en esta prisión. Es lo único que me mantiene vivo en el inicio de esta condena, que será extremadamente larga. Seré muy mayor cuando salga de la cárcel y estoy seguro de que me deportarán de inmediato a Estados Unidos en cuanto lo haga. Pero si la policía, las autoridades penitenciarias y,

lo que es más importante, esa madre y esa hija creen que eso significa que esta historia se ha acabado, están todos muy equivocados.

Esto se habrá acabado cuando lo diga yo.

Mientras Dawn y Ellie se estarán ocupando de sus tareas cotidianas en el mundo exterior, yo me dedico al trabajo que me han asignado en esta prisión. Me han seleccionado para trabajar en la lavandería, lo que implica que tengo que pasarme varias horas a la semana en una habitación sofocante y llena de vapor, escuchando el ruido de secadoras industriales mientras cargo y descargo montones enormes de ropa, la doblo y la coloco en cestos. Es un trabajo aburrido, monótono y que te deja el cerebro frito, pero suelo sobrellevarlo fantaseando con un día en el que ya no esté en este lugar y pueda infligir dolor a mis enemigas.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

Precisamente durante una de mis fantasías, con la mente perdida en una vívida ensoñación sobre cómo matar a Dawn y Ellie, uno de mis compañeros me interrumpe de repente. Me pide que lleve un cesto con sábanas al cuarto de ventilación que hay junto a la lavandería principal. El recluso que me lo pide es un tipo llamado Kieran, que tiene una pequeña cicatriz bajo el ojo izquierdo fruto de, según he oído, un escarceo con otro recluso. No es una persona con quien sea una buena idea discutir, así que lo obedezco.

Recojo el cesto y me dirijo hacia el exterior de la lavandería, cruzándome con otros reclusos y con un par de guardias que supervisan todo lo que ocurre aquí. Cuando llego al cuarto de ventilación, sin embargo, no hay ningún guardia a la vista, cosa que me permite descansar un poco antes de volver al trabajo.

Al dejar el cesto en el suelo, pienso en un principio que vaya suerte he tenido por acabar en este cuartito, porque el resto de mis compañeros se están dejando la piel en esa calurosa lavandería

mientras yo me encuentro en este espacio más fresco, lejos de las miradas condescendientes de los guardas. Pero, un poco después, ya no me siento tan afortunado. Veo a Kieran entrar en el cuarto poco después de haberlo hecho yo. Cuando cierra la puerta una vez ha entrado, empiezo a preocuparme de verdad.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, pues no tengo ni idea de por qué ha necesitado cerrar la puerta.

—Lo que me han pedido que haga. —Esa es su respuesta, confusa y a la vez escalofriante. Acto seguido, veo que Kieran saca un arma blanca improvisada, una especie de pincho que tenía escondido dentro de su propio cesto de la lavandería.

Comprendo enseguida que estoy en una situación muy peligrosa, con un prisionero del que es mejor mantenerse alejado. Intento salir del cuarto, pero Kieran me bloquea el paso y me queda claro que la única forma de salir de aquí es enfrentándome a él. Pero tiene un arma mortal, y yo no; miro fijamente el extremo afilado del pincho, muerto de miedo ante la idea de que esté a punto de usarlo contra mí.

—Espera un momento, ¿qué te he hecho yo? —le pregunto a Kieran, desesperado por saber por qué, de repente, tengo un enemigo acechándome.

—A mí no me has hecho nada —responde—. Pero les has hecho muchas cosas a Dawn y a Ellie.

Escuchar los nombres de esas dos mujeres me hiela la sangre.

—¿Qué tienen que ver ellas con esto? —pregunto, aún sin entender qué relación pueden tener esas mujeres con el hombre de la cicatriz en la cara, que lleva aquí más tiempo que yo y que se supone que continuará aún aquí cuando yo salga.

—Bueno, ellas son las que han pagado a mi familia cinco mil libras para que te haga lo que te voy a hacer —me responde Kieran. Luego, da un paso adelante y me clava el arma afilada en el

estómago.

Intento defenderme, pero en esta habitación cerrada no tengo mucho espacio para maniobrar. Cuando me asesta la segunda puñalada, veo mucha sangre saliendo de debajo del mono y cayendo al suelo, junto a mis pies. También noto el sabor de la sangre en la boca y, cuando recibo el tercer ataque con el cuchillo, pierdo las fuerzas y me desplomo en el suelo.

Mientras trato de luchar por mi vida, Kieran se agacha, se arrodilla sobre mí y vuelve a apuñalarme, describiéndome entretanto por qué está haciendo esto.

—Ellas averiguaron en qué ala de la prisión estabas interno gracias a las noticias. Luego investigaron un poco para saber qué reclusos podrían estar dispuestos a hacer un pequeño trabajo sucio para ellas a cambio de un poco de pasta. Verás, nunca saldré de aquí, pero ahí fuera tengo hijos, y debo mantenerlos. Ese dinero le va a venir estupendamente a mi familia, la va a ayudar durante mucho tiempo. Dawn y Ellie me han pagado para que te mate. Antes de que mueras, querían que supieras que ya está, que todo se acabó, que ya jamás tendrán que volver a preocuparse de que vayas a ir a por ellas.

Eso es lo penúltimo que oigo. Kieran deja de apuñalarme, se levanta y se aleja, dejando el cuchillo ensangrentado en el suelo, a mi lado. El último sonido que escucho es el de la puerta del cuarto de ventilación cerrándose. Me quedo solo y respiro por última vez, consciente de algo muy desolador.

Dawn y Ellie han sido más astutas que yo.

Me han matado antes de que pudiera salir de la cárcel e intentar matarlas de nuevo.

Supongo que el amor de una madre por su hijo no tiene límites.

FIN



La hija del médico

Hurst, Daniel

9788742813928

300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Creía que había escapado, pero ahora su hija quiere vengarse...

«Siempre te protegeré», me susurraba mamá al oído cada noche. Y cada vez que salíamos de nuestro pueblo costero, me agarraba la mano con tanta fuerza que sus nudillos se ponían blancos, mientras que su rostro estaba tenso y pálido. Nunca entendí por qué. Pero ahora lo sé.

Crecí rodeada de murmullos y rumores. Mi madre intentó ocultarme la verdad, pero fracasó. Sé exactamente lo que ocurrió hace dieciocho años. Sé que soy la hija del médico asesinado.

Todo podría haber sido distinto si la mujer del médico no hubiera arruinado la vida de mi madre… y, en consecuencia, la mía también. Podríamos haber sido una familia de verdad, viviendo en una gran casa con vistas al mar. En cambio, nunca llegué a conocer a mi padre, y mi madre es solo la sombra de lo que fue, siempre mirando por encima del hombro…

Ahora me toca a mí corregir los errores del pasado.

Dicen que la mujer del médico es astuta y calculadora. Que siempre se sale con la suya.
Pero nunca se ha enfrentado a mí…

«**Puro suspense**… **¡Una serie increíble!** Sin duda, es mi serie favorita de todos los tiempos. **¡Fantástica!** Le daría 100 estrellas si pudiera».
@bookscoffeemorebooks ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Impactante, adictiva, entretenida, dramática** y **llena de giros** inesperados. Daniel Hurst lo ha vuelto a hacer con este libro… Al igual que los otros de la serie, fue una **lectura rápida y absorbente**. **¡Qué serie tan impresionante y entretenida!**».
Open Book Posts ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Daniel Hurst crea historias capaces de acelerar el corazón** de los lectores. Este es el **impactante desenlace de lo que ha sido una serie brillante**. He sentido cada emoción y vivido cada giro a medida que la historia se desarrollaba y se intensificaba».
KKEC Reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Enganchada desde la primera página. **Un acierto total**… Me dejó sin palabras… **Espectacular**… **¡El final fue increíble!**».
Blue Moon Blogger ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No te fíes de nadie

Cleave, Paul

9788742811771

300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha confesado todos los asesinatos. Pero ¿por qué nadie le cree? Paul Cleave, el gran autor nominado al premio Edgar, nos presenta una emocionante novela de suspenso de tintes psicológicos, donde un famoso escritor de novelas policíacas lucha por diferenciar su propia

realidad de los aterradores argumentos que ha creado para sus obras. Jerry Grey es mundialmente conocido por su seudónimo de novela negra: Henry Cutter, y con este nombre le ha bastado para tener a los lectores en el filo de la butaca por más de un decenio. Con solo cuarenta y nueve años, Jerry ve truncada su carrera de escritor por un diagnóstico de alzhéimer prematuro. Sus doce libros cuentan historias de homicidios brutales, de un mundo desequilibrado, de víctimas que encuentran las formas más oscuras de la justicia. En cuanto la demencia comienza a desmoronar los muros entre su vida y las de sus personajes, Jerry confiesa su secreto más tenebroso: las historias son reales. Si lo sabe es porque ha cometido los crímenes. Sus allegados, incluyendo las enfermeras del asilo donde vive ahora, insisten en que todo está en su cabeza, que esa infortunada enfermedad ha estado jugando con su memoria, que la ha estado manipulando. Pero, si eso fuera verdad, ¿por qué hay tantas cosas malas sucediendo? ¿Por qué está muriendo gente? Una "novela poderosa". - Booklist Esta novela de suspenso será digna de recordase - New York Journal of Books

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Escrito en sangre

Carter, Chris

9788742814062

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si tu nombre está en el diario, es tu sentencia de muerte…

Los Ángeles, 5 de diciembre. Exactamente tres semanas para Navidad.

Angela Wood, una auténtica maestra del carterismo, acaba de terminar su jornada: 687 dólares. Nada mal para menos de quince minutos de trabajo.

Mientras celebra con un cóctel lo rentable que ha sido su día, es testigo de cómo uno de los clientes del bar está siendo borde con un hombre mayor, y decide darle una lección robándole su elegante bolso de cuero.

En su interior no hay portátil… ni dinero… ni nada que tenga valor. Al menos para Angela. Solo hay un libro negro, encuadernado en piel y sorprendentemente pesado. Una vez en su apartamento, la curiosidad puede con ella y decide ver lo que contiene.

Es entonces cuando comienza la peor pesadilla de su vida…

«**Carter se ha convertido en un autor de thrillers excepcional**».
Daily Mail ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

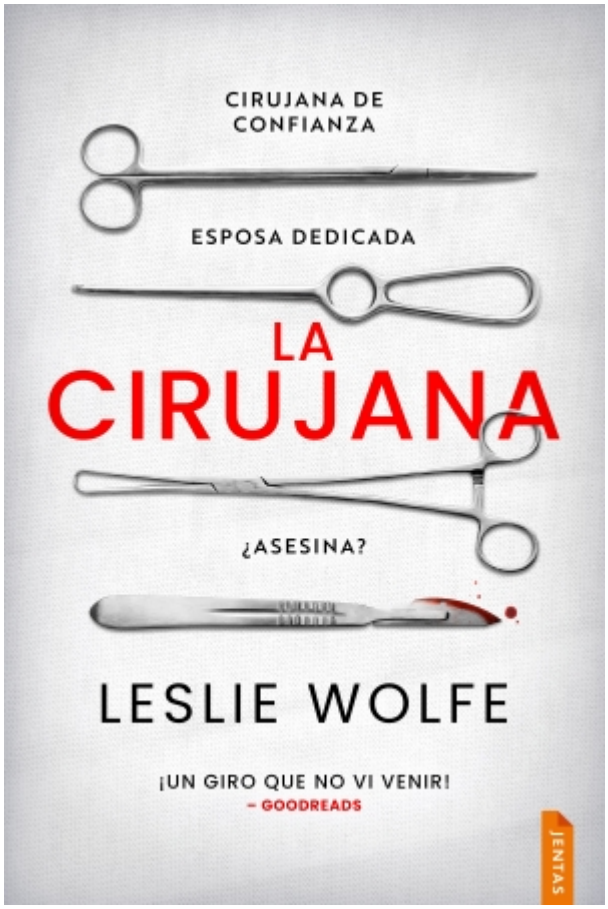
«Antiguo psicólogo criminal, Carter sabe muy bien de lo que habla cuando crea **asesinos en serie que hielan la sangre**. **Prepárate para una lectura de infarto**».
Heat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Si buscas un libro **imposible de soltar**, siempre puedes confiar en Chris Carter… Es un **escritor brillante**, y esta es otra gran novela de esta **increíble serie**».
Read, Watch & Drink Coffee ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Ficción altamente adictiva**».
Queensland Reviewers Collective ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Chris Carter ha escrito otra historia que te **acelera el pulso**. Una novela **oscura y retorcida, repleta de tensión y acción**… Un **thriller psicológico absorbente e intenso**, con una **trama muy bien hilada y personajes que te atrapan**».
What's Good to Read ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y

te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**... Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2

días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads*
⭐⭐⭐⭐⭐

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Su venganza secreta

Baxter, Cole

9788742813966

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Por qué conformarte con poco cuando puedes quedártelo todo…?

Tras doce años de matrimonio, tanto Anna como Paul han decidido que quieren divorciarse, pero ninguno se lo ha dicho todavía al otro.

Cuando Anna descubre que su marido ha gastado una gran suma de dinero de la cuenta conjunta, contrata a un detective privado para averiguar qué está ocultando. Al enterarse de que Paul se está viendo con otra mujer, empieza a tramar un plan y contacta con el marido de la amante para que puedan vengarse.

Sin saber nada de los planes de Anna, pero harto de sus constantes reproches, Paul busca consuelo y amor en Marianne, una mujer de la que se ha enamorado profundamente. Pero además de su propio matrimonio, hay otro problema aún mayor: Marianne también está casada y su marido, Cameron, un exsoldado con trastorno por estrés postraumático, podría convertirse en su peor enemigo si no tienen cuidado.

Las cosas se complican aún más cuando Paul se entera de que podría ser el único heredero de los bienes de su difunto tío. Anna enseguida ve la oportunidad perfecta para quitarle todo a Paul y dejarle sin un centavo, pero cuando su meticuloso plan da un giro letal, empieza a preguntarse hasta qué punto debe confiar en su cómplice… y qué estará dispuesta a hacer para recuperar lo que es suyo.

«**¡Madre mía, qué grupo de personajes tan antipáticos!** Todos con sus propios planes y secretos. **Me encantó cómo se fue desentrañando todo**».
No Shelf Control ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Estuve **enganchada desde la primera página**. Me encantaron los personajes que ha creado el autor… Fue **una lectura realmente entretenida** y devoré el libro».
B for Book Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Imposible de soltar**… No empieces este libro por la noche si no estás dispuesto a quedarte despierto hasta el amanecer».
Books 4 Less ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Montones de giros impactantes**… **Recomiendo muchísimo este libro** a quien le gusten los thrillers psicológicos».
Jody's Bookish Haven ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Este libro tiene todo lo que buscas en un thriller: giros inesperados, relaciones prohibidas y**, además, **un detective privado**».
Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)